

A detailed oil painting of Ezequiel Zamora in profile, facing left. He is depicted in a dark military uniform with ornate gold braided epaulettes and a high collar. He has a mustache and is looking towards the left. The background is a soft, hazy landscape with a blue sky and distant hills.

EZEQUIEL ZAMORA

La historia como fuerza revolucionaria

Nelson Guzmán


ELPERRO
yLARANA

EZEQUIEL ZAMORA

La historia como fuerza revolucionaria


ELPERRO
yLARANA

1.a edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2020

© Nelson Guzmán

© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición

Claudia Morales

Corrección

José Jenaro Rueda

Diseño de portada y diagramación

Aarón Lares

Imagen de portada

Imágenes de Ezequiel Zamora suministradas
por el Centro Nacional de la Historia

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4665-1

Depósito legal: DC2020000105

EZEQUIEL ZAMORA

La historia como fuerza revolucionaria

Nelson Guzmán

*Para el sabio Ángel María Vázquez Salgado desde los sueños,
en la escucha del clarín de la libertad*

*Para María Isabel, Nelson Hassen y
Nelson Arion con gran amor*

Al imperecedero maestro Federico Brito Figueroa...

*El cielo encapotado
anuncia tempestad
y el sol tras de las nubes
pierde su claridad.*

*¡Oligarcas temblad
Viva la libertad!*

*Marchemos, federales
en recia multitud
a romper las cadenas
de vil esclavitud.*

*¡Oligarcas temblad
Viva la libertad!*

*La espada redentora
del general Zamora
confunde al enemigo
de la revolución.*

*¡Oligarcas temblad
Viva la libertad!*

*Las tropas de Zamora
al toque del clarín
derrotan las brigadas
del godo malandrín.*

*¡Oligarcas temblad
Viva la libertad!*

*Aviva las candelas
el viento barinés
el sol de la victoria
alumbra en Santa Inés.*

*¡Oligarcas temblad
Viva la libertad!*

INTRODUCCIÓN

Ezequiel Zamora es síntesis y fragua de los grandes ideales del pueblo venezolano. Fue un hombre pertinaz que incorporó en sus fibras más íntimas los grandes cambios que estaba viviendo la sociedad. Cuando nació, la patria comenzaba a levantar las banderas de la libertad. El Libertador había sido su ejemplo. Se formó en la Escuela Lancasteriana Bolívar, allí se educaban los niños sin recursos. Cuando el héroe regresó a Caracas en 1827, dispuso que se le descontara de sus beneficios –correspondientes a las minas de Aroa– 70.000 pesos anuales para el sostenimiento de aquel recinto escolar, puesto que la municipalidad caraqueña le había negado los recursos para su mantenimiento.

Aquellos años fueron marcados por las pasiones y por el fasto. El presidente Páez recibió a Bolívar con altos honores. Todo eso formaba parte del festín de la hipocresía. Páez se había aliado con los conservadores y devino su caudillo. A su llegada a Caracas en 1827, el Libertador –según lo narra Ramón Díaz Sánchez– parecía un anciano de cuarenta años. Estaba comenzando su hora menguada; las facciones armadas ensangrentaban al país, por todos lados se conspiraba, la Gran Colombia, su efusión, se tambaleaba. Los efectos de la guerra de independencia habían marcado negativamente a Caracas, lucía destruida, abandonada; no había recursos para pagar a los empleados públicos, el desencanto se había apoderado de las almas. La independencia no se consumaría con la perfección requerida. Los criollos triunfantes constituyeron el Partido Militar, muchos de ellos salieron ricos de aquella guerra. El país estaba fraccionado entre realistas, militares independentistas enriquecidos, campesinos excluidos, esclavos

abandonados a su suerte. En aquel hervidero era imposible vivir con sindéresis.

Bolívar presentía lo que se avecinaba, él era sin duda un hombre de la Ilustración; estaba tocado por la astucia, por el arrojo y la fuerza de los ideales revolucionarios. Estuvo siempre dispuesto a sacrificarlo todo por sus convicciones. En su corazón se había anidado la idea de patria, su proyecto iba más allá de liberar a Venezuela, iba a trasponer las lejanías, cruzaría los mares, vencería el relampaguear de las llanuras. Sabía de los peligros de la geopolítica, sospechaba de las intenciones que tenían las grandes potencias de anexarse los territorios de la América Meridional. Inglaterra soñaba liderar y controlar la vida espiritual de las antiguas colonias españolas. Él había vivido en carne propia las confabulaciones de militares que habían sido sus amigos, varias veces se le intentó asesinar. Muy joven en Jamaica se le quiso apuñalar, posiblemente esa noche la Providencia lo salvó: no había dormido en su residencia, resultó muerto uno de sus secretarios. En Bogotá, Pedro Carujo y el santanderismo asaltan el Palacio de Gobierno y gracias a la intervención de su compañera de vida, Manuela Sáenz, sale ileso.

Bolívar había sabido superar las vicisitudes, los llaneros terminaron viéndolo como un igual; era un hombre de mando, acoplado a aquel mundo rudo donde convivía con soldados habituados al calor, a las faenas de los hatos. Como cualquiera de ellos, jineteaba animales indóciles, saboreaba como diría Juan Vicente Magallanes el tasajo con casabe. Era un hombre providencial, era un estadista. Le tocaría enfrentar la barbarie de Boves y soñar con un mundo nuevo que debía conquistar con el empuje de las armas y con la siembra del ideal de la libertad.

La política no tenía amigos, en ella caminaba como lo hacían los dioses en el Olimpo, quienes toreaban la fatalidad, el destino y el asedio de las pasiones. Bolívar vio coronarse en París a Napoleón; sus expectativas iban más allá de la posibilidad de ser nombrado monarca, sin embargo, era un hombre de su tiempo que supo zafarse de las ambiciones de su clase. La oligarquía local soñaba con títulos nobiliarios y con el poder sin límites de la tierra. Él lograría liberar estas naciones y lo haría con la lucha, con el entusiasmo y con la fuerza de su espada. Desde muy temprano entendió que la esclavitud era una práctica sin sentido y obsoleta, se hizo acompañar por las voces del pueblo. En los caseríos, en las fronteras, en los pueblos, contaba con adeptos que lo mantenían al corriente de los movimientos del ejército de la oligarquía.

Bolívar había aprendido a medir las bajas pasiones que impulsaban a los mantuanos de su época, vivían atados al interés privado. La libertad para muchos de ellos no era otra cosa que independencia de comerciar y de liberarse de los impuestos del gobierno español. Había que emprender otro camino y la fuerza residía en el pueblo que estaba sujeto a los vaivenes de la manipulación y de las circunstancias; quien conquistase su apoyo y su lealtad sería dueño de la situación. Bolívar trata de dar forma a un mundo irreconciliable. Caudillos como Boves pudieron tomar cuerpo y fuerza entre el populacho por la torpeza política del mantuanaje, cuyo único norte era la exclusión.

La institución del sometimiento se fue desdibujando en medio de aquella barahúnda de contradicciones. Las haciendas comenzaron a ser asaltadas por insurrectos, habían pasado tres siglos de dominación y ya los diques no se podían contener, los hombres estaban más allá del miedo. El apoyo que los mantuanos dieron a Francisco de Miranda cuando lo declararon “Generalísimo” había sido insuficiente. El

marqués del Toro no pudo sostener el proyecto de República que había sido derrotado en diversas ocasiones por el poder español. Se necesitaba audacia, la poseía Miranda, también Bolívar, solo que este último estuvo mejor posicionado desde el punto de vista de clase con aquella oligarquía a la cual pertenecía y no tenía las limitaciones mentales de aquellos hombres apegados a la posesión de la tierra.

La empresa era dura. Los caminos estaban llenos de obstáculos y de odios que debían superarse. España, para conservar su dominio, solía administrar penas ejemplares a todos aquellos que se rebelasen contra ella. No era momento de pedir clemencia. La lucha no tenía tregua. Los hombres debían alumbrar su camino con la negatividad de la razón, como vía de la disolución de las viejas instituciones que llevaban trescientos años coartando la libertad y limitando el desarrollo de aquellos países.

Se había logrado la independencia, pero no se habían superado las cadenas de la demencia, se mantenía la esclavitud, la democratización del país aún estaba distante. Venezuela vivía en el sobresalto, por todos lados se producían alzamientos y desobediencias, había que aquilatar instituciones legítimas que le permitieran a los hombres convivir. La oligarquía manejaba la justicia con códigos muy cerrados. Surgen liderazgos como el de José Antonio Páez, quien ahoga a los sectores campesinos despojándolos de los beneficios que habían conquistado por sus servicios a la independencia de la mano del Libertador. El Estado estaba obligado a concederles tierras y títulos de propiedad. Eso hubiera fortalecido la economía rural, lamentablemente no se dio de esa manera, desencadenándose la insurgencia, los levantamientos, el bandolerismo, y la desobediencia civil. Nuevas generaciones esperaban su participación en la contienda que ahora se asomaba con el emerger de líderes civiles.

Antonio Leocadio Guzmán había entendido en la segunda mitad del siglo XIX que debían corregirse esos entuertos. La manera de hacerlo era: construir caminos, eliminar la esclavitud, crear las bases de una sociedad moderna. Sin embargo, Antonio Leocadio nunca llega a expresarlo ante las masas campesinas. La fuerza del periodismo comienza a jugar un papel esencial en los cambios del espíritu de la masa. Antonio Leocadio fue un joven culto y hábil, contaba con la buena venia de ese gran pensador liberal que fue Tomás Lander. En esa olla de pasiones encendidas surge la figura de Ezequiel Zamora, quien había sido influenciado por sus cuñados Juan Gáspers y José Manuel García; ambos liberales y amantes de la justicia. El primer gran ductor en la formación espiritual de Zamora es Gáspers, quien lo asumió como a un hijo, luego entra en escena su primo y cuñado José Manuel García, profesor de la Universidad de Caracas, quien lo pone en sintonía con los ideales del derecho Romano, la justicia social y el liberalismo.

Así comienza a formarse una pasión. Zamora lee las revistas y la prensa socialista europea que llegaban a su pulpería. Gáspers le cuenta episodios de las guerras europeas y sus revoluciones, le dice “lo que pasa aquí es nada con relación a Europa”. Además, al cotidiano se nutre con las enseñanzas que le proporciona el diario *El Venezolano*, el *Argosy*, así como otros periodiquillos liberales. No es el joven Zamora cualquier pulpero, ha trascendido la cotidianidad, estaba en la búsqueda de los caminos fundamentales de la redención humana, los liberales habían forjado su destino. La campaña de satanización y menosprecio hacia Zamora comienza en el siglo XIX y llega hasta los siglos XX y XXI, los atavismos de la godarria ven en él a un ser inferior. Cuando adquiere conciencia política y desobedece la cultura instituida, los odios hacia él se triplicarían. Su carrera militar comienza por el simple azar, debido a los frecuentes asaltos que sufre la propiedad privada; en Villa

de Cura se alista como voluntario para combatir a los forajidos. En él había intuición de la estrategia castrense, inició el comando de tropas milicianas para la autodefensa de los pobladores, muchos milicianos se quejaban de su severidad y exaltaban su prestancia como militar bisoño.

Cuando se lanza como candidato del liberalismo por el Cantón de Villa de Cura, sus votos le son escamoteados por una godarria autoritaria y prepotente, que pretendía colocar en la esquina del miedo a todos aquellos que no tuvieran con ella simpatías; fue detenido y acusado de agresión a los conjuces y militares que no lo dejaron votar, en ese momento son los hechos mismos los que le dan la primera lección de cómo se maneja la estructura del poder en la sociedad donde vive. Siente en carne propia la represión. Antiguos amigos le dan la espalda, como Juan Martínez, quien de compañero liberal deviene a censor de Zamora y exige su ejecución.

Martínez habrá de morder el polvo de la historia. En 1848 José Tadeo Monagas destaca a Zamora como jefe de las milicias en Villa de Cura. Allí se hinca y le pide perdón. Zamora se ha posesionado en el poder y es lisonjeado por sus enemigos; otro funcionario importante de la localidad, el conjuce Aureliano Otáñez, hombre de dinero y prestigio, le envía a su mujer e hija para que Zamora disponga a sus anchas. El héroe de la Federación lo consideró de una insensatez, un gesto que golpeaba fuertemente sus principios y honradez.

Venezuela ha sido siempre un acertijo. El poder ejerce su encanto, la turbulencia de las pasiones negativas se convierten en lisonjas. El cinismo es capaz de todo, no tiene rostro. Él había nacido para servir. Como lo ha dicho Laureano Villanueva, sus convicciones no eran individuales, estaba actuando un fundador de mundos. Este hombre estaba poseído por una pasión crística: la redención del hombre.

Cuando recalca de Villa de Cura a Caracas en busca de ayuda jurídica, luego de ser perjudicado e inhabilitado electoralmente por la oligarquía al ser partidario del liberalismo, el Dr. Echeandía le expresa que “la única vía de sortear esta situación es la armada”. No termina de convencerse aún, hasta que acompaña a Antonio Leocadio Guzmán a La Victoria y se da cuenta de cómo José Antonio Páez se burla del candidato Guzmán y de los reclamos del pueblo. Se había propuesto una entrevista entre estos dos líderes, pero Páez termina echándola por la borda, aceptando comandar las fuerzas militares para subyugar a todo aquel que esté levantado contra el orden. Las masas están convencidas de que la única vía era la confrontación. El indio Rangel se monta en la grupera de su caballo, lo espolea y se marcha a las montañas de Güigüe. En los Bagres, muy pronto trabará amistad con Zamora y comienzan aquel periplo libertario que le costará la vida a Rangel y la condena de muerte a Zamora. Las cesuras de Venezuela eran muy profundas como para resolverse en aquel momento con el diálogo. La vida de los hombres de aquella época parecía estar en manos del Centauro, quien se perdía entre los sopores de Barbarita Nieves, hacia ella sintió verdadera pasión.

Zamora se mezcla con el pueblo, se hace oír por este. Los caseríos sienten que con él han encontrado el caudillo que los llevará a la victoria. En Zamora se ha alumbrado su verdadera vehemencia, la política y la redención social. Es un hombre ágil, gran nadador, dedicado a la equitación y a escalar montañas. Sabe entender y soportar la vehemencia del indio Rangel, quien lo reconoce como su jefe. Sin embargo, este caudillo estaba muy dominado por el instinto y el coraje que le suscita no poder resolver correctamente las cosas. No hay desesperanza ni en Rangel ni en Zamora, sino impotencia; habitan en una

sociedad que patea la iniciativa individual, el pueblo vive en la penuria y conturbado por la incertidumbre.

Rangel había peleado en las fuerzas independentistas y después de terminada la guerra había sido dado de baja; regularmente no usaba camisa, andaba con el torso desnudo. El brío de las batallas le exigía el consumo de alcohol y tabaco. Los dioses que lo guiaban eran los del corazón. Se siente resentido e inflamado por el aguardiente y por animosidad que le producen los vejámenes sufridos; decide liquidar a Andrés Fuentes, oligarca del vecindario de la Villa de San Luis de Cura, como originariamente se llamó este villorrio. Este hombre era confidente de la policía y los ponía en peligro. Las amarras se habían desatado, la lucha era profunda, no había manera de atenuarla. Desde la primera mitad del siglo XIX hombres como José Tomás Boves habían sentido en carne propia el desprecio de aquellos gañanes que despreciaban al pueblo. En Calabozo los terratenientes le habían hecho la vida imposible a Boves por el simple hecho de pretender a una de las hijas de los dueños de tierras. En su corazón comenzaba a tomar cuerpo la inquina, la venganza y la impotencia.

Los federales en su mayoría son hombres cultos, atrapados por los grandes discursos. Falcón no era un militar cualquiera, tenía formación de base; desde su adolescencia se había dedicado a la lectura en el Colegio Nacional de Paraguaná. Le entusiasmaba la épica, exhorta al pueblo a realizar sus propias leyes en su discurso de Palmasola; esto constituye la tarea de la mayoría. Hasta el momento se habían escrito estas de manera unilateral y solo atendían a los intereses de los terratenientes.

Nuestro interés en este ensayo es estudiar la Venezuela violenta, la que nunca dejó de guerrear desde la invasión del imperio español. En la segunda mitad del siglo XIX el afán de la ofensiva no nos había abandonado. La carne de cañón

seguía siendo el pueblo. El país había cambiado, es cierto, pero las bases de la democracia no terminaban de asentarse. La godarria estaba opuesta al comienzo de un nuevo mundo. Venezuela era un polvorín, se fisuró por todos lados. En oriente lo caudillos liberales comandados por los Sotillo no daban marcha atrás, sus relaciones con los jefes federales de occidente se habían estrechado. No olvidemos que Zamora estuvo destacado unos años en Cumaná y en Ciudad Bolívar. En la región central estaba Julián Castro, un saltimbanqui de la política, un hombre gris que conspiró contra José Tadeo Monagas hasta deponerlo, haciendo mutis de su pertenencia al Partido Liberal. Su relación con Juan Crisóstomo Falcón fue áspera e irreconciliable.

Este hombre, en el momento de su gloria política, le vuelve la espalda a un sector muy importante del liberalismo. Falcón y Zamora huyeron de Caracas, pues el Presidente ordenó a sus corifeos perseguirlos. Esto estaba trazando un destino. La Guerra Federal iba a comenzar. El propio Castro no era un hombre confiable para los militares godos que había destacado en el alto mando del ejército. El golpe era inminente y se dio en un momento en que la base mayor del liberalismo había decidido exiliarse en el Caribe, donde comprendieron que era necesario invadir Venezuela. José Tadeo logra que el gobierno de Castro lo deporte a Martinica. Zamora estaba en Curazao. Se forma el Estado Mayor de los liberales que aspiran a construir una nueva nación. Una vez que Salvatierra toma la provincia coriana en 1859 manda a buscar a Zamora, quien declara a Coro como estado federal y emprende su admirable campaña en pos de erigir una sociedad justa, que llevaría a la creación de los estados federales.

En aquellas circunstancias de tensión comienzan las glorias de Ezequiel Zamora, quien era un hombre que soñaba con la libertad. Ezequiel supo rodearse de hombres

extraordinarios como José Ignacio Chaquert, quien le traza la estrategia de batalla en Santa Inés. Allí, en plena batalla, se encuentra con Olegario Meneses; él había sido su profesor de matemáticas en la escuela militar. Estaba herido, Zamora lo hace atender y lo salva del fusilamiento. Este hombre es liberado, continúa su vida normal y encuentra la muerte cerca de Trujillo en septiembre de 1860, afectado por el paludismo. No solo la guerra diezma a la población, sino también las enfermedades tropicales.

La nobleza militar de Zamora con los vencidos era inminente. Su hermano Gabriel resaltaré que, a diferencia de los caudillos de la godarria, Ezequiel nunca ajustició a los civiles que no profesaban su credo; jamás desataría degollinas y era capaz de reconocer los armisticios. Santa Inés fue su gloria definitiva y quizás su tumba, sus propios soldados le habían advertido que debía tener cuidado con Falcón y Guzmán Blanco, algo tramaban contra él. Las habladurías entre los soldados abordaban con frecuencia aquel escabroso tema. Zamora merodeaba a las puertas del cielo, la infamia que se estaba preparando en su contra comenzaba a tomar cuerpo entre sus adversarios políticos. Hay que decirlo, Zamora fue el estratega militar más lúcido que tuvo la Guerra Federal, un valiente general incomparable en su metódica, en su disciplina, en sus pasiones. Sus biógrafos comentan que apenas dormía tres horas al día, siempre estaba presto a la batalla y a defender el honor.

Luego de su muerte, tan extraña, tan inesperada, tan vana, se le echó al olvido. Antonio Guzmán Blanco trató de guardar silencio sobre aquel hecho. Los corrillos no se hicieron esperar; se responsabilizó a Juan Crisóstomo Falcón y a Antonio Guzmán Blanco; él era una piedra en el zapato para sus ambiciones. La masa deliraba por el catire, por el maneto, por cara e' cuchillo como lo pensaban sus soldados.

La tropa se desmoralizó, muchos huyeron, pues conocían del poder de la intriga y de lo que esta era capaz; otros muy cercanos a él abandonaron la tropa y se pasaron al bando enemigo en función de resguardar la vida: había comenzado la noche de los cuchillos largos, Venezuela erraba una vez más sin destino cierto. Era imposible, en esa situación, ganar batalla alguna y menos la guerra. La Batalla de Coplé lo confirma, el Estado Mayor debe emprender la fuga hacia las islas del Caribe; debían conseguir las armas para combatir a la oligarquía. Juan Crisóstomo y Guzmán habían pactado secretamente con la godarria, sus luchas eran individuales; primaban la figuración, los intereses personales y la ambición. El Pacto de Coche no es el triunfo de la revolución, sino su fracaso; todo se había derrumbado, las ilusiones de la redención zozobraron. Zamora ya había traspuesto las puertas del cielo para convertirse en leyenda, en sueños, en añoranzas; siempre estaba en las intrépidas batallas y nunca dejaría de existir en el alma de los venezolanos. Juan Crisóstomo Falcón gobernó sin hacerlo verdaderamente, su gobierno se caracterizó por su itinerante capacidad de no estar en parte alguna. Imaginarios motivos o verdades a medias reclamaban de su presencia para enrumbar al país. La guerra, el amor, la nostalgia y su enfermedad le impedían sentarse en la tan codiciada silla presidencial.

El amor de Luisa Francisca, su esposa, lo esperaba en Coro, fue una pasión que se caracterizó por los encuentros efímeros. La añoraba en sus cartas mustias, tomaba un trago de coñac y se sentía gobernado por el incorruptible mundo de las ideas. Coro era su patria de caudillo local, el tiempo histórico era implacable, la épica de su gobierno se limitaba a derrotar esporádicamente los levantamientos que se producían contra su mandato e inmediatamente marchaba hacia occidente; detrás de las cortinas gobernaba Antonio Guzmán Blanco.

Tanto Juan Crisóstomo Falcón como Antonio Guzmán Blanco labraron sus destinos desde la traición, mientras, por el contrario, la imagen de Ezequiel Zamora se diseminó en la gloria, en la memoria y en la necesidad de redimir la patria; había fortalecido, sin duda, su imaginario político desde la utopía realizable.

Capítulo I

LAS PASIONES REDENTORAS DE ZAMORA



Ezequiel Zamora (México, 1955) por Ramiro Najul

La fragua de la insurrección

Ezequiel Zamora fue un hombre asaltado por las voces de sus pasiones. En aquella Venezuela desolada, dominada por el autoritarismo, recién salida del yugo del imperio español, pobre, sin escuelas, donde campeaban las enfermedades tropicales y el analfabetismo, fue arrastrado por el torbellino de la lucha política. Su talento y la suerte le permitieron realizar sus estudios primarios en la Escuela Bolívar de Caracas, institución lancasteriana donde estudiaban los niños pobres; este recinto era atendido por José Vicente Méndez. La educación primaria les fue exonerada por la municipalidad a los hermanos Zamora, su madre no tenía recursos para educarlos. Sus padres provenían de familias emprendedoras y comerciantes propietarios de haciendas. La militancia en pro de la independencia había devastado la economía de Paula Correa y su marido. José Alejandro Zamora, su padre, combatió al lado de Simón Bolívar, tuvo una existencia breve, se dice que falleció en 1821 en la Batalla de Carabobo. Producto de los declives económicos del país a causa de la Guerra de Independencia, en 1825 la familia se mudó a Caracas, allí creció con sus hermanos Carlota, Genoveva, Raquel, Gabriel y José Antonio. Los Zamora fueron fustigados por enormes privaciones económicas. El país después de la Guerra de Independencia había quedado arrasado, la posibilidad de llevar una existencia holgada era imposible.

Ezequiel vivió la ebullición y los ardores justicialistas que las clases sociales dominadas demandaban en voz baja por temor a la represión. El escenario para un nuevo estallido armado, producto de la segregación social, estaba preparado. La esclavitud, el maltrato y la falta de un destino claro habían hundido a la República en la ignominia. Los godos hacían y deshacían a su antojo. Algunos hombres esclarecidos clamaban por la puesta en práctica de una nueva Carta

Magna, que permitiera lograr el equilibrio social y así evitar los personalismos; nada era claro con respecto al futuro. Los jefes civiles, los militares y los godos obedecieron más a sus hígados y al estado de naturaleza que a la racionalidad. La guerra era un huracán que todo lo había aniquilado y se iba necesariamente a presentar de nuevo por las diferencias de visiones y de intereses que tenían los terratenientes del país y la sociedad empobrecida.

Los hombres que habían escrito nuestra historia en los campos de batalla se habían corrompido. José Antonio Páez se convirtió en un factor de sostenimiento de la República oligárquica. Él fue un verdadero caso de ascenso social, timó a la plebe no otorgándole las tierras que Bolívar les había legado a los soldados que contribuyeron con sus proezas y luchas a la libertad de Venezuela y de América Latina. La terrofagia y las ambiciones del Centauro, como llamaban a Páez, dominaron finalmente su proyecto de vida. Venezuela como Departamento estaba a punto de separarse de la Gran Colombia, todos conspiraban contra aquel proyecto ecuménico que había puesto en marcha Simón Bolívar; todas las etiquetas y calificativos se dirigieron contra aquel orden. La mayoría lo consideraba inviable por las grandes distancias que mediaban entre Bogotá y Caracas, otros pensaban que era inadmisibile que Caracas se convirtiera en apéndice y no en capital de la Gran Colombia.

El futuro había ennegrecido las conciencias, cada quien creía encarnar el justo liderazgo. El mesianismo se apoderó del país, los brotes rebeldes se manifestaban en las provincias. Francisco José Rangel, antiguo soldado de la independencia, había canalizado el descontento en Valencia (Güügüe), esto le costaría la vida; entre el tumulto y los enfrentamientos, su cabeza fue enviada como trofeo de guerra a Páez en un saco a la Viñeta, para que se la entregase al presidente José Tadeo Monagas el día de su cumpleaños.

Muchos historiadores vieron en ello una advertencia del Centauro al nuevo gobierno de Monagas. El indio Rangel se recuperaba de las heridas recibidas en enfrentamiento con las fuerzas del orden cuando fue muerto por el capitán Guillermo Blanco, a quien apodaban Guillermote, su antiguo subalterno, quien al localizarlo lo mató a lanzazos; esto ocurrió en la montaña de Guambra, los choques entre guerrillas se habían agudizado. Los venezolanos estaban enfrentados, se trataba de superar el atropello y la corrupción. El pueblo estaba hastiado y hundido en las privaciones, víctima de la represión y de los abusos. Los jóvenes se alistaban –cuando apenas les asomaba el primer bozo– en las montoneras que pasaban ofreciéndoles ciertas prebendas y una vida mejor. Nadie tenía trazado un destino cierto en el país, la población sufría privaciones. Los terratenientes y la burguesía comercial enriquecida dejaban a los agricultores en la calle, eran expoliados. En aquella sociedad se iba imponiendo el desorden, la anarquía y la pobreza. Páez recibía instrucciones del vicepresidente Santander para que comenzara a reclutar hombres entre 16 y 50 años; era, sin duda, una trampa que le ganó el descontento de la población civil en Caracas. Todo aquello precipitó la disolución de la Gran Colombia, el pueblo se reveló contra esta medida. Desde el tinglado, Antonio Leocadio Guzmán tejía la tela de araña del descontento y trataba de ganar réditos políticos, sus momentos estelares estaban muy cercanos.

Las contradicciones de aquella sociedad donde los ciudadanos vivían azotados por alzamientos y movilizaciones populares violentas indicaban que el principio del fin se aproximaba. La posibilidad de que ocurriera una guerra merodeaba en el imaginario de Zamora desde 1846, sabía de la intolerancia de la oligarquía; como dueño de pulpería en la Villa de San Luis de Cura, conocía del hambre que padecía el pueblo y del horror político y económico que

los latifundistas representaban. La ley del 10 de abril de 1834 dejaba al pueblo a merced de los prestamistas. Los deudores y muchísimos propietarios de tierras quedaron a la deriva, pues una vez vencidas las fechas de pago podían ser embargados por los acreedores; estos tenían el derecho de rematar las letras de cambio y las propiedades que les ponían como garantías para que sirvieran de pago en caso de insolvencia. El mal había tomado los tejidos psicológicos de la nación venezolana. Posiblemente Laguna, uno de los cornetas del Ejército Federal, se preguntara en la ancianidad, en las noches cálidas y llenas de cocuyos de Barinas, qué sentido había tenido aquella carnicería donde quedaron tendidas en los caminos unas 70.000 almas y en donde se sacrificaron 7 millones de cabezas de ganado.

La gramática del poder estaba clara para Zamora, debía actuar como profeta armado o vivir despojado, sometido a la iracundia de sus enemigos. La acción incubada en su alma por las prédicas periodísticas de Antonio Leocadio Guzmán devino en rebelión; esto no le fue perdonado, fue condenado a muerte por sedición el 27 de julio de 1847 y por el crimen del terrateniente Andrés Fuentes, dueño de la hacienda El Chorro, latifundista y confidente del gobierno que seguía los pasos de los alzados, quien fue supliciado por el indio Rangel el 28 de noviembre de 1846 en la Quebrada de los Bagres, sobre lo que Zamora declaró:

No supe quién lo mandó coger pero si sé que Rangel lo mandó a matar (...) No recuerdo los nombres de los soldados, porque cuando vi que el señor Fuentes era conducido amarrado, solo atendía a la víctima, y volví luego la cara para no verle: a las súplicas que aquel me hacía volví hacia él y entonces ligado de pies y manos: movido de compasión hablé a Rangel para que le

soltera y conseguí que lo hiciera de los brazos no más, habiéndome ido después a una casita y cuando volví ya era cadáver, sin haber sabido cómo fue, pues me horrorizó el hecho (...) nunca habría podido yo cometer una acción detestable, y a decir verdad puedo asegurar que en aquellos momentos no podía hablar al ver a un lado al señor Fuentes y del otro a Rangel que estaba furioso, pues así se ponía cuando tomaba licor.¹

Es de hacer notar que ya en ese tiempo habían comenzado las movilizaciones de un pueblo descontento y asfixiado por el poder de la oligarquía. Zamora fue detenido y penado a muerte; esa decisión fue conmutada, se le condenó a pagar prisión cerrada durante 10 años en la fortaleza de San Carlos en Maracaibo. Tal vez era peor la medicina que la enfermedad, era imposible salir ileso de aquella mazmorra insalubre, construida para diezmar a los hombres y someter sus voluntades. En el proceso de su traslado logró evadirse de la cárcel de Maracay. Zamora tenía aceptación en el llano y en Cúa, su carrera de guerrero había comenzado adiestrando milicias de autodefensas en un país donde eran normales los enfrentamientos bélicos y defender del hampa el sitio donde se residía y se tenían las propiedades. En el año 1844 colaboró activamente con los pobladores de San Luis de Villa de Cura, quienes sufrieron los ataques de una enfermedad conocida como el vómito negro, que diezmo a aquella población.

En el caso de Antonio Leocadio Guzmán, su arenga era civilista, solicitaba la libertad de prensa, en discursos encendidos planteaba mejorar la situación del campesinado, atender la salud, la seguridad, fomentar la democracia y la libre

1 Manuel Donís Ríos. (2012). Ezequiel Zamora. En: *Biblioteca Biográfica Venezolana*. (Vol. 72). Caracas, Bancaribe, Editora *El Nacional*, p. 51.

elección. Las elecciones nacionales para ese entonces contaban con muchas restricciones. Solo podían elegir y ser elegidos los dueños de tierras. Los deudores no tenían derecho al voto, tampoco las mujeres podían sufragar. La campaña electoral de Guzmán, al entender de los godos, parecía haberlo acercado demasiado a los condenados de la tierra, a los parias. Algunos autores critican a Federico Brito Figueroa por atribuir a Zamora proyectos revolucionarios que nunca poseyó. Se hace referencia al poco manejo de datos probatorios del maestro Brito para corroborar sus hipótesis, olvidando que las fuentes escritas no son los únicos testimonios con los cuales trabaja el historiador. Perfectamente, el investigador puede utilizar el dato etnohistórico. El testimonio oral es un recurso importantísimo con el cual cuentan las Ciencias Sociales. La casta militar temía por el poder de persuasión que tenía Antonio Leocadio, aunque no fue estrictamente un radical que quisiese transformar al mundo, sino un político civilista y oportunista que se había dado cuenta de que había que modernizar a un país donde su clase dirigente nunca tomó el riesgo de hacer posible la democracia. Como lo ha resaltado Ramón Díaz Sánchez, Caracas estaba llena de entuertos, la casta militar se sentía imperecedera e insustituible; un sector halagó al Libertador para que se coronase como “emperador”, mientras otros cuchicheaban con respecto a sus intereses mendaces, actuando para sostenerse a perennidad en el poder.

La oferta de una corona imperial puede seducir a cualquier hombre; Bolívar, si lo llegó a pensar, en poco tiempo desearía esa empresa, pues era finalmente una trampa de la Metrópolis para seguir controlándonos. Bolívar contaba con un activo superior a todo eso; su vocación ilustrada, su lectura de los enciclopedistas, su ir y venir por la enorme geografía americana lo había convencido de que había que desobedecer las ideas seculares. Su gloria no estaba allí, sino

en su osadía, en su conducta rebelde; no podía ceder ante aquel encantamiento de los colonialistas. Sabía con propiedad que América estaba tomada por el furor de las pasiones. La independencia hizo clara el alma y las efusiones de los diferentes sectores sociales. No había hombre en la tierra que pudiese controlar aquella tempestad. Los pardos guardaban el reconcomio de haber sido vilipendiados por trescientos años de olvido; todos aquellos que no pertenecían a los sectores dominantes jamás tendrían oportunidades de ascenso social. La oligarquía, por su parte, se consideraba dueña de aquellas tierras, en su alma no germinaba el interés del igualitarismo. Solo Bolívar escapaba a esto, su plan era independizarnos de España, lógicamente veía insensato seguir manteniendo la institución de la esclavitud. Los ideólogos ultramontanos pensaban que debía reeditarse la monarquía en América, ¿eran nobles o sencillamente habían pasado a creérselo? Desde el siglo xvii comenzaron los criollos a comprar títulos nobiliarios en España. La limpieza de sangre era otro mito, simplemente nunca había existido.

Pero la dinámica social era mucho más rica de lo que los supuestos “sangre azul” pensaban. La servidumbre en muchos casos pasa a tener una relación familiar con los señoritos. Nosotros pensamos en las preocupaciones que a propósito de la guerra tenían los Bolívar en relación con la negra Hipólita y su destino. El asunto era que la estructura de las familias se había devastado y ya nadie, en una sociedad destruida, podía cargar con su servidumbre, a pesar de los vínculos de cariño que en algunos casos, como el de Bolívar, pudiesen existir. La cotidianidad creaba ligaduras de apego, por eso el Libertador le pide a su hermana María Antonia Bolívar, desde el Cuzco, que le otorgue todo lo que pida Hipólita para evitar que cayese en la mendicidad.

En la cuarta década del siglo XIX se enfrentaron dos grandes intelectuales, Juan Vicente González y Antonio Leocadio Guzmán. Tanto *El Venezolano* como el *Diario de la Tarde* recogían los enconos de aquellos dos hombres provenientes de linajes sociales diferentes. González, en ese momento histórico, defiende a la oligarquía conservadora; sus cambios de humor serían una referencia importante en sus posiciones políticas, esto lo llevará a adversarlas o apoyarlas. La clase acomodada caraqueña, atada a sus atavismos medievales, lo despreciaba por ser un niño expósito, recogido y educado por la curia; lo formó Francisco González Delgado, quien fue su mentor. Esto no era nuevo en el mantuanaje caraqueño, Sebastián Miranda sufrió igualmente en carne propia la desdenosa actitud de esta clase social cuando no aceptaron que dirigiera las fuerzas militares de blancos en la colonia. Esto no lo podía hacer un hombre nacido en las islas Canarias, pues era considerado de baja cepa. La aristocracia temía a la mancha de sangre, de la cual no podía liberarse porque sus padres y abuelos como forasteros en soledad se habían cruzado con las indias y las negras, allí empezaba en nuestro imaginario la ficción de lo imposible.

Para el mantuanaje, los Miranda no llenaban los requisitos requeridos para formar parte del Estado español, pues no podían demostrar que eran legítimamente blancos. La madre de Francisco de Miranda ejercía un oficio vil; ser panadera, según los criterios de la época, era una afrenta, envilecía el espíritu. Los oficios manuales eran profundamente despreciados por una aristocracia que los aborrecía. El tiempo y los movimientos políticos realizados por Sebastián Miranda ante el rey dejaron sin efectos la desdenosa actitud de la oligarquía criolla y caraqueña. Se los ha llamado blancos criollos bajo un criterio inexacto, muy cercano al positivismo que utilizaba en sus análisis la jerga racial. El rey falló a favor de Sebastián Miranda, quien no quiso aceptar el cargo, pues la institución militar

estaba llena de enemigos suyos y de hombres que sentían hacia él un desprecio profundo. Esos hechos demuestran la honda diferencia existente entre el mantuanaje criollo y la burocracia española que ejercía el poder político.

Se sabía del oportunismo de Antonio Leocadio al aspirar soliviantar a los parias de su país, él no los iba a dirigir militarmente, pues temía las represalias, pero su discurso actuaba como catalizador de reclamos bien merecidos. La clase social que ejerce el poder nunca lo entregará de buenas a primeras. La sangre necesariamente iba a llegar al río. El astuto Antonio Leocadio es apresado por Juan Vicente González, quien como jefe de la policía de Caracas lo aprende en la Esquina de las Monjas. El mismo González lanza una campaña de descrédito en contra de este hombre que, a su decir, se había escondido en un fogón, pues no tenía el valor de dar la cara en la calle incitando al pueblo a la pelea y a la defensa de sus derechos. Cabe la posibilidad de que haya sido un discurso aliñado de calumnias para hacer ver a su enemigo como un redomado cobarde, de credibilidad inmerecida.

En ese tiempo la vida de Guzmán pendió de un hilo, se le condenó a muerte y fue amnistiado por José Tadeo Monagas. Gracias a las suplicas de su mujer, Carlota Blanco, su pena sería cambiada por el destierro a perpetuidad. Al poco tiempo regresaría del exilio. La idea expresada a su familia cuando lo despedían en La Guaira es que la perpetuidad no existe en nuestro país y así se cumplió en su caso. Aquel huracán de la palabra condujo a la radicalización de Ezequiel Zamora, quien lo admiraba por su pluma y sus conocimientos. Zamora venía leyendo *El Venezolano* desde 1840.

En el ideario político de Antonio Leocadio se dio un deslinde; entre su pensamiento y su acción hubo una distancia abismal, no llevó a hechos concretos sus pensamientos; aspiró al poder y a ejercer la Presidencia de la República,

olvidando o dejando de lado la acción militar. Sin el manejo de las armas, sin tener un ejército de hombres confabulados contra los latifundistas, era una utopía pensar que tomaría el poder. En el siglo xx algunos analistas políticos compararon a Jovito Villaba con Antonio Leocadio, por su dubitación permanente y su falta de pragmatismo político. Cuando a José Tadeo Monagas su esposa le pidió no mancharse las manos llevando al cadalso a Guzmán, este le dijo con una sonrisa de mortificación: “Acabo de bajarlo del patíbulo y me he montado yo”.

José Tadeo Monagas sabía en 1848 que tenía que actuar con certeza y agilidad para evitar las embestidas de la conspiración del Partido Conservador. Inmediatamente, mandó a buscar a Zamora a El Hatillo, donde yacía de incógnito, y lo enroló en las milicias de la República. Zamora pasaba en esa región como un paisano más por sus hábitos pueblerinos, lo destacó en Villa de Cura y en el Tuy. Fue tan efectiva la gestión de Zamora que casi inmediatamente pasó a formar parte del ejército de la República. Aquel hombre sabio en las artes militares, que tenía intuición natural para la guerra, pues era relancino y astuto, era el hombre que necesitaba para contrarrestar al Centauro, quien se había convertido en un peligro para la gobernabilidad del país, a tal punto que él estaba como Presidente por el acuerdo a que se había llegado con Páez.

El error de los liberales en la elección donde se escogió a Monagas fue haber disgregado sus votos. Se presentaron varios candidatos liberales postulados para Presidente de la República, entre ellos el general Salón, Antonio Leocadio Guzmán, los mariñistas, los blanquistas y los monagistas (gregorianos). El voto de los liberales venía creciendo paulatinamente, en el 44 obtuvieron 2.141 votos y los oligarcas 800; en el 46, los guzmancistas sacaron 2.742 votos. Terminó

ganando la presidencia José Tadeo Monagas, recomendado por Páez para que se mantuviera la paz de la República.

Antonio Leocadio, para aquella sociedad cerrada del siglo XIX, no reunía los requisitos necesarios para asirse con el poder, no tenía el linaje de sangre solicitado por aquella sociedad, tampoco poseía títulos nobiliarios en sus ascendientes. El historiador Ramón Díaz Sánchez nos cuenta de sus esfuerzos por honrar a su padre, Antonio de Mata Guzmán, cuando en el Castillo San Felipe, encerrado en las bóvedas de esa prisión, rechazó la oferta de Miranda de engrosar las fuerzas del Ejército Libertador. El generalísimo Francisco de Miranda le ofreció reconocerle sus galones militares, cosa imposible porque había jurado ante la bandera española; proceder de otra manera chocaba con sus valores y adoptar esa conducta era considerado por los códigos de su cultura como traición. Sus convicciones y su lealtad iban primero que su comodidad. Se infiere que esa conducta obedecía a la necesidad de enaltecer su prosapia ante la sociedad de la cual formaba parte.

El 29 de junio de 1812 Antonio de Mata Guzmán, desde su condición de preso, hace implosionar el poder de Bolívar en Puerto Cabello y cae el Castillo de San Felipe. De todas formas Antonio Leocadio se inserta ante la nueva sociedad naciente, reclamando con su acción y con su verbo que se abriese el camino del cambio en Venezuela; si no lo hizo atado a una ética de la convicción no importa, su conducta reclutaría la voluntad de hombres firmes como Zamora, quien estuvo inserto en una aspiración más radical. Lo demuestra claramente la Batalla de Santa Inés, allí combatieron las pasiones; esta batalla demuestra que el brío, el atrevimiento, la voluntad y la decisión tienen y juegan un papel fundamental en la historia.

En Santa Inés el ejército de la oligarquía conservadora se batió con tres mil hombres bien apertrechados y municionados contra escasos 1.500 hombres que tenía Zamora. Los mejores

generales del gobierno figuraron allí: de las Casas, Rubín, Jelambi, M. Herrera; sin embargo, la estrategia militar de Zamora terminó por imponerse, hizo cavar trincheras para sorprender al enemigo y logró como lo había expresado: “que mordieran el peine”. Santa Inés era el sitio más inesperado para dar una batalla tan decisiva como aquella. El 10 de diciembre de 1859 se estaban escribiendo páginas gloriosas de la historia venezolana. El federalismo era el cenit de la voluntad irredenta, la historia se había comenzado a decantar. Las masas creyeron en Zamora por su entrega, por su liderazgo sobre el campesinado. El jefe indiscutible de aquel movimiento insurreccional era él, no había ninguna posibilidad de retroceder. Desde ese momento una sombra perseguía a Zamora: la muerte. Había sido tramada por la mendacidad de los que solo aspiraban a la silla presidencial.

Venezuela ha sido rica en la omisión de hombres que a su manera trazarían destinos importantes, en un país que necesitaba modernizarse. La oligarquía nunca admitirá la enorme importancia de Antonio Leocadio como encendedor de nuevas luces en un país atrasado, lo cual no niega para nada su habilidad y “muñeca política”. Este hombre logró sobrevivir en aquella sociedad de castas, de odios, de falta de perdón, gracias a la ductilidad de su discurso; así mismo, Zamora fue invisibilizado en su empresa de cambios de la sociedad donde vivió. Ambos cargaron sobre sus hombros los motes más terribles de la descalificación personal. En la Venezuela de esa época luchaban por el control: godos, conservadores y liberales, a estos debe sumársele el pueblo. Décadas precedentes, Simón Rodríguez había visto muy bien lo que ocurría en aquel plexo de las pasiones venezolanas. El Cabildo caraqueño nunca quiso acceder a sus peticiones de abrir una escuela de las primeras letras para los párvulos de escasos recursos. El noventa por ciento de

la población no estaba alfabetizada, en Caracas existían escasamente dos o tres escuelas privadas, todas vinculadas a la Iglesia católica. A los pobres les habían sido yugulados todos los derechos.

La vida de Zamora demuestra que fue un hombre que debe explicarse, como dice Ortega y Gasset, en la relación que existe entre el hombre y sus circunstancias. Zamora pasó la primera infancia entre Cúa y Villa de Cura, recibió los influjos positivos de sus cuñados. El legado más importante se lo lega Juan Gáspers, quien terminó de levantarlo; de allí derivó su afición a la lectura y a la justicia social. Historiadores como Guillermo Morón le han dado el trato de asaltante de caminos, minimizando la importancia de este hombre. Se ha tratado de disminuir achacándole que era dueño de esclavos. El asunto fundamental es que estas perspectivas no toman en cuenta los cambios políticos e ideológicos de los hombres en la historia y no comprenden que los procesos sociales son liderados por seres humanos y no por ángeles.

Zamora terminó encarnando un proyecto libertario. Sabía del peligro de la oligarquía y de la conjura dio al traste con su vida; poseía extraordinarios dones de dirección militar que llevaron a Juan Crisóstomo Falcón y a Antonio Guzmán Blanco a confabularse contra él. Militarmente, Falcón era un inepto; después del triunfo de la Batalla de Santa Inés y del asesinato del General del Pueblo Soberano, el ejército revolucionario sucumbió en la Batalla de Coplé. La falta de carisma y la desconfianza de la soldadesca en este hombre condujeron a la derrota. Estábamos ante dos proyectos distintos de historia. Ezequiel Zamora encarnaba la utopía de un mundo mejor e incluyente donde fuese posible la libre opinión sin que se temiera a las represalias. Mientras, Juan Crisóstomo y Antonio Guzmán Blanco tenían los ojos

puestos en los intereses de su clase social; eran seres asaltados por la idea de una civilidad eurocéntrica, mediatizados por la idea de progreso, tanto que el segundo arquitectónicamente pretendió reproducir en Caracas la capital parisina. Los gobiernos del “Ilustre Americano” –como se hizo llamar Guzmán– estuvieron caracterizados por la corrupción, el nepotismo y el autoritarismo. Antonio Guzmán no fue militar de carrera, era asesor de Falcón y supervisor de los ejércitos federales, como lo ha narrado Level de Goda.

En la personalidad de Antonio Guzmán Blanco predominaba la zalamería y la adulancia con Falcón, en algunos discursos en su primera presidencia hablaba de la participación heroica del general en las batallas. Después de la Batalla de Santa Inés, en la persecución de las tropas del ejército oligárquico en el Corozo cayó herido Level de Goda, compañero de Guzmán Blanco en las fuerzas federales que conducía Falcón y de quien no recibió ayuda a pesar de saber del peligro inminente de muerte que corría. Zamora venía de incendiar la sabana, interponiendo con eso una columna de llamas entre las tropas enemigas y las suyas, fue un recurso para no perecer, se les había acabado la pólvora. Escuchemos a Level:

Había cesado esa recia y sangrienta pelea, y yo me hallaba herido y abandonado en el campo; el fuego más horrible devoraba la sabana, pajales secos de más de un metro de altura entre los que yo estaba tendido, y veía acercarse a mí aquel fuego, y sentía el calor inmenso de las llamas que se acercaban, sin poder moverme, mal herido como estaba: la muerte era inminente ¡pero qué muerte tan horrenda!... En tan desesperante situación, ni una persona junto a mí, solo muertos y uno que otro herido más lejos: me preparaba para

morir encomendándole mi alma a Dios, cuando escuché y me impresionaron las pisadas de una bestia que se acercaba; alzo la cabeza, vuelvo los ojos, y cuál no sería mi contento cuando vi y conocí a Antonio Guzmán Blanco, quien montado en su famoso macho que tenía, pasaba cerca de mí, hasta el punto de oírme a pesar de mi debilidad por causa de la sangre que había derramado y derramaba: yo le creía caballero y buen amigo mío, éramos como Ud. sabe, compañero de todos los salones de Caracas y en el destierro, etc.; le llamé con instancia haciéndome reconocer de él y le dije: “Antonio sálvame, sácame de aquí, estoy mal herido”, y entonces él me contestó apurando el paso de su bestia, por temor a las llamas que se acercaban, y quién sabe por qué otro motivo, “a mí también me han herido al macho”. Y continuó su camino abandonándome miserablemente al furor de las llamas.²

Los gobiernos oligárquicos estuvieron caracterizados por el nepotismo y el personalismo. L. Level de Goda señalará:

Los (gobiernos) que surgieron desde 1858 a 1861 estuvieron dominados por las más violentas y exaltadas pasiones, y se ocuparon preferentemente en perseguir de todos modos a sus contrarios, a los liberales, para aniquilarlos y destruirlos como partido: en el seno de aquellos gobiernos y entre sus hombres se pusieron en juego las más feas e indignas intrigas, y cundieron la inmoralidad y las traiciones que dieron al traste con todos ellos.³

2 Luis Level de Goda. (1976). *Historia contemporánea de Venezuela, política y militar 1858-1886*, n.º 8. Caracas, Oficina Central de Información, p. 257.

3 *Ibid.*, p. 25.

Antonio Guzmán Blanco –como él mismo lo expresó– le abrió un juicio militar a Matías Salazar, en el que los jueces del Consejo de Guerra que lo sentenció a muerte eran acólitos de Guzmán; hablamos de la crónica de una muerte anunciada, donde un caudillo militar como Antonio Guzmán Blanco, habiendo sido desobedecido por Matías, no encontró otra vía que la del paredón para su compadre. El periodista José Carrillo Moreno, con pluma ágil en su libro *Matías Salazar*, nos narra la emboscada que este le preparó a su compadre en Valencia: le ofreció como obsequio un rucio moro, el cual fue a ver Guzmán Blanco; con fortuna no llegó a penetrar en las caballerizas, pues cuando llegó a los establos el Dr. y general Bermúdez Cousin le dijo que no entrara, allí sería emboscado por los hombres de Matías Salazar; la fortuna hizo posible que fuera advertido a tiempo. No en balde Guzmán llegó a decir que Venezuela era un cuero seco, todo podía ocurrir, lo descabellado convivía con lo racional en un mundo que se había ido formando a trompicones. El 12 de mayo de 1872 los caudillos militares del partido Liberal le enviaron, desde Tinquillo, una carta donde pedían la cabeza de su compañero de armas Matías Salazar:

Ese jefe desleal, ese traidor que cambiaba sus agasajos con los de nuestros enemigos y en estrechos abrazos con ellos, juraba la caída de nuestro gobierno y el exterminio de todo el Partido Liberal, era el general Matías Salazar, cuya desatentada ambición no estaba satisfecha con la segunda jefatura del ejército de la República, con el mando absoluto que entraba a ejercer en el estado Carabobo, y con todas las consideraciones con todos los honores que se le tributaban hasta con olvido de la antigüedad (...) como segundo Jefe del Ejército, tuvo sometidos a Carabobo

y a los estados de Occidente, enriqueciéndose por medio de las más violentas expropiaciones y subordinándolo todo a sus bajas pasiones, a sus instintos feroces (...) Este hombre, ciudadano General, no tiene de hombre sino la figura. Es una fiera que no tiene derecho a ninguna especie de garantía, y el ejército sería responsable de millares de víctimas y de todos los desastres que podrían sobrevenir, si después de aprisionada quedase para más tarde volver a sus guaridas a saciar su voracidad estableciendo su matanza de venezolanos (...) Sobreponed, ciudadano General, las ideas del hombre de Estado, a los sentimientos del corazón, y a las tradiciones del Partido Liberal sobre la clemencia y la magnanimidad con los vencidos, que bien pueden ejercerse con todos nuestros enemigos, sin ninguna excepción; y salvad la República, salvad al Partido Liberal, salvad a los mismos que nos hacen la guerra, imponiendo la pena de muerte al traidor Matías Salazar.⁴

Antonio Leocadio Guzmán. Ideólogo del liberalismo

Este hombre estuvo siempre sumido en sus ambiciones. En aquella difícil sociedad donde le tocó vivir el ascenso social era imposible. La oligarquía creía en la limpieza de sangre, Antonio Leocadio no la poseyó. Hijo de un militar realista español que huyó a Puerto Rico después de la Batalla de Carabobo, solo le quedaba, como a un Julián Sorel cualquiera, acercarse a las élites y hacerlo por la vía matrimonial. Su matrimonio con Carlota Blanco lo dejaría bien situado, le abriría un mundo de relaciones en aquella sociedad prejuiciosa y de castas. A lo anterior debemos añadir sus movi-

4 José Carrillo Moreno. (1954). *Matías Salazar. Historia venezolana*, Caracas, Ediciones Garrido, pp. 98-103.

mientos políticos, fundar *El Venezolano*, ir creando entre el pueblo la necesidad de justicia social. *El Venezolano*, como periódico, lo acercaría a la modernidad e iría penetrando el tejido social de aquella Venezuela despoblada, carente de vías de comunicación y llena de caudillos militares ambiciosos. Guzmán tuvo el mérito de crear el Partido Liberal con Tomás Lander. En aquella Venezuela de generalotes que se creían con derecho a todo "...Guzmán es, con todos sus defectos, uno de los iniciadores de la gran batalla por la constitución de los partidos políticos en el país, partidos con orientación doctrinaria y pragmática".⁵ La Guerra de Independencia se había planteado por las conductas antidemocráticas:

... como sucedía con la exclusión de los criollos del ejercicio de las altas funciones de la administración pública; hasta que en definitiva quedara formada una verdadera superposición de clases. La del blanco nacido en Europa; la del criollo, a quien se clasificó de blanco hispanoamericano, por provenir a veces de la mezclas del europeo con el indígena; a la de la gente de color; la de los esclavos negros; y la del indio de raza pura.⁶

Guzmán es agredido por el disgustado teniente coronel Abreu y Lima, pues había sido atacado en el periódico el *Argos* dirigido por él. En la noche profunda caraqueña

5 Héctor Mujica. (1958). *La historia de una silla, Antonio Leocadio Guzmán*, Caracas, Ediciones Pensamiento Vivo, p. 18.

6 José Santiago Rodríguez. (1976), *Contribución al estudio de la Guerra Federal, Colección Ezequiel Zamora y su tiempo*, vol.1-vol. 2, Caracas, Oficina Central de Información, p. 28.

lo sorprende, le cruza la cara con el sable y le deja una marca perpetua que es cubierta por sus tupidas patillas. Guzmán es un animal político, conoce la técnica del disimulo y de la adulancia. Se hace enviar al Perú por Páez, donde conoce a Bolívar; tenía talento, garra y carisma para aspirar al mando en aquella sociedad militarizada. Se gana la simpatía del Libertador y conoce de primera mano la Constitución de Bolivia que ha escrito el general Bolívar. Una vez en Caracas, se hace amigo de Mariño y de Páez, y conoce de primera fuente las cizañas de Miguel Peña. Antonio Leocadio en 1825 ya se había hecho visible para los hombres del poder, pero le faltaba el arrojo del arrebato y esa sería la tiniebla que lo invisibilizó; eran las horas tétricas de su infortunio.

En Venezuela se agudizaba el cabildeo político. Miguel Peña, como consejero de Páez, lo instaba a que efectuara la separación de la Gran Colombia. Antonio Leocadio estaba ante una situación diferente a la vivida con el Libertador en 1826 en Perú; sobre Bolívar recaía la sospecha pública de que tenía la intención de coronarse y esto exacerbaba las pasiones de los amos del poder:

Caracas como otras ciudades de Venezuela se ha alzado contra el “Tirano”. Los pasquines contra el Libertador llueven sobre el empedrado de las calles (...) el 13 de agosto de 1830, Páez decretó la organización del gobierno de Venezuela. Figuran como ministros, Diego Bautista Urbaneja, el general Carlos Soublette y, naturalmente, el doctor Peña, como ministro del Interior y Justicia. En la secretaría de este ministerio figura como oficial Antonio Leocadio Guzmán. ¿No es asombroso?⁷

7 Héctor Mujica. (1958). *La historia de una silla, Antonio Leocadio Guzmán*, Caracas, Ediciones Pensamiento Vivo, p. 32.

Guzmán fue un hombre de una gran ductilidad política. Después de la muerte del Libertador aboga por la familia Bolívar, se encarga de ir a cobrar el millón de pesos que el Congreso peruano concedió a Bolívar por sus servicios al Perú. El pueblo se pone de su lado porque se hace un activo militante de una amnistía general; los bolivarianos padecían el ostracismo en ese momento. En Venezuela la lucha no había menguado en ningún momento. José María Vargas, presidente conservador puesto en su cargo por Páez, recibe un golpe de Estado liderado entre otros por Pedro Carujo. Venezuela es la fragua de la violencia, no podía haber paz en una República donde los campesinos padecían exclusión y privaciones de todo tipo. El mismo Antonio Leocadio -como lo dice Héctor Mújica- se pone en contra de reclutar forzosamente al pueblo para alistarlos como tropa en caso de guerra; mientras esto ocurría, la población se hundía en el analfabetismo así como en la desasistencia médica y económica.

Antonio Leocadio sabe, como se ha dicho, que no tenía detrás ningún abolengo que lo sostuviera; escribe y ensalza a su padre como un hombre de gran espíritu y de una inmensa dignidad. Ese teniente solo supo defender a España, por su patria lo hizo todo, sabía reprimir todas las corrientes contestatarias que se opusieran a aquella felonía de tres siglos de sometimiento contra un país que no era el suyo; trataban estos hombres de ocultar los derechos ciudadanos que tenía el pueblo a darse el gobierno que consideraran más acorde con sus necesidades. Antonio Leocadio fue un político hábil como tal vez no haya existido otro en Venezuela, abrió los cauces para que se respetara la libertad de expresión; esto era un hecho inédito, se les tenía miedo a los militares, su rabia podía hundir aquel país en una intolerancia mayor. Venezuela todavía cargaba sobre sus hombros la pena de muerte judicialmente justificada en la Constitución de 1830.

Todos aquellos acontecimientos políticos gobernados por el odio visceral de los jefes de fracciones estaban anunciando lo que sería el futuro próximo de nuestro país. Los hombres se dejaban arrastrar por los rumores; el odio social no era una cuestión lejana, estaba allí, como siempre, preparando las grandes ollas para un hervor perfecto. El poder era efímero pero pecaminoso, dejaba grandes secuelas en las espaldas. La Iglesia católica jugaba muy cerca de los verdugos; cuando se enjuició a Antonio Leocadio no se levantó ninguno de sus intelectuales a su favor, y de no ser por el valor de Carlota Blanco su marido hubiese ido al cadalso.

Las élites seguían en el poder, desconociendo el derecho que tienen los pueblos de cambiar; se había impuesto la maniobra política. La godarría temía a las matrices de opinión que pudieran dar al traste con sus desmanes. Antonio Leocadio contaba en la prisión las horas mustias que lo separaban de la muerte. Algunas veces se decía para sus adentros que su ambición había sido la causante de aquel espanto que le esperaba. En el registro del diálogo entre el amo y su servidor fue incapaz de darse cuenta de que el esclavo, cuando pierde el miedo a la muerte, como lo ha dicho Hegel, es capaz de generar un mundo nuevo. Este hombre señala una constante que se ha repetido infinitamente en la historia política venezolana, la dialéctica de la fuerza. La tuvo en La Victoria, los diferentes sectores sociales salieron al ruedo con él, las calles del Consejo estaban llenas de sus seguidores. Los pequeños comerciantes como Zamora lo apoyaban, pero su irresolución persistió y, en vez de avanzar, decidió resguardarse en Caracas. El odio demencial de Juan Vicente González terminaría alcanzándolo.

La enseñanza recibida es que los derechos ciudadanos en un país tan profundamente pasional como el nuestro solo parecen ser posibles de reclamarse con la resolución absoluta

de la insurgencia. Los pardos lo seguían, la plebe, la chusma, los pequeños propietarios, los terratenientes arruinados; solo faltaba vencer el miedo y Guzmán no lo hizo, porque era un civilista y demagogo que no había terminado de desprenderse de la coacción del aparato de dominación. Le faltaba el gesto arriesgado, la decisión comprometida. Su responsabilidad estuvo llena de mucho cálculo. Sin embargo, se haría posible la toma de conciencia. El pueblo ya se había rebelado, sabía que ya no podía haber retorno al pasado. Las élites empiezan a ver disminuido su poder absoluto.

La lucha verdadera era entre el liberalismo y los conservadores. Los generales de la independencia se habían convertido en terrófgos. Venezuela estaba llena de liberales arruinados que solicitaban auxilio para poder seguir cultivando la tierra y godos representados políticamente por Páez, los cuales se habían convertido en grandes agiotistas; esto planteaba una situación difícil. Nos cuenta José León Tapia que los títulos de propiedad que el Libertador le había dejado a los soldados que le sirvieron a la patria no eran reconocidos; cuando trataban de hacerlos valer, su única salida era venderlos a precio de gallina flaca a esta misma gente. Los de abajo eran menospreciados por los godos; odiaban a los negros, a los indígenas, sin darse cuenta de que treinta años después de la independencia seguía campeando el analfabetismo y la exclusión.

Zamora representaba la esperanza de los soldados que venían luchando contra el latifundio desde Boves; debemos decirlo, estos pobres de la tierra no defendían el realismo español como proyecto de vida, sino que eran asfixiados sistemáticamente por la godarria propietaria de la tierra

venezolana, “encontraron ellos en Ezequiel Zamora la ilusión de una patria mejor y la motivación para recomenzar la lucha”.⁸

Zamora luchó por un ideario libertario; el 14 de junio de 1959 fue declarado “Valiente Ciudadano” por el Concejo Municipal de Barinas. Luchó por los pobres y en su ideario se manifestó la abolición de la esclavitud, la libertad de expresión y la libertad de cultos. Esto contradice con claridad aquella imagen pobre que nuestra historiografía vendió de Zamora; él fue un héroe silenciado, su pensamiento encarnaba el ideario democrático. Como lo ha expresado con claridad José León Tapia “con la muerte de Zamora las esperanzas del pueblo venezolano fenecen”. La historia oral nos cuenta que la hermana de Juan Crisóstomo Falcón, Estefanía Falcón, esposa del General del Pueblo Soberano, nunca más le dirigió la palabra a Juan Crisóstomo. Este hombre tenía como asesor a Antonio Guzmán Blanco que de federalista pasó a autócrata. La vida de Falcón estuvo llena de contradicciones, olvidó que el centro del poder era Caracas y se refugió en Coro. En su alma se fortalecía la envidia contra su cuñado, sentía que este le anulaba su liderazgo mientras sus servidores emponzoñaban en las trastiendas su relación con Ezequiel Zamora. Nos relata Tapia que el Dr. Ariza le hizo saber a Juan Crisóstomo que el Dr. Francisco Iriarte, secretario de Zamora, le había violado la correspondencia; eso lo hizo estallar en rabia y ofender a su secretario. El asunto se hizo álgido con la intervención de Zamora, quien estuvo a punto de sacar el revólver y descargarlo al general Falcón. El roce entre estos dos generales fue demencial: Zamora no soportaba ya la conducta de aquel hombre presto al reclamo y a poner en entredicho su autoridad.

8 José León Tapia. (1992). *Por aquí pasó Zamora* (6.ª ed.), Caracas, Ediciones Centauro, p. 29.

Por esa famosa diferencia, Zamora decidió renunciar a la conducción del Ejército Federal, cosa que no aceptó Falcón. Nos relata Tapia que Ariza, cuando se hizo evidente aquel altercado, solicitó su baja de la milicia; esta fue la respuesta de Zamora: “Hace usted muy bien, doctor, porque de aquí en adelante, desde el general Falcón para abajo, si tratan de impedir la revolución total y el triunfo del pueblo, les mando a dar cuatro balazos”.⁹

El ejército que dejó Ezequiel estaba bien equipado; con su muerte pierde la mística y cae en el pesimismo, comienzan los rumores entre la tropa de que la muerte de Zamora había sido un sicariato. Zamora luchó en medio de su corazón apasionado contra el desbordamiento social de hombres como Martín Espinoza, quien fue profundamente afectado por los abusos de los godos; pueblos enteros del llano fueron vejados, saqueados, violadas sus mujeres y esto no se borraba de la mente de Martín y de sus amigos, entre ellos el cura Simón Pedro Ramírez; la plebe insolentada había sido humillada por décadas, por centurias. El mismo Zamora tuvo que abrirle un consejo de guerra a Martín Espinoza porque derramaba sangre innecesariamente. La guerra era inmisericorde; Francisco Rangel, el indio, fue asesinado por Guillermo Blanco, soldado de las tropas oligárquicas. Los levantamientos campesinos del 46 y la Guerra Federal no conocieron cuartel, el odio del pueblo campeó en aquellos que estaban refugiados en las reflexiones que validaban la ley de espera y quita como un hecho natural del comercio.

Martín Espinoza fue un soldado del pueblo como el indio Rangel, era bonguero; Rangel fue un antiguo luchador de la independencia que llegó a teniente coronel. Cuando comienzan nuestros movimientos campesinos en Aragua

⁹ *Ibid.*, p. 119.

ejercía como jefe civil, nadie más que él sabía del maltrato y la miseria en que vivían los campesinos. Nadie podía controlar las vidas trucas de aquellos guerreros, sus almas habían sido defenestradas y mancilladas por una lógica de dominación que no conocía la compasión. Estas situaciones rebasaron la planificación establecida por Zamora. El Ejército Federal defendía la sensatez. Martín en las noches cálidas del llano hablaba con espíritus turbulentos. Tiburcio el Adivino, lo acompañaba como brujo en ese diálogo entre el aquí, el ahora y el más allá. Martín Espinoza acampó en Santa Inés, herido en un pie por un torete que trataba de dominar, su fuerza era descomunal; cuando pretendió degollar al animal, este hizo un movimiento extraño, lo peló, y su puñal se incrustó en su talón ocasionándole una lesión dolorosa y profunda. Reposó por unos días salmodiando su pie con rezos desconocidos, untándolo y amarrándolo con cataplasmas de tabaco y aceite de palo. Ese fue el momento que aprovechó Zamora para abrirle un juicio de guerra: fue fusilado, era imposible convivir asaltado por las fuerzas del Thánatos que invadían a aquel hombre. Zamora ardía en remordimientos con esta decisión, no tenía otra alternativa ante la borrascosa personalidad de aquel ser desbordado por sus circunstancias. Martín le había pedido a Zamora la vida de Rubín y Petit. Dos días después de la muerte de Martín, escuchó su voz que venía de los infiernos celebrando sus proezas del día anterior; se dio cuenta de que él estaba instalado en la Venezuela profunda. Martín y el indio Rangel vivirían en nuestra historia, formarían parte de nuestros altares; ambos acompañaron al General del Pueblo Soberano en un trecho de su recorrido.

Zamora conoció profundamente la subjetividad de los sectores indígenas, tan rechazados por los proyectos de los reformadores de la sociedad nacional, que creían en el

desarrollo y en el progreso. Guerrilandia –hoy Guanarito– y el llano en general eran sus ejemplos, los indígenas peleaban contra la injusticia que se nos había impuesto desde la llegada del colonizador. El legado del colonizador a las poblaciones indígenas y afrodescendientes fue el ultraje, el desconocimiento de las costumbres y de los hábitos de vida de las etnias. Desde hacía muchos años el país estaba abocado a las tirrias políticas, faltaba la mediación, la sinceridad había sido resquebrajada por una moral instrumentalista. Ramón Díaz Sánchez refería que la traición se había impuesto por todos lados.

Lo que se había traicionado era el legado de las ideas. Los políticos de oficio sabían que todo era dependiente del cabildeo de Palacio. En las primeras tres décadas del siglo XIX, el liderazgo lo ejercía el Centauro, quien había aprendido los gajes del oficio, pues ser presidente y conductor del destino del país no era cualquier cosa. Páez ejercía como civilista en un país donde Miguel Peña había sido capaz de embarcar la República en la ruptura de Colombia, la Grande. De aquellos días estremecedores podemos observar la lucha de los caudillos del civilismo. Llenos de ambición preparaban continuamente el cadalso del otro. Todo en aquel ambiente era efímero; militares, reformadores y revolucionarios conocían con claridad cuál era la dinámica de aquella sociedad, que no era otra sino la de la confrontación, la batalla, la preparación de las coyunturas para hacer recaer sobre el adversario la soga de la horca. Díaz Sánchez nos relata los saldos de aquellas batallas civiles, Ángel Quintero le reservaba a Miguel Peña su factura.

Todo esto tendrá un efecto terrible en las dinámicas de las vidas de estos jefes políticos; en 1846 la hacienda y la casa de Quintero fueron afectadas por los levantamientos de aquella insurgencia campesina, que aterraron a doña Soledad,

la esposa de este jerarca. Las movilizaciones de las almas envalentonadas por los reclamos de el indio Rangel y por los liberales radicalizados la hicieron temer por el destino de su vida y de sus propiedades, ya se comenzaba a incubarse lo que sería la Guerra Federal. Los campesinos estaban hartos del menosprecio, del hambre, de la viruela, del tifus, del paludismo y de otras enfermedades. La realidad nos estaba señalando que la patria no podía sostenerse basada en las meras ideas.

Los liberales sabían que los godos estaban de nuevo conspirando contra la República, su esperanza tal vez era retrogradar al país a los antiguos estadios sociales:

El Venezolano dirige sus saetas fundamentalmente contra el Banco Nacional “cuyos privilegios espantan a los empresarios extranjeros, e impiden la importación de capitales monetarios”, abogando de paso, en favor del Banco Británico, instalado en el país desde 1839, institución a quien el periódico conservador *El Promotor* responsabiliza de la crisis, ya que ha estado girando “algún dinero” hacia el exterior.¹⁰

El problema fundamental del país era la ley de abril, que ponía en zozobra a los agricultores que no podían pagar las deudas contraídas; prestar dinero se había convertido en un arma de doble filo, los réditos a pagar duplicaban el capital, lo cual representó la quiebra para la mayoría de quienes no tenían otra vía que morir en manos de los especuladores:

Liberales de otros rumbos enfilaban sus baterías estrictamente contra la ley. Y un ejemplar de ella es quemado junto a un retrato de Páez en el Tuy. El periódico *El Promotor* del 2 de octubre de 1843 juzga el hecho como un desacato y lo

10 Adolfo Rodríguez. (1977). *Ezequiel Zamora*, Caracas, Ministerio de Educación, p. 50.

denuncia como un fermento de la “revolución a lo irlandés (...) por medio de reuniones numerosas que tengan por objeto reformas en la constitución.”¹¹

Venezuela había sido martirizada por la banca; según datos del historiador Adolfo Rodríguez, esta le presta a Páez 110.000 pesos. La mayoría de los propietarios e industriales quedarían al margen de dicho beneficio. El pueblo se pronuncia en sus manifestaciones populares por la falta de trabajo y en contra del endeudamiento; de boca en boca se transmite el mensaje denunciando la presión a la cual está sometido el país. La pasividad del pueblo se transmuta con la presencia del líder que está dispuesto a jugárselo todo por la masa. Desde tiempos remotos sabemos que Venezuela, cuando se trata de política, es un mar encrespado.

La idea de revolución fue el norte de Zamora, quien creyó en la necesidad de establecer la educación gratuita y de abolir la pena de muerte, ya que esta sostenía la barbarie en las sociedades que debían encaminarse hacia la democracia. Las grandes posesiones de tierras que tenía la godarria eran un obstáculo para el cultivo de los campesinos; la mayoría de las tierras no estaban trabajadas. La peonada subsistía en el trabajo sin ningún tipo de seguridad social. La guerra civil se había incubado en los tuétanos de aquella sociedad. La libertad era un sentimiento, nadie sabía qué era; Venezuela humeaba entre la pólvora y la candela de los pastizales; la modernidad, su comienzo, se percibía distante. Algunos españoles habían retornado detrás de sus proventos; nada podía consolar el espíritu de aquella Venezuela donde la

11 *Ibid.*, p. 50.

población era azotada por los anofeles, por la disentería y por la desolación.

La Batalla de Santa Inés fue producto del esfuerzo inmenso de la conciencia social de pueblos que buscaban la esperanza para liberarse de la devastación a la que eran sometidos, en esta batalla se enfrentaron dos mundos: los de abajo, quienes habían sido mancillados, execrados; y la rancia oligarquía, que solo pretendía mantener sus privilegios terrófagos. La revolución era la esperanza y esta fue planteada por Zamora a partir de las premisas de la igualdad. La terrofagia había condenado a las familias campesinas a no tener propiedad, para ellas no había ninguna posibilidad de éxito. La estructura de la propiedad no cambió con la independencia nacional, Bolívar llevó a cabo una guerra que dejó las estructuras económicas intactas. La aristocracia se embarcó en esa disputa sangrienta porque consideraba que ella tenía méritos para dirigir su propio proceso. Bolívar, ideológicamente, superaba con creces a la clase social a la que pertenecía; una vez terminada la guerra y muerto el Libertador, ella siguió estructurando una sociedad donde los campesinos, los afrodescendientes y los indígenas no contaban, eran simplemente fuerza de trabajo.

Zamora emerge como líder social por su profunda ruptura con el Partido Liberal, al cual admiraba y seguía como simpatizante; comprendió pronto que de las manos de Antonio Leocadio Guzmán no germinaría la sociedad que los pobres añoraban. Hizo su carrera militar en el gobierno de José Tadeo Monagas, pero sabía desde sus adentros que era necesaria la insurgencia y la realiza con buen sentido; su liderazgo era indiscutible. Este hombre había sorteado la muerte y la asechanza a la cual fue sometido, muchas veces se le intentó dar muerte en la cárcel de Maracay por algunos carceleros que debían cumplir el rol de sicarios. Su liderazgo

era considerado de suma peligrosidad por la godarria; quienes regían al país tenían alcances muy limitados. Su madre reclamó dignamente el respeto de la vida y de los derechos humanos de su hijo; denunció estos hechos en numerosas instancias, hasta que le escribió al mismísimo presidente Monagas, lo puso al tanto de lo que se planeaba. Zamora escogió el único camino posible que le quedaba: la resistencia armada. Actuó lleno de fe revolucionaria, sabía de su influencia en el espíritu de los hombres de su generación, su vida de pulpero en Cúa le había dejado una gran enseñanza. Había aprendido de la educación familiar que lo más importante era la solidaridad.

Los campos estaban en manos de los terratenientes que actuaban como rufianes, se apoderaban de las tierras a la brava dando muerte a sus dueños; los campesinos les temían a estos hombres, sus castigos eran inclementes, el pueblo no los quería. La vida rural estaba en las manos de matones que no daban cuenta de sus tropelías. La República estaba en poder de los hacendados, quienes disponían de la vida de sus peones como les daba la gana, y saqueaban a todo aquel que recibía sus préstamos; estos hombres eran intocables, dueños de historiales de muertos y de abusos. Hacerle frente a un jefe de estos era tener marcado el fin. Las instituciones y la legalidad jurídica la manejaban los jefes civiles a su antojo y la justicia se administraba por encargo. Luego de la independencia, el partido godo pactó con la oligarquía conservadora y lograron recuperar parte de las tierras que la revolución independentista les había confiscado; esto señala el principio del continuismo en una sociedad profundamente desigual, donde la desesperación se ha hecho un mal crónico. Los títulos de propiedad sobre la tierra no eran aceptados con facilidad, medida para ablandar a los legítimos propietarios de las tierras y comprarlas a precio de gallina flaca.

El liberalismo y las infamias del poder

Desde 1863 hasta 1868 asumió el poder el general Falcón, caracterizado por su debilidad de carácter. Contó con la asesoría de Antonio Guzmán Blanco. A decir de Level de Goda, este no permitió que ningún intelectual de fuste se acercara al tren de gobierno, lo que sin duda hubiese permitido dinamizar la economía y evitar las corruptelas en el aparato del Estado. Guzmán temía ser desplazado en sus ideas. Con la muerte de Falcón en Martinica, de un cáncer en la garganta, surge desde Curazao Guzmán y toma la Presidencia de la República de 1870 hasta 1877.

Se impone en Venezuela la tiranía y la persecución. Guzmán saqueó el erario público, su actuar era el de un megalómano; se hizo levantar estatuas y bajo el título de “Ilustre Americano” logró levantar la disidencia, persiguió a sus enemigos políticos e instaló la autocracia y el peculado en Venezuela. Quiso convertir Caracas en una copia de París, admiraba la arquitectura de Georges Haussmann. Guzmán siempre fue un hombre agazapado y zamarro con respecto al poder, nunca cumplió a cabalidad el ideario del liberalismo.

Venezuela vivió un siglo XIX lleno de convulsiones, de deslealtades; en el segundo gobierno de José Tadeo Monagas (1855-1858) se encrespan las pasiones y el presidente prefiere renunciar, evitando que el país se llene de sangre. Al decir del general Level de Goda, quien fuera testigo presencial de la renuncia:

El mismo día 15 de marzo comenzaron muchos oligarcas a exhibir horribles pasiones. Algunos, que parecían frenéticos, se agrupaban y se ponían a la cabeza de turbas que atormentaban con atronadora gritería. Y liberales hubo también que junto a los oligarcas gritaban fuertemente contra los Monagas repitiendo

los constantes gritos de “abajo y mueran los Monagas y los ladrones”. Recordamos haber visto ese día al señor Antonio L. Guzmán recorriendo a caballo las calles de la capital y llevando una gran espada al cinto pendiente de una faja que le cruzaba un hombro. También él festejaba el triunfo de la revolución y gritaba como tantos otros “abajo los Monagas y los ladrones”. ¿Cómo pudo olvidarse entonces el señor Guzmán de que era deudor al general Monagas de su propia vida, de que este general lo había levantado del patíbulo, él y toda su familia le debían a los Monagas mil consideraciones, altos puestos, honores y hasta riquezas, aunque estas las hubiera despilfarrado?¹²

Luis Level de Goda da cuenta de una historiografía comprometida con su punto de vista, su esfuerzo de sustentar un criterio objetivo no se sostiene cuando bullen los adentros, los juicios y sus propios valores. A la luz de hoy, los odios enconados continúan manteniéndose, las calles se incendian de proyectos encontrados, cada quien encuentra que su dignidad es más genuina que la de su oponente. El servilismo se hace manifiesto cuando las pasiones materiales enceguecen los juicios. El gobierno de Julián Castro se convirtió en un instrumento de revancha en manos de la oligarquía. Se intentaron violar las embajadas extranjeras, especialmente las legaciones francesa e inglesa para someter a vejámenes a J. T. Monagas y a su alto gobierno.

Los grupos opuestos a Monagas eran incitados a penetrar en las embajadas, la vida de José Tadeo y la de su familia corría peligro, eran reclamados los funcionarios del gobierno. En la mente del pueblo se habían borrado los límites, eran incitados por la sapiencia de una oligarquía que reclamaba

12 Luis Level de Goda. (1976). *Historia contemporánea de Venezuela, política y militar 1858- 1886*, n.º 8. Caracas, Oficina Central de Información, p. 78.

sangre; esta no le perdonaba a Monagas los hechos de aquel fatal 24 de enero de 1846 que la historia nacional ha calificado como el “asesinato del congreso”. La situación logró controlarse por la sindéresis del ministro Urrutia, quien solicitó, respetando todas las garantías, que el general volviese a su casa; los otros confinados en las embajadas fueron conducidos por la turba ansiosa a las cárceles. A decir de Level de Goda, el espíritu del gobierno logró imponer la voz del revanchismo. En Barcelona se detiene a la familia Monagas. José Gregorio Monagas es insultado, arrestado y conducido al Fuerte de San Carlos en Maracaibo donde le colocan los grillos. Aquellos hechos de insolencia demuestran que se ha perdido la cordura y todo puede acaecer. El breve gobierno de Julián Castro comenzaba a incubar el odio. Los generales Juan Crisóstomo Falcón y Ezequiel Zamora fueron hostigados hasta que finalmente se tomó la decisión de arrestarlos; sin embargo, esto no prosperó debido a que miembros fundamentales del gobierno y amigos suyos les comunicaron la decisión de hacerlos prisioneros, lo que les permitió esconderse. Todo genera que comience a incubarse en los corazones de los perseguidos la idea de la rebelión. Las pócimas de aquellos elixires corrompidos soliviantaban al pueblo una vez más, la historia tomaría otros derroteros de la luchas; se reclamaban tierras para la familia, productos para una existencia digna y, sobre todo, amor a la patria.

Zamora levanta los pueblos llaneros, Barinas, Portuguesa, Cojedes, y promete que desde allí generará su epicentro revolucionario. Zamora significó el cumplimiento de la deuda histórica que se tenía con el pueblo. Este hombre se fue forjando con los propios vaivenes de la historia. El Zamora que levanta las banderas de la Guerra Federal no fue el mismo de 1846, ahora está convencido de que la única posibilidad de redimir a los pobres era la insurgencia; luchó

contra la estructura del latifundio. En el año 1847 estuvo a punto de ser envenenado en la cárcel de Maracay. Después de escapar de la cárcel —proeza en la cual lo ayuda su cuñado Juan Gáspers— pasa a un nivel de combate diferente, el de su entrega al pueblo. Sus luchas fueron por la justicia, por la soberanía, por la libertad de los esclavos y por brindar a los ciudadanos un mundo digno; sus consignas exigían tierras y hombres libres, respeto al campesinado y la desaparición de los godos. La creación del estado Barinas lo consagran como un demócrata que comienza a crear estructuras constitucionales que evitarán el yugo de los hacendados sobre el pueblo.

Entre los principios que Zamora establece en Barinas como estado federal están: el libre tránsito, la libertad de culto, tierras y hombres libres. Él establecía el derecho a la salud y a la vida que tenían los campesinos. En el campo predominaba el analfabetismo. Para el General del Pueblo Soberano los campesinos tenían derecho a la educación, no en vano este título se lo concedió el Concejo Municipal de Barinas, como reconocimiento al empeño que tuvo en modernizar las formas de brindar mejor calidad de vida a la población más vulnerable. Zamora fue un líder de grandes ideas políticas. En su última etapa, la que va del año 1858 hasta el sesenta, se propuso rescatar a Venezuela de la exclusión a que había sido sometida por la godarria.

El gobierno de Julián Castro, en el corto período que le tocó mandar, 1858-1859, estuvo caracterizado por las luchas de facciones. Este hombre no supo cohesionar la voluntad de los liberales y formar un partido abigarrado con una unidad ideológica que diera al traste con los personalismos de los caudillos. Siguió pesando en Venezuela la cultura de “todos contra todos”. Más que de pertrechos y armamentos, se requería de un gran manejo de la política que hiciese posible modernizar el país y lograr la instauración. La beligerancia

era necesaria y no se podía tomar como elemento de sospecha el disentir. El gobierno de Julián Castro comete el error de entrar en beligerancia con las potencias extranjeras, olvidando los acuerdos internacionales; los conservadores seguían empecinados en vejar a José Tadeo Monagas como presidente saliente, lo cual hizo posible en el siglo XIX la amenaza de las potencias extranjeras de bloquear algunos puertos venezolanos, si se seguía azuzando a los enemigos de Monagas para el allanamiento de las legaciones extranjeras en función de capturar a los acólitos del gobierno saliente. Se hacía política con los hígados y no apegados a la ética de la responsabilidad. Las convicciones absolutas estrechaban los juicios y las acciones de los hombres hacían imposible el entendimiento.

La conspiración contra Julián Castro y su gobierno autocrático se empieza a gestar entre los venezolanos emigrados a las islas del Caribe. Zamora sabía que en Venezuela imperaba una cultura de la violencia, de allí deduce que la única manera de emanciparla es con las armas. Construye un movimiento en Curazao y actúa en Coro con éxito, allí comienzan las diferencias de Juan Crisóstomo Falcón con Zamora. Juan Crisóstomo contaba con la venia del general J. T. Monagas, quien estaba exiliado en Curazao. Este hombre estaba dispuesto a colaborar materialmente con la invasión de Venezuela por los liberales, sin embargo, la ineptitud y el arrojo necesarios para el triunfo no eran manifiestos en Falcón. En las tardes de exilio soñaba con el solaz de su casa en Coro y con su bella mujer; tenía la soledad del soldado, pero estaba subyugado con la gloria evanescente. La gloria necesita todos los días sus alimentos, uno de ellos era la lisonja, por eso no regresaba a su casa familiar.

Nos narra Level de Goda que ya para 1859 las posiciones políticas entre Guzmán padre y Antonio Guzmán Blanco se habían diferenciado. El primero era partidario de

Zamora y seguidor de las ideas de Bolívar, cuando le comunicó a su hijo desde Perú que había que revitalizar la Gran Colombia, este le contesta que lo más importante del hoy es fortalecer la nacionalidad. Antonio Leocadio estaba en conversaciones con el general Mosquera, por lo que le contesta: "... *Mi camino es el de la revolución genuina*" (Héctor Mujica. *La historia de una silla, Antonio Leocadio Guzmán*, p. 104). Continuaba siendo liberal en sus ideales; su hijo, por el contrario, era un ser pragmático que conocía bien las intrigas de Palacio y sabía que la única manera de acceder al poder era el cabildeo y el susurro en los oídos de los hombres que ejercían el mando. Juan Crisóstomo, a decir de los historiadores, demoró mucho en las Antillas preparando la tropa que invadiría Venezuela: tocará nuestra tierra en el mes de junio. Zamora se le había anticipado, llegó a Coro en febrero y el 20 del mismo mes estaba instalando el primer estado Federal de Venezuela.

En Coro se proclama la Federación el 20 de febrero de 1859. La idea de volver los estados federales se extendió por todo el país, había estallado la guerra de guerrillas; desde el centro se movían tropas hacia los llanos, Venezuela era un polvorín. La Guerra Federal había movilizó al país en acciones militares. De lado de la godarria peleaban soldados provenientes de la Guerra de Independencia. José Laurencio Silva era un enemigo difícil de vencer, igual pensaba él de Zamora. El federalismo no presentaba una unidad de mando, la inquina de Juan Crisóstomo Falcón contra Zamora era infinita. El país estaba diezmado por las guerras intestinas, los campos habían sido abandonados, los enfrentamientos entre tropas enemigas producían bajas lamentables. Zamora fue siempre un soldado inquieto que necesitaba estar en actividad permanente, era un militar de acciones intrépidas. Se alía con los resentidos, con hombres que habían padecido

en carne propia la ejecución de sus familias, de sus parientes, como fue el caso de Martín Espinoza. La acción nefasta del ejército de los conservadores en las provincias fue terrible, debemos recordar que se les pegaba fuego, como hicieron en Barinas a las viviendas de los federales. Allí saquearon la vivienda de la familia Arévalo y le pegaron candela a la casa del militar Rafael María Soto.

La historia venezolana ha satanizado a los ejércitos de la rebeldía, a aquellos hombres que por su cultura y por la opresión a la que habían sido sometidos de por vida no poseían formación escolar. Las fuerzas de la godarria saqueaban los pueblos, violaban las mujeres y asesinaban a los campesinos, sin embargo, se les había querido santificar. No podían responder los pueblos sino de la misma manera, aquello terminó siendo una carnicería; la iglesia institucionalista acallaba los crímenes, sin embargo, había curas rebeldes que se sublevaron contra todo aquel desparpajo de las élites. José León Tapia recordará al cura Simón Pedro Ramírez, amigo de Martín Espinoza, quien tenía cifradas sus esperanzas de redención en la fuerza y en el fuelle de este hombre. “El cura Simón Pedro Ramírez vio en Martín Espinoza la fuerza ejecutora para vencer tantas injusticias como había visto él en su vida de cura de aldea, a quien nadie escuchaba, recorriendo permanentemente el llano en un macho rucio trotón”.¹³

Zamora no se enfrentaba a una empresa fácil, sin embargo, su pericia y astucia lo hicieron ganar batallas fundamentales. Como soldado valeroso, en abril de 1859 trata de derrocar al ejército conservador que había apostado una legión de combatientes en el camino que conduce hacia Mérida, logrando

13 José León Tapia. (1992). *Por aquí pasó Zamora* (6.^a ed). Caracas, Ediciones Centauro, p. 91.

con certera escaramuza el triunfo del Corozo, conducido por los ataques intrépidos de Petit y José Pulido; luego se les ordena avanzar hacia Mucuchíes, allí son derrotados: Petit quedó muerto en el lance y Pulido es detenido y enviado preso a Maracaibo. La guerra no conocía cuartel, en el psiquismo de la población habitaba el miedo; aquello, sin duda, era una guerra civil espantosa, se enfrentaban dos mundos. Zamora era el “*General del Pueblo Soberano*”, luchaba contra las ambiciones de la godarria. Este hombre logró alcanzar gran simpatía entre la población, lo cual facilitó sus ataques en el llano y la conducción victoriosa de su regimiento.

La historia ha olvidado que el nombramiento de Juan Crisóstomo Falcón, como jefe de la Revolución Federal, lo hizo en Curazao el general José Tadeo Monagas, quien era su amigo personal; cuando hace esto estaba lleno de resentimiento, venía de probar el amargo acíbar que le había dado la godarria. Horas angustiosas vivió Monagas mientras estaba asilado en la Embajada francesa, la turba trataba de trasponer el pórtico azuzada por la oligarquía conservadora. Horas parecidas a estas viviría el embajador cubano Sánchez Otero, cuando los hijos de la godarria caraqueña Leopoldo López y Henrique Capriles Radonski, tras haber dado un golpe de Estado al gobierno de Hugo Chávez Frías, legítimamente elegido por el pueblo venezolano, intentaron allanar la embajada con el pretexto de que allí se ocultaba Diosdado Cabello. Los mismos procedimientos de sus antecesores utilizó este nuevo mantuanaje. No hay análisis racional que pueda sostener este hecho. En ese momento, obnubilados por la obtusa conducta que traen a los hombres las pasiones políticas desenfrenadas, depusieron su civilidad, cayeron sus máscaras de demócratas y se dejaron ver las costuras.

El nombramiento de Falcón fue una cuestión del dedo y del cogollo de los liberales exiliados en las Antillas. Falcón demoró un mundo su penetración en Venezuela. Zamora, por el contrario, procedió a llegar por Coro inmediatamente, allí entró en batalla con las fuerzas enemigas y resultó triunfante; este hombre tenía una voluntad de hierro y una perseverancia sin igual. Falcón, por el contrario, era lerdo en sus ataques y abúlico en su forma de actuar, siempre quería el perfeccionismo, mientras Zamora era decidido e infatigable. La historia lo demostraría, la popularidad que tenía ante el pueblo era inmensa; era apoyado por las etnias indígenas del llano. El 10 de enero del año 1860 Zamora es liquidado por una bala proveniente de su propio ejército, se habla de sicariato; este hecho desconcertó a sus partidarios, de allí en adelante Falcón no hizo otra cosa que atacar y contraatacar por todo el país; ataques y repliegues innecesarios, olvidando que el solio del poder estaba en Caracas. Level de Goda no lo acusa de cobarde sino de inepto, la Batalla de Coplé ganada por el general León de Febres Cordero es una prueba de hasta dónde conducen las vacilaciones; un mes después del triunfo en *Santa Inés* las fuerzas federales fueron devastadas en Coplé. A Falcón le faltaba la majestad del mando, había cundido a raíz de la muerte de Zamora la desertión y el pesimismo en las tropas que comandaba. Terminaría Falcón en el Pacto de Coche, entregándole a la oligarquía las prebendas que había logrado la acción popular, ideológica y militar eficaz.

Luego de la derrota, la guerra continúa como una guerra de guerrillas, termina ganándola el federalismo, todo había sido un absurdo. No había tenido sentido el río de sangre que se desbordó en las batallas y enfrentamientos para terminar cediendo la revolución de esa manera. Falcón era un hombre que suspiraba por su terruño, le faltaba vocación de estadista; había sido engatusado por un hombre ladino

como Guzmán Blanco, quien fue aprendiendo las artes del engaño y del peculado. Guzmán vivía en los sopores de su megalomanía profunda, se consideraba europeo no siéndolo, suspiraba por París, brindaba con vino de mostos excelentes en las regiones áridas de nuestro llano. Los llaneros lo sentían como un patiquín en aquella guerra.

Retornando a 1859, nos encontramos con un país hundido en el militarismo. La pendencia parecía ser lo esencial y esto había hundido al país en la confrontación, cada caudillo local se sentía en condiciones de dirigir el destino de la patria. Las guerras de facciones eran permanentes y sostenidas. Las almas estaban tomadas por el delirio de la guerra, la conspiración había adquirido fuerza por todas partes, los chismes y la mala fe habían tomado la República. El personalismo llevó a Julián Castro a violentar la Constitución y las leyes. Se invadían y saqueaban las ciudades. En el alma de los bandos se fraguaba el resentimiento contra J. Castro. La confianza no es un precepto indiscutible en la política, su intento de gobernar con facciones de liberales y conservadores no iba a ser posible. La historia nos ha ido enseñando que los procesos tienen su propia dinámica, los juramentos pueden ser quebrantados y eso lo sufrió Castro; había confiado demasiado en sus amigos oligarcas, quienes terminaron deponiéndolo de la Presidencia de la República, desconociéndolo cuando manifestó a la nación:

El gobierno se ocupa actualmente de los últimos acontecimientos con fe y lealtad. Si apareciera que la Federación que se proclama es el voto de la mayoría de la nación, el gobierno le prestaría su apoyo (...) Nadie sino la mayoría es soberana.

Después de esta declaración los godos se convertirían en sus enemigos. Hay que aclarar que los liberales no tenían

confianza en esta manifestación de fe, pues el mandatario, siendo liberal, una vez en el poder presidencial empezó a acosar a sus correligionarios; he allí uno de los factores que desencadena la Guerra Federal.

El discurso político de la godarria y sus exageraciones

La constante de la godarria era denunciar que las fuerzas federales estaban compuestas por hordas de zagaletones, bandoleros y asesinos que no tenían honor. Esas prédicas pretendían generar odio, provocar desprecio contra el liberalismo y, más aún, contra el federalismo. Las tropas de La Guaira, del general Aguado, habían sido desacreditadas y se las colocaba como furias infernales siempre militando en el mal. Al lado de gente como esta nadie podía vivir. Ese pregón tenía una razón de ser: desacreditar las luchas populares. El federalismo tenía muchas aristas, tal vez la más grave era estar dirigido por Juan Crisóstomo Falcón, quien tenía una visión muy limitada de la política. Otro elemento estaba constituido por las diferencias entre Falcón y Zamora, estas eran insalvables. En la práctica, el verdadero jefe de la Guerra Federal fue Zamora. A Falcón se le asumió como el presidente en campaña, tal vez como una concesión de su cuñado. Hay quien no deja de pensar que el sicariato de Zamora se cometió porque nadie podía parar el merecido liderazgo del General del Pueblo Soberano. Es común escuchar la historia de que en San Carlos, Guzmán Blanco, después de la toma del pueblo, le pidió que le leyera un manifiesto que le había enviado Juan Crisóstomo, que al parecer debía firmar Zamora y que, supuestamente, contenía la decisión de que llegando el ejército a Caracas, asumiría el poder Juan Crisóstomo Falcón. Muchas de estas cosas han quedado hundidas en la noche de los tiempos.

El discurso de la godarria sostenía que con la plebe no se puede construir un país. El hecho cierto fue que imperó el personalismo entre muchos federales; los consejos que recibió Falcón de Ariza hicieron que este no se dirigiera hacia Aragua, donde era esperado por el pueblo, sino que se desviara con sus fuerzas hacia Barquisimeto donde no tenía nada que hacer. Allí se perdió un tiempo esencial que permitió a los godos recuperarse y reorientar sus fuerzas.

La oligarquía desacreditaba a hombres como el indio Rangel, lo consideraba como un engendro que tenía sed de sangre. Aquello no era más que una guerra civil en un país derruido, donde pesaban los efectos de los 11 años de beligerancias por la independencia, la cual fue encaminada por patriotas nacionalistas. En ese momento histórico de nuestro país las balas parecían ser más importantes que la pluma, había conspiración y murmuraciones por doquier. Los periódicos de la oligarquía eran difusores de los infundios más inverosímiles: se acusaba a las tropas de Aguado de violaciones de niñas y de someter familias a tratos despóticos y vejatorios, mientras olvidaba los crímenes innecesarios que cometía el general Rubín, quién después de las batallas pasaba a los prisioneros por las armas sin ninguna consideración; esa práctica, muy contraria a la ética militar, convertía a los miembros de la tropa en chacales, en resentidos sociales. La prensa oligárquica de la época no resaltaba nada al respecto.

Los principios éticos, por más encarnizada que sea la batalla, no autorizan al abuso; ese tipo de prácticas son ajenas a las grandes empresas, que se supone que tienen la fuerza vencedora; he allí su diferencia con las montoneras. De todas maneras, cuando prima la batalla los hombres que emergen de ellas salen obnubilados. La pólvora, el ruido de los morteros enceguecen los ánimos y enturbian el entendimiento. Level de Goda señala que la guerra entre godos y

federales había convertido Venezuela en una degollina. El Presidente de la República trataba de desmembrar la resistencia federal, la lentitud de acción del general Falcón fue responsable de la pérdida de muchas plazas dominadas por el federalismo; en lo militar Falcón no movilizaría a sus tropas para asistir a Zamora en el llano. Las operaciones se hacían sin planificación. Falcón guerreaba con pasión, sin embargo, en la tropa atacante no se sentía la mano del general que conducía la operación. Las fuerzas del federalismo, aunque no perdidas estaban atomizadas; eso ocurría en oriente. Así como en Barquisimeto en septiembre de 1859, Falcón había retardado su avance sobre Coro, se enchinchorró unos días y fue a dar a Siquisique —en la Provincia de Coro— donde obtendría una victoria pírrica; Coro estaba tomada por los godos, su ideario fue mantener la propiedad latifundista.

Es importante señalar que el respeto hacia Falcón estaba en declive. La figura central era Zamora, quien ya había estado en oriente destacado por José Tadeo Monagas. Sus habilidades como militar eran innegables. Juan Crisóstomo lo sabía; el flagelo del mal contra su cuñado se fue apoderando de su imaginario. Falcón era un militar cómodo, no estaba dispuesto al esfuerzo constante y a los sacrificios que representaban las batallas. Finalizado un encuentro bélico, las tropas debían ser encaminadas donde los puntos estratégicos no estaban cubiertos; eso no lo hacía este hombre y eso hizo más cruenta la guerra, dejaba que los enemigos se recuperaran. Guzmán, su asesor, no era propiamente militar, no tenía contingentes armados que dirigieran; era tan solo un intrigante que sabía adular y masajear el ego de Juan Crisóstomo.

La prensa de la oligarquía dirigió sus dardos al descrédito personal de los liberales. Juan Vicente González cumpliría un importante rol con respecto a la calumnia. Como jefe de la Policía de Caracas en 1847, había detenido a Antonio

Leocadio Guzmán, acusándolo de farsante tribuno, de zagaletón, de cobarde. Este hombre utilizaba los peores dicterios en el *Diario de la Tarde* contra Guzmán, hizo correr el infundio de que Antonio Leocadio había sido violado con una vela por el hampa que lo atacó un día en aquella Caracas fría y provincial. Las heridas de González eran profundas, posiblemente atendían a su condición de hijo expósito, criado por el realista Francisco González Delgado. Las injurias vendrían también de la pluma de Guzmán, se advertía que González tenía amantes y que su hombría era dudosa. González fue un hombre de pasiones encontradas, adolescente ensalzó a Bolívar. *El Herald*, como diario, fue una de sus tribunas, estuvo en contra del militarismo; fue enviado por breve tiempo a la cárcel por Páez. La prensa venezolana desde el siglo XIX ha jugado un papel como fuerza catalizadora de desobediencia social, el odio de la aristocracia nunca ha reparado en limitaciones éticas para acceder al poder. Juan Vicente González, cuando Julián Castro escribió su proclama adulando de nuevo a los federales, escribiría: “Adiós, general: el hierro va a sonar en sus oídos en vez de mis débiles palabras. El cielo salve la República y a Usted”.

La oligarquía criolla ha sido una clase social dispuesta a todo con tal de mantener su orden. En los siglos XX y XXI, las mismas calumnias que sufrieron los sectores divergentes del proyecto político conservador tuvieron que padecerlas Chávez y sus correligionarios. La Ley de Tierras promulgada por Chávez fue recibida a plomo limpio por esta élite, en el campo venezolano se agudizó el asesinato por encargo y el terror. Se dejó correr el infundio de que los campesinos beneficiarios de la Ley de Tierras no eran tales, sino facinerosos. Cada vez que un beneficio se avecina o una mejora asoma, el pueblo es satanizado o expuesto a la vindicta pública.

Utopía y revolución

Zamora encarna un claro proyecto de la modernidad. No es la burguesía quien lo va a liderar sino el pueblo; se siente comprometido con los desheredados, sabe lo que significa la violación de los derechos del hombre y el ciudadano, porque lo ha vivido en carne propia. Cuando estuvo preso y al borde del precipicio, se le vinieron al alma los diálogos que su padre tenía con los que representaban la libertad. Los hombres no se van a la guerra así no más, lo hacen para superar las carencias de su pueblo. España no estaba dispuesta a ceder las posesiones de ultramar a sus descendientes nacidos allí. América era el porvenir y, a la vez, la aspiración a ser respetado, a ser reconocido. Las familias encopetadas compraban títulos nobiliarios para ser aceptados en la metrópolis, solo Bolívar saltó esa charca y en este sentido fue acompañado por Zamora en el cultivo de aquella ideología emancipadora. Zamora se acercó a los desheredados de la tierra, durmió en sus chinchorros, en los pueblos donde fraguaba sus batallas y sus esperanzas de romper las cadenas de los campesinos. La experiencia con su cuñado Juan Gáspers le decía que debía comenzar un nuevo mundo.

La Venezuela que soñaba con el progreso se hizo igualitarista, opuesta a una Iglesia muy cercana al discurso de la inquisición. Se ha dicho que la batalla de Santa Inés fue una estrategia brillante donde se impuso la planimetría, pugnaron dos grandes cuerpos armados que buscaban el control del país. El célebre coronel Olegario Meneses marchó con las fuerzas reaccionarias, era profesor de Matemáticas en la academia militar donde Ezequiel fue su estudiante, por eso Zamora al reconocerle herido y derrotado le dijo: “Coronel, dónde quedaron las matemáticas”; inmediatamente dio órdenes de protegerlo. Las ideas federales también anidaron en el oriente del país, allí los hermanos Sotillo y sus hijos buscaban

superar aquella dialéctica de la servidumbre. En 1812, Bolívar bajó de un púlpito improvisado a un cura que afirmaba que la catástrofe del terremoto había ocurrido como castigo de Dios por querer independizarse de España. La construcción de estados federales rompía con la idea de centralismo, esto había hecho mucho daño al país; después de la independencia se impuso una casta militar que obstaculizaba el proceso de democratización y de integración. Ezequiel Zamora instaló el federalismo en Coro, luego lo instauró en Barinas; esta pasó de ser municipio federal a ser estado federal.

Zamora y sus huestes de campesinos sensibilizados por su ideología revolucionaria eran impulsados por los principios de la Ilustración: libertad, igualdad y fraternidad. Esto llevaba a la defensa de la gloria de la patria que encarnaban los soldados y civiles radicales. La justicia social exigía grandes sacrificios, Venezuela era un pueblo irredento donde eran segregadas las mujeres, los negros, los indígenas y los pardos. El federalismo conoció la solidaridad de las manos del pueblo en los caseríos, en los campos profundos. Los oligarcas tenían su voto cautivo entre los propietarios. Cuando se le impidió a Zamora, en Cúa, votar por Antonio Leocadio Guzmán a la Presidencia de la República, entendió que no había otra alternativa que hacer reconocer los derechos del pueblo mediante la desobediencia del poder constituido. Zamora ya no se pertenecía, intuía que algo muy pesado iba a ocurrir, tenía la tarea de educar al pueblo, de hacerle saber que no podían seguirle arrebatando sus derechos.

Zamora ha sido una víctima del odio de la oligarquía, todo el aparato represivo del gobierno ajustó las piezas del Estado para calumniarlo. Había declaraciones en *El Centinela*, donde aparecía como un cobarde, renunciante a su ideario de justicia social. Después de los obstáculos que la oligarquía puso a su defensa no admitiendo las pruebas

que presentaba su abogado evidenciando su inocencia, este líder fue sentenciado al suplicio. Las declaraciones que lo presentan como un traidor son inaceptables, una vez escapado de la cárcel de Maracay continúa militando con las ideas de justicia social y el liberalismo. Zamora era un hombre temido por la oligarquía conservadora, como lo afirma Paula Correa. Estando preso intentaron asesinarlo en varias ocasiones. La primera vez, simulando un asalto a la cárcel, lo que motivaría que uno de los guardias lo asesinara, plan al que se opuso el jefe de custodios. En una segunda oportunidad, un oficial que no pertenecía a la custodia entra al calabozo e intenta utilizar su espada contra el reo. En una tercera ocasión, se intentó liquidarle aderezando su hallaca con Solimán, un conocido veneno de la época.

Los intentos contra la vida de Zamora fueron innumerables, trataban de liquidarlo a toda costa. Pero aún más terrible fue el uso de la prensa conservadora para degradarlo como ser humano. Se le exige a Zamora tener una conducta estoica como Sócrates, quien tomó la cicuta persuadido de que nuevas instituciones advendrían para asentar la paz. Zamora utilizó la astucia de la razón para sobrevivir a aquella pesadilla a la cual le habían condenado. Ezequiel sabía con certeza quién era Páez y sabía que la mínima desobediencia no sería perdonada por aquella oligarquía y sus lacayos. El prisionero tenía el recurso de José Manuel García, su cuñado, quien había estado preso recientemente por sus ideas liberales y cuyos amigos juristas le ayudarían a escapar de aquella tramoya infernal a la que la oligarquía conservadora pretendía condenarlo.

Zamora no es el primer hombre que fue satanizado en Venezuela por los conservadores, lo fue Bolívar, Miranda también. El asunto estaba en degradarlo moralmente. Aquel régimen de oprobio de la oligarquía conservadora era indefendible; de haber sido ciertos aquellos libelos preparados

con arreglo a fines, donde él aparecía arrepentido de su gesta libertaria, habría perdido la confianza del pueblo y eso nunca ocurrió, por el contrario, el soberano lo reconocía como su líder. Los de abajo presionaban para que se diese su libertad, a los jueces no les quedó otro remedio para calmar los ánimos caldeados en el pueblo que condenarlo a prisión por 10 años. Al igual que Carlota Blanco, esposa de Antonio Leocadio, la progenitora de Zamora se entrevista con Monagas, quien logra bajar la angustia de esta madre desesperada. Zamora guardó respeto personal por el general Monagas; en los vaivenes de nuestra historia este lo incorpora al ejército en el cual se destaca.

Monagas sabía de las virtudes militares de Ezequiel, estaba al tanto de que no navegaba en aguas mansas. Los sectores más ultramontanos del Partido Conservador le guardan resentimiento por haber protegido a los líderes revolucionarios, a quienes ellos consideraban como zagaltones. A la derecha conservadora se le ve claramente la costura: desde que Zamora estaba encerrado, sus periódicos presionaban a los jueces para que aceleraran el proceso de condena, alertando sobre posibles fugas, tratando de manipular la opinión pública. La atrasada Constitución de 1830 les servía para cometer estas tropelías y solicitar la muerte para Zamora. El Presidente de la República se va alejando de Páez y de su grupo. Comienza a desarrollar un gobierno que lo aleja radicalmente del conservadurismo:

La presa más codiciada por los conservadores para el terrible escarmiento contra los insubordinados guzmancistas era Zamora. Después de la liberación de Guzmán, concentrando toda su furia vindicativa en que los tribunales ejecutasen en

Zamora la expiación del rudo golpe dado contra el orden paecista.¹⁴

Zamora era acusado de destruir la propiedad, de haber incendiado haciendas, de volver un calvario la vida de los propietarios de la tierra. El General del Pueblo Soberano es hecho responsable por el pensamiento conservador de haber propiciado el igualitarismo. Como todos los profetas de un tiempo crucial, se le considera un redentor. Sus esfuerzos por la emancipación lo han colocado en el panteón de las utopías. Se interpreta el futuro como un proceso interrumpido por los acuerdos políticos y el muñequero de bandos contrarios que terminarían acercándose. En la ansiedad que produce el miedo de un igualitarismo que rompiera el equilibrio social menguado, terminaron por decidir su suplicio: una bala, la más extraña de todas, lo liquida. Entorno a este hecho han circulado innumerables versiones; en principio, se achaca su muerte a un soldado de nombre G. Morón, se dice que desapareció del lugar del crimen; otra versión sostiene que el asesino fue degollado después del homicidio. Por otra parte está la historia de José Desiderio Trías, a quien un soldado del federalismo le cuenta cómo efectuó el disparo que recibió aquel general cuando lo vio de casaca y quepis sobre el sombrero campesino y le disparó; después de esta revelación el soldado fue fusilado inmediatamente.

Zamora se hizo religión civil del pueblo venezolano. Los pueblos tenían depositada toda su fe en este militar que, a diferencia de Páez, no había traicionado los derechos del pueblo; su vida era cáustica, de una dureza ejemplar, estaba decidido a extirpar la miseria del campesinado. Su idealario no solo fue un tema de los llanos venezolanos, sino que

14 Adolfo Rodríguez. (1977). *Ezequiel Zamora*. Caracas, Ministerio de Educación, p. 139.

el federalismo tuvo presencia en oriente y en Guayana; se confeccionó como ideal justicialista con los pequeños propietarios, con los propietarios medianos que eran estafados por el Banco Británico y por toda una caterva de pseudo hombres que solapaban sus malas intenciones detrás de los cristales de sus lentillas. Miradas frías, simple cálculo del interés egoísta de la exacción social, la usura había sido legalizada. Aquel pequeño país con un inmenso retraso tecnológico, científico y político, donde muchos soñaban aún con poseer títulos nobiliarios no había llegado a comprender la gran importancia de la modernidad. Mientras Inglaterra ya había comenzado a vivir su primera Revolución Industrial y Marx comenzaba a escribir sus Manuscritos en el Parque Montsouris de París, Venezuela estaba dominada por la alquimia de la estafa y de la incuria.

Capítulo II

EZEQUIEL ZAMORA LA ETERNIDAD DE UN SOLDADO



Batalla de Santa Inés (s/f), por Iván Belsky

La astucia de la rebeldía

Es importante ubicar a Zamora en su relación directa con el pueblo. Su pulpería lo pone a diario en contacto con los seres que padecen necesidades económicas, siempre estaba dispuesto a tenderle la mano al necesitado; contaba con muchísimos ahijados. Los campesinos veían en él a un hombre firme y bondadoso dispuesto a ayudarlos. Su palabra al pueblo en la contienda electoral que se avecina y que tiene como candidato a Antonio Leocadio Guzmán le da certeza entre los campesinos, él les lee las revistas, los periódicos liberales; reclama sus derechos, los acompaña a las asambleas parroquiales. Entre aquel psiquismo rural se comienza a forjar la conspiración. Un día llega a su pulpería Benigna Díaz, joven campesina, quien se presenta a su vida como un *coup de foudre*; ella anuncia grandes épocas de amor en aquel hombre que sueña con un mundo donde impere la justicia social. Benigna llena de sosiego su existencia, de aquella relación nació un niño que nombraron Nicolás, murió en su primera infancia. Se ha pensado que ella participó activamente preparando las condiciones para su fuga de la cárcel de Maracay en 1847. Las pasiones que bullían en el interior de Zamora le reclamaban la acción eficaz, pronto quedarían atrás los días de sosiego de su pulpería de San Luis de Villa de Cura. Los hombres no estaban contentos con el mundo donde vivían y no lo querían preservar indefinidamente. La oligarquía conculca el derecho a ser elegido de Ezequiel, envían a trece de sus enemigos a acusarlo de pendeñero y fanático ante los conjuces de la Asamblea Parroquial en 1846. Los votos que lo acreditaban como candidato se declaran nulos. La oligarquía ha hecho sus cálculos y sabe que sus pupilos no tendrían vida ante los candidatos liberales. Comienza a echar músculo el espíritu belicista de los pueblos que no están dispuestos a callar. El indio Francisco

José Rangel expresará en Tacasuruma: "... los oligarcas son unos pícaros mamantones, que solo quieren tener ellos tierras, cuando estas son comunes y deben ser de todos: que el general Páez, los Quinteros y otros... deben morir, porque no están más que de mamantones..."¹⁵

En 1846 el pueblo se lanzó a las calles, su furia se desbordó, estaban conscientes de vivir en un mundo desigual. Son producto de una sociedad que no tiene nada reservado para sus hijos. Esa tarde del 2 de septiembre cuando encuentran la hacienda de Ángel Quintero, magistrado del gobierno de Páez y jerarca de la oligarquía, están conscientes de ser tocados por la gloria y se han restreado con la justicia. El capitán Rodríguez le expresa a la señora de Quintero que está allí no para robar, sino para resarcir sus derechos. En aquella lejana tierra de la serranía de Valencia se están enfrentando dos mundos, cada quien cree tener razón.

La esclavitud sigue siendo un problema, el Estado otorgó la libertad en 1854, pero no así la protección. El país necesitaba ponerse en sintonía con el mundo y ha encontrado la vía más ruda de romper las cadenas: la rebelión. Las haciendas son tomadas por aquellas fuerzas libertarias instintivas que están más allá del Partido Liberal. Esta gente, sin entenderlo completamente, había aniquilado el miedo instalado en su interior y se atreven por vez primera a tutear a los amos, comienzan a apetecer damas entalcadas y olorosas a hierbas silvestres, cuya única actividad en aquella sociedad cerrada, ensimismada de un rancio catolicismo, era resguardar su doncellez hasta el matrimonio.

Soledad Quintero tiembla ante la presencia del capitán Rodríguez, sus manos se enfrían, su mirada se torna vidriosa, sabe que se avecinan calamidades, situaciones que no podrá

¹⁵ *Ibid.*, p. 81.

sortear ni resolver. Los bandoleros, como los apodan los godos, han comenzado a tomarles las haciendas y a mancillar sus propiedades. Páez sabía que nada podría hacer, su diálogo con Guzmán sería infructuoso, por eso lo elude. Lo que acuerde Antonio Leocadio no será lo esencial, los pueblos han tomado sus rumbos; bajo el sombrero los campesinos cargan el cuchillo, de su boca emergen malolientes mascadas de tabaco; las oraciones de las almas beatas solazaban el espíritu de los soldados. Las ánimas benditas del purgatorio en las altas noches extendían su manto protector sobre los hombres que creían en ellas. Entre la vida y la muerte no hay diferencias. Los combatientes marchaban por caminos polvorientos sin saber lo que les tenía deparado el destino. El poder comenzaba a tambalearse, las sabanas ardían los pueblos no sospechaban que los aguardaba un siglo más de olvido. La mitología y la conseja popular dicen que Zamora, un día antes de morir, soñó que unos pájaros negros le picoteaban los ojos; la traición marchaba detrás de sus espaldas, sucumbiría y morarían sus huesos en la soledad llanera donde lo dejaría Guzmán Blanco. Sus amigos volverían allí a recuperar su cuerpo y su espíritu hecho fábula y épica. Muchos piensan que no era él, otros dicen que sus amigos Zoilo Medrano y José de Jesús González traspusieron sus cenizas a otro lugar donde estuvieran seguras, la godarria era capaz de traspapelar su cadáver. El mensaje de Zamora ha perdurado en voces extraordinarias como las del dramaturgo César Rengifo; su obra *Un tal Ezequiel Zamora* no es otra cosa que el recuento de aquellos días de violencia de la Guerra Federal y de la ruptura de los vínculos de opresión.

El Panteón Nacional se convierte en casa de quimeras, cuando Zamora entra allí encuentra a la Venezuela irredenta, a hombres que lucharon con él y contra sus ideas. El cuerpo de Bolívar, de Zamora, de Páez, de José María Vargas, de Fermín Toro, de Zoilo Medrano, de José de Jesús González –alias El Agachao–, forman parte del fuego sagrado del país,

sus imaginarios esculpieron el siglo XIX. Sus nichos y lápidas dan cuenta de la vida del espíritu de la nación. Las cenizas de estos prohombres expresan parte de aquella larga tempestad. La historiografía, sus posturas, siguen fustigando a hombres como El Agachao por considerar que aquel no era su sitio, pues no tuvo linaje, sin embargo, José de Jesús González con su coraje convirtió el odio en furia, la furia en valentía y atacó con decisión a sus enemigos; aquellos hombres defendieron de manera instintiva sus derechos humanos y la historia del pueblo. El éxito de Zamora estuvo en la base popular que convocó: sus tropas eran de extracción humilde, descendientes de indígenas, de africanos, de isleños. Lo acompañaron los pardos, las mujeres pobres; en los pueblos estos grupos eran un soporte esencial de los federales, muchas mujeres atrapadas por la febril retórica de Antonio Leocadio en *El Venezolano* soñaban con una existencia digna. Este espíritu de esperanza en el futuro se puede observar en un fragmento de la edición del 22 de noviembre de 1846 de este diario:

En la tarde llegaron a la Pabona “y vinieron muchas mujeres, algunas de lugares distantes a ver a los facciosos i a oír la proclama del señor Guzmán. En estos vecindarios se habla con mucho fervor del mencionado Guzmán, i Rangel y Zamora aumentan este entusiasmo diciéndole que pronto va a ser aquel Presidente de la República i a darles muchas garantías”. Y que Rangel y Zamora vivirán de sus sueldos porque van a conservar grados actuales o los que le diere Guzmán.¹⁶

16 Diario *El Venezolano*, edición del 22 de noviembre de 1846.

Los hombres luchaban por la propiedad de la tierra en una geografía donde los campesinos padecían la segregación y exclusión de una sociedad autoritaria. Las minorías étnicas no contaban en las voces de los caudillos que endeudaron el país con la compra de armas. La guerra, en verdad, pareció solo conocer pequeños armisticios, era cotidiano fusilar a los adversarios. Los opositores eran condenados por rebelión a la Patria.

Ezequiel Zamora se había destacado como un excelente guerrero de espíritu inquieto; para este hombre su jornada nunca terminaba, siempre había cosas que resolver: ordenar sus papeles, escribir cartas, dar indicaciones de la vida familiar a Estefanía y añorar alguna vez la tranquilidad del hogar sin que las responsabilidades de gobierno lo inquietasen. Ezequiel tuvo una fortuna política y militar extraordinaria. Cuando Monagas decide indultarlo definitivamente e incorporarlo a su ejército, estaba dando un paso decisivo para que los conservadores no le embochinaran el país. José Tadeo lo sabía, le había leído en los labios que sería leal. En 1849 gracias a sus triunfos en Coro y Maracaibo el poder pasa a ser controlado totalmente por José Tadeo Monagas; el conservadurismo comienza a desgastarse, pero no desaparecerá, al país le quedaban muchas situaciones por resolver y todavía habrá mucha tela que cortar previo al comienzo de la Guerra Federal. Para 1854 Venezuela se encamina hacia la abolición de la esclavitud, muchos historiadores ponen sus cartas sobre la mesa manifestando que Zamora poseía esclavos, subestimando el contexto histórico de la época. Bolívar tuvo esclavos y nada se esgrime en su contra a este respecto. Hay que recalcarlo: no era el norte de estos hombres sostener instituciones caducas como la esclavitud. En la mente de estos personajes radiados por el pensamiento de la Ilustración era insostenible el *ancien régime*.

Hablamos de la historia y esta definitivamente no se corresponde con la voluntad individual de los hombres; Zamora era un luchador y defensor de las ideas de Bolívar, de hecho, cuando en el país se decide dejar sin efecto a la esclavitud, no se opone. La decisión abolicionista entró en vigencia en el gobierno de José Gregorio Monagas, el 25 de marzo de 1854. Esta era una vieja aspiración del Libertador. Es imposible que pongamos a bailar a los activistas libertarios, como Zamora, al son de nuestros sentimientos e intereses, y que además, cuando sus actos no se correspondan con nuestros deseos de investigadores, pasemos a llamarlos traidores, desleales. La larga tradición fenomenológica de la filosofía nos habla de la necesidad de la suspensión del juicio para evitar contaminar a la historia de nuestros prejuicios. Muchas veces los grandes hombres históricos no actúan en la medida de nuestros deseos, y esto no los invalida ni los hace más o menos reaccionarios. Al general Zamora el gobierno le indemnizó el valor de dos esclavas y eso jamás lo ocultó; esto no mengua su espíritu patriótico ni su acción proclive hacia la autonomía que debían tener las pequeñas repúblicas americanas, en relación con las políticas ambiciosas de los Estados europeos con respecto a nuestras tierras:

Es menester mencionar a Zamora dirigiéndose a Monagas “El mensaje de las Cámaras Legislativas... a la verdad llena de alborozo y de aliento a todos, porque con él se pretende un pacto de confederación con las hermanas Repúblicas de Nueva Granada y Ecuador para unirnos como colombianos en la defensa contra los enemigos Exteriores (...) Esto está mandado por la ley y sobre todo general es legado de unión

que nos dejó Bolívar, y ponerlo en práctica no es más que una virtud Republicana de primera necesidad...¹⁷

El 6 de febrero de 1856, ante la presumible amenaza a la Patria con la llegada de una escuadra holandesa, Zamora advierte la necesidad de unión de las fuerzas de nuestros países para protegernos. El cónsul de los Países Bajos demanda su soberanía sobre isla de Aves e indemnizaciones que pretenden, de fondo, apoderarse del guano. En el siglo XIX Venezuela también estuvo bajo acecho de las apetencias de Inglaterra sobre nuestra Guayana, de allí provino el saqueo por parte del imperio británico de una franja inmensa de territorio, reclamado hoy por Venezuela. *Saint Thomas* fue una gran experiencia para los liberales en destierro, allí se concibió el nombre de la empresa que debía encauzar sus protestas contra el totalitarismo reinante en Venezuela. Le dieron a ese ideario el nombre de “Federalismo”; la Junta Patriota fue presidida por Félix María Alonso, Antonio Leocadio Guzmán, Ramón Anzola Tovar, Napoleón Sebastián Arteaga y Carlos Sanabria. Los pesares en su recorrido por el Caribe fueron inmensos, pero primaba ante todo el ideario nacionalista en estos hombres.

La Federación como proyecto nació con un plomo en el ala, pues sus líderes comenzaron aquella empresa sin unidad sobre el liderazgo ideológico militar. Falcón nunca estuvo de acuerdo con la precipitada presencia de Zamora en Venezuela, al respecto expresó: “Yo no he ordenado la revolución de Coro –escribe– no la he aprobado siquiera, pero la disculpo porque bien se conoce que esa gente no nos dejaba otro camino que el de las armas...”¹⁸. Su ideario era la

17 Adolfo Rodríguez. (1977). *Ezequiel Zamora*, Caracas, Ministerio de Educación, p. 212.

18 Ramón Díaz Sánchez, *La Federación y la Guerra*, p. 264.

paz, su discurso estuvo muy alejado de la idea de plantear en Venezuela una degollina; esos sentimientos nunca estuvieron en el corazón de estos guerreros. Su pretensión era el logro de la vida buena o de la vida feliz, como ha dicho Agnes Heller en el siglo xx, y Zamora lo asentaría con claridad: “No somos una compañía de asesinos”, “necesario es repeler la fuerza con la fuerza y que nos paguen caro la sangre, una sola gota de sangre de los hijos del pueblo, no queremos”.

Zamora creía con entusiasmo y frenesí en la Federación; esta debía prodigar al pueblo la libertad. Era necesario levantar un país sobre los derechos de la dignidad. De su propio peculio financió varias empresas armadas. Su familia apostaba ciegamente al triunfo; nos cuenta Adolfo Rodríguez que Zamora recibió de su suegra un préstamo del capital de los niños Diez, es decir, de los hijos de Estefanía, su actual esposa, con José Benito Diez. No se había embarcado el país en el ideario político de unos filibusteros, sino de hombres que creían en la patria y en el derecho que tenían los pueblos a deshacerse del autoritarismo y la dictadura.

El pueblo sufrido de Ospino –Portuguesa– militó al lado de la Federación; en el siglo xix era una pequeña aldea de palmas. Las luchas en los llanos fueron a muerte, pesaba sobre los campesinos haber vivido la experiencia de la violación de sus hijas, de sus hermanas. El ejército Zamorista conservaba la dignidad, no estaba interesado en una carnicería; en cambio, las batallas de los líderes locales como Martín Espinoza eran trepidantes, nadie escapaba a la muerte, ningún soldado enemigo sobrevivía para contarlo, las pasiones más viles se habían desatado. El odio era cuestión de piel, los indígenas se entregaron con gran profundidad a la defensa de sus comunidades, la resistencia la habían hecho los indios de Guanarito.

Todo lo que hicieran aquellos pueblos llaneros para sobrevivir estaba perfectamente justificado, la *sindéresis* se había perdido, los hombres eran hienas adoloridas y sedientas de sangre. Martín Espinoza vivía embriagado, ni la vida ni la muerte tenían sentido para él. ¿A dónde conduciría aquella guerra? Ya no le importaba, en su vida había visto muchas cosas terriblemente siniestras. Zamora conocía su realidad, sabía que muchos hombres que estaban a su lado hacían la guerra sin conciencia. No se planteaban que el pueblo estaba hundido en la desolación más espantosa. Los más humildes no tenían otro remedio que soñar con quimeras de fuego, con sabanas encendidas que extinguieran a los traidores, como lo había hecho Dios y su divina justicia en el Corozo. Zamora era un general que tenía la clemencia como norte; no se había ensañado contra las poblaciones que defendían a los godos, mientras que por otra parte la cabeza de Rafael Petit, uno de sus comandantes en Mérida, que nunca pasó por las armas a civiles desarmados, fue triturada e izada en una asta. Siempre estuvo opuesto a la práctica de robar al pueblo, él tenía claro que aquella guerra era de clases y que detrás de ella cabalgaba el gran ideal de la redención social. A quienes debían tomar sus hombres era a los mautes de la oligarquía, su idea era alimentar al pueblo. Las historias más intrincadas se han tejido con el fin de calumniar a Zamora, quien realmente era disciplinado y leal con sus soldados. Se había lanzado a la guerra porque estaba persuadido de que era la única manera de defender a los pobres.

Las diferencias de Zamora con los movimientos del bandolerismo del ejército de la godarria eran notables. Aun sabiendo de lo que era capaz el enemigo, nunca acudió a procedimientos bárbaros contra nadie. La historia venezolana está llena de fusilamientos, de métodos feroces como los usados por Boves en la Guerra de Independencia. Zamora

nunca cometió el error de fusilar a los vencidos; como lo afirmó su hermano Gabriel, los muertos siempre cayeron durante los enfrentamientos, en la batalla. Venezuela por más de una centuria había sido un polvorín, los hombres estaban prestos a defender su honor. Los godos nunca estuvieron dispuestos a renovar sus cerradas instituciones, había predominado la exclusión. La vida militar se imponía sobre el ciudadano común. Las ambiciones llevaban a la demencia, el país había pagado con sangre los efectos nocivos de la guerra. A partir de los años 40, cuando comenzó a bullir el espíritu civilista, las viejas instituciones como la Iglesia y el poder militar se resintieron, ya que veníamos como país de la precariedad y de las conspiraciones. Díaz Sánchez ha señalado al describir en *Guzmán. Elipse de una ambición de poder* cómo las intrigas destruyeron la Gran Colombia. El ideario de Zamora recoge los presupuestos bolivarianos, materializa la idea de la construcción de los estados Federales, siempre sobre la base de una Constitución Nacional que unificara la República. Esto busca romper los cacicazgos regionales o el espíritu de iglesia de las élites, generando así armonía social.

La ley del 10 de abril de 1834, los años de lucha contra la oligarquía

Fue Páez quien hizo posible la existencia de una ley económica que contraviene el interés general de los pueblos, jurídicamente se habían creado los canales para que la injusticia persistiera. Los terratenientes, los bancos y el capital comercial habían sembrado la insatisfacción en el país. Como lo dice el historiador Federico Brito Figueroa, el tiempo y los plazos concedidos eran los peores enemigos de los deudores, entre más largo el plazo de pago más subían las deudas desmesuradamente: prestamos de 3.000 pesos en

poco tiempo ascendían a 18.000 pesos, haciendo imposible al deudor honrar sus compromisos.

Los tribunales realistas dejaron sin efecto la donación de las tierras que había realizado el Libertador. El país había caído en las manos de militares maulas, se acusa a Páez y a Monagas de estas acciones. La bella gesta de independencia y sus grandes ideales comenzaban a ser traicionados por las ambiciones de estos caudillos.

La segunda parte del siglo XIX en Venezuela se caracteriza por el enfrentamiento entre liberales y conservadores, la lucha es ideológica; Juan Vicente González termina situándose al lado de los conservadores, surge la diatriba periodística entre él y Antonio Leocadio Guzmán. González se deja arrastrar por sus pulsiones y empieza a defender a Páez y a los terratenientes. Su objetivo es Guzmán, lo considera un oportunista, un hombre que sabe aprovechar el momento para ocupar cargos de gran importancia. Él no es un latifundista, vive de sus propias empresas, de los ingresos que le proporciona el *Diario de la tarde* y su colegio el Salvador del Mundo, allí estudiaría Eduardo Blanco.

La godarria sabe utilizar sus argumentos y sus apasionadas discusiones como intelectual para defender sus causas, su pluma es punzante, sostiene que es necesario liquidar el federalismo; llega un momento en que le dice a Julián Castro –en 1859– como presidente de la República: “Adiós, general: el hierro va a sonar en sus oídos en vez de mis débiles palabras. El cielo salve a la República y a usted”.¹⁹ Así se expresó Juan Vicente González.

19 Lisandro Alvarado. (1989). Historia de la Revolución Federal en Venezuela. En: *Lisandro Alvarado. Obras completas de Lisandro Alvarado* (Tomo II). Caracas, La Casa de Bello / Talleres Cromotip, p. 704.

Mientras que en opinión de un contemporáneo, recogida por Espinal:

Desde el momento en que el Presidente de la República publicó tal proclama (se refiere al reconocimiento del federalismo), cesó en mi concepto la legitimidad constitucional de su mando, pues no podía continuar en ella, ni aun llamarse gobierno, después que declarara en deliberación sobre adoptar o no el movimiento revolucionario y protestaba que lo adoptaría, si era el voto del mayor número. Relevándose él de la obligación de obedecer y de escuchar la ley fundamental que lo había creado y concediéndose el deliberar sobre su existencia, cortaba el hilo que, atándolo a ella, le daba la autoridad.²⁰

Julián Castro estaba preparando el escenario para el triunfo del federalismo. Castro constituyó un gobierno donde había insertado a los conservadores una especie de guanábana política en el siglo XIX, pero las cosas no habían marchado como él quería, en la arena política los enfrentamientos eran flagrantes. En la época de su mandato (1858-1859) hizo posible que Juan Crisóstomo Falcón y Zamora escaparan de Caracas escondidos, les avisaron que serían detenidos. El día de la famosa proclama de la federación se habría declarado su muerte política; tal como lo predijo Juan Vicente González, fue depuesto; asumiría un gobierno de transición, primero le tocaría a Felipe Tovar asumir la magistratura y luego a Gual. La oligarquía conservadora preparaba sus armas para la Guerra Larga o Guerra Federal.

En Venezuela comenzaba a surgir la inquietud campesina, manifestada inicialmente como ingenuidad absoluta, pero a su vez los acompañaba la convicción de que sus condiciones

²⁰ *Idem.*

de vida cambiarían; sin que haya existido propiamente el feudalismo en nuestro país, la vida política era absolutamente tensa. Como lo señala Brito Figueroa, después de decretada la liberación de los esclavos siguen existiendo unas condiciones inaceptables para los afrodescendientes; muchos de ellos, libertos desde muchos años atrás, son capturados por los dueños de plantaciones, azotados, condenados a trabajos forzados y muchas veces a la muerte. La propiedad terrateniente ha hundido al pueblo en condiciones infrahumanas, fueron despojados de sus tierras; esto trajo como consecuencia el aumento de los salteadores de caminos.

La situación del pequeño campesino era abrumadora, sin tierras, simples aparceros; muchas veces sus pequeños cultivos estaban a merced de la voracidad del ganado de los amos. Venezuela era un país sin industrias, con una clase poderosa poco emprendedora que vivía de la especulación; allí se estaba generando el caldo de cultivo que llevaría al levantamiento y al bandidaje. El Estado oligárquico no estaba en condiciones de poner sobre la marcha políticas que condujeran al desarrollo capitalista. Por causa de aquel espanto:

La Sociedad Liberal de Villa de Cura se extendió por todos los caseríos vecindarios del cantón en la organización de la seccional de Güigüe, Santa Cruz y Palo Negro se destacó como excelente activista, el campesino Francisco José Rangel, comisario de Timbique y Tacasuruma; en el ramal interior de la cordillera de la costa (en El Nicual y El Pao de Zarate) se destacaron los peones José Bernardo Masabé, Socorro Masabé (comisario de Guambra) y Tiburcio Barrios; en los llanos del Guárico se destacaron Zoilo Medrano, Jesús González (a) “El Agachado” y los hermanos Rosario y Concepción Herrera. La instalación de una seccional de la Sociedad Liberal de Villa de Cura

en Güügüe, a iniciativa de Francisco José Rangel, amplió el radio de acción de la propaganda democrática hasta la sierra de Carabobo y zonas adyacentes al lago de Valencia, donde estaban ubicadas las haciendas de Ángel Quintero.²¹

La cita anterior nos muestra las condiciones subjetivas de la conciencia social de los desposeídos; los de abajo se habían agrupado teniendo en cuenta sus intereses sociales, padecían a diario las agresivas políticas que aquel engendro del mal –Ángel Quintero– les imponía. Las haciendas extendían sus cercas impulsadas por capataces de intención malsana, eran mandados por los propietarios terrófagos. Los campesinos eran peones, simples esclavos que no tenían derechos ciudadanos. Quintero era el encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores en el gobierno de Páez y tenía fama de violento. Un siglo después, en la Venezuela del siglo xx, Rómulo Gallegos mostrará que aquella falta de derechos civiles seguía en Venezuela. La oligarquía en el siglo xix sentía miedo de que se produjera un estallido social como respuesta a sus políticas, pero era incapaz de modificar el aparato del Estado. Adicional a ello, en Venezuela comienzan a desarrollarse formas impositivas que agravan la situación económica de los campesinos; se debe pagar por el derecho al usufructo de las aguas, de los pastizales; los cosecheros se ven afectados por el cobro de peaje. Todo esto reduce el margen de ganancia de los campesinos medios, es el triunfo de la gran propiedad latifundista.

El Estado venezolano se vuelve silente ante las trope-lías de los dueños de la tierra. Los cultivadores liberales y latifundistas se han endeudado con la banca, apostando a

21 Federico Brito Figueroa. (2009). *Tiempos de Ezequiel Zamora*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, p. 80.

las continuas alzas que experimentaban los precios de los productos exportados por Venezuela; sin embargo, los años 40 y 45 del siglo XIX son catastróficos, la crisis de sobreproducción impacta los precios de nuestras mercancías generando un declive en las ganancias, lo cual repercute, a su vez, en el poder adquisitivo de la población. El tabaco, el café, el cacao, los cueros, el azúcar, parecen ya no ser rentables: "... Los campesinos vagan hambrientos por las aldeas y en los centros urbanos, según José Austria", "... el malestar y la indigencia devoran a los ciudadanos".²² Estamos hablando de una sociedad en crisis donde juega un papel importante la inestabilidad de los mercados. La oligarquía conservadora estaba reacia a reconocer la libertad individual y el sufragio libre de los ciudadanos.

La ley en la sociedad venezolana se vio alterada por las rebeliones. El odio guardado por esclavos, indígenas, pardos, desocupados y desclasados, se puso de manifiesto en aquella sociedad atrasada, donde se suprimían los derechos de la ciudadanía. Cuando se conculca el derecho al voto de los liberales en las elecciones no se está haciendo otra cosa que atentar contra los derechos ciudadanos. Una república con esclavos era un sinsentido. Aquella revolución preconizada por Antonio Leocadio le parecía incompleta a Zamora, a pesar de su admiración por el verbo de Guzmán y de reconocer la apertura que había propiciado entre los nacionales. *El Venezolano*, las innumerables hojas sueltas y periodiquitos que analizan la situación nacional, y Zamora, sabían que la lucha tenía ahora otro tenor. Zamora había descendido a los infiernos, conocía las necesidades y el hambre que padecían las masas campesinas.

²² *Ibid.*, p. 89.

Este héroe surge en la historia como un redentor, desde joven había manifestado una profunda vocación militar; en Villa de Cura organizaba brigadas armadas de ciudadanos que defendían su derecho a vivir una vida digna y libre de acosos. La Villa y sus comerciantes con frecuencia eran atacados por malhechores que sembraban la intranquilidad entre aquella gente humilde. Los haberes de Zamora son atacados, su bodega es asaltada; este hombre había pasado de la noche a la mañana a ser enemigo número 1 de las élites terrófagas de Villa de Cura.

La práctica revolucionaria de Ezequiel guardó similitud y grandes diferencias con la de Boves; similitud en tanto que ambos, día tras día, convivieron con los ofendidos, con los que estaban atrapados; en aquella situación demencial de miseria, Boves era el Taita, el intérprete del sentimiento de aquellos hombres lanzados en *derilection* a la vida. Ezequiel fue la esperanza, 30 años después del asturiano, de los que necesitaban ser escuchados, atendidos, guiados; por eso cuando se presentaron los atisbos de lo que sería aquella guerra campesina en 1846, Zamora era la única fuente de comprensión que tenían en este mundo. La diferencia radica en que la práctica revolucionaria de Zamora comprende un profundo respeto al otro y a la democracia, en tanto Boves encarna lo que Hannah Arendt llamó “la banalidad del mal”.

Las muertes de Boves y Zamora se trataron de mantener en secreto. Mucho tiempo después se reveló que la muerte del primero ocurrió por la mano de Pedro Zaraza; de igual forma el asesinato de Zamora se intentó mantener en la oscuridad; este hecho –como ya hemos dicho– se le achaca a un soldado llamado Morón, al propio Guzmán Blanco y a un sicario pagado por Juan Crisóstomo Falcón. Estos hombres aun después de su muerte continuaron siendo temidos. La historia los ha tratado como monstruos,

como degenerados que tuvieron una única pasión: ver correr la sangre. En Venezuela, la propia dinámica de los hechos a partir de 1846 demostró que la única posibilidad de lograr una sociedad de iguales y de convivencia era a través de las armas. Las masas estaban enardecidas, no querían ninguna mediación con la oligarquía, estaban dispuestas a todo. Los fregonazos armados que ocurrieron en el camino de A. L. Guzmán en su marcha hacia La Victoria, para encontrarse con Páez, estuvieron rutilados por la exaltación.

A la retaguardia de Antonio Leocadio venía Zamora y los intelectuales liberales. Páez estaba consciente del poder del liberalismo. Las acciones del indio Rangel en Tacasuruma y en Timbique eran más que evidentes, proponía tierras y hombres libres; para los conservadores esto era imposible de soportar, ellos no tenían nada que ver con aquella “chusma alpargatúa” e igualitaria. Rangel fue un antiguo soldado de la independencia, profundamente influenciado por las ideas de la igualdad social; retirado de la vida militar y para 1846 comisario de Tacasuruma y Timbique, se asqueó del procedimiento fraudulento de la oligarquía contra el liberalismo al desconocer las elecciones para escoger el Presidente de la República y se levantó en armas. El movimiento liberal de Antonio Leocadio Guzmán gozaba del apoyo de Felipe Larrazábal, de Manuel María Echeandía, de Santiago Mariño y de José Manuel García. La psicología del rumor había tomado las vísceras de los hombres; muchos de los prohombres que seguían a Guzmán no querían la conciliación, consideraban un absurdo la entrevista con Páez que debía llevarse adelante bien fuera en La Victoria, o en Maracay, la consideraban una trampa donde saldría mal parado el liberalismo. La oligarquía sería implacable ante estos errores políticos. Para el doctor García

lo más sensato que debe tener claro un revolucionario son los arponazos con los cuales arremeterá la godarria.

Antonio Leocadio es un triste ejemplo de lo que venimos diciendo. En el espíritu de aquellos años era una ingenuidad pensar en el decoro y el respeto a los acuerdos que debían mantenerse cuando la negociación política se daba. Domingo Monteverde había sido un claro ejemplo de la traición de las palabras y de los arreglos logrados en la capitulación de la Primera República; lo primero que hizo fue atrapar en La Guaira como rehén al Generalísimo Francisco de Miranda y enviarlo a la prisión de La Carraca, en aquella oscura ergástula finalizarían sus días, mas no su epopeya. Miranda soñaba con retornar a América, todo no estaba perdido, su vida se había llevado como una utopía posible.

En Venezuela, regida por la Constitución de 1830, todo el que desobedeciera las leyes del gobierno era condenado a muerte y eso sucedió con Zamora el 27 de julio de 1847. Sus fines y propósitos en la guerra antilatifundio lo comprometían a no abandonar las luchas por la emancipación. En caso de fracasar sabía que su destino debía ser el de sus compañeros. Él era un soldado a toda prueba formado en los valores de la lealtad, del compañerismo y del amor a la Patria. Zamora sabía cuánto había traicionado aquella oligarquía a Bolívar. Su pensamiento fue antiesclavista, se insubordinó porque estaba persuadido de que el gobierno violaba las leyes de la República y, cuando eso ocurría, los hombres estaban en el deber de desobedecer.

La oligarquía levantó una leyenda negra contra Zamora, haciéndole aparecer como un traidor de sus compañeros de causa. Con esto no se buscaba otra cosa que debilitar la moral revolucionaria. En el interrogatorio que le hizo el auditor de guerra José Santiago Rodríguez, con motivo del juicio que se le instruía por sedición, le demanda cuál era su estrategia

para que el pueblo de Tacusuruma lo siguiese; él le dice: “No les hacía oferta ninguna. Ellos me seguían porque yo invitaba a defender la Patria, la libertad y la ley que habían quebrantado los oligarcas”.²³ Los argumentos de Zamora, sus razonamientos dan cuenta de un hombre compenetrado con las masas insolentadas, vejadas, desconocidas. No había otro medio sino la insurrección. Los nombres a los que hace alusión en el interrogatorio son plenamente conocidos y perseguidos por el gobierno oligarca. Lo dice claro: el gobierno ha faltado a los principios del respeto de los pueblos, en ningún párrafo hace alusión a su deseo de saquear la propiedad ajena, ni abusar de la libre expresión.

A Zamora se le juzgó no solo por conspiración contra el gobierno, sino por el asesinato del terrateniente Andrés Fuentes. El propio defensor de Ezequiel Zamora, el abogado Manuel Díaz, nos informa que este hombre era un enemigo pertinaz del movimiento de resistencia civil encabezado por Francisco Rangel y por Ezequiel Zamora. El gobierno empuja la reacción de Zamora al habersele conculcado sus derechos ciudadanos, se le privó de ser elegido y de poder elegir, la medida se tomó por 4 años. El argumento dice que la muerte de Fuentes se dio en el contexto de la guerra, que no se podía hablar de un crimen, sino de un acto donde todas las lógicas de la razón están exacerbadas.

Zamora y su comprensión de la historia

De aquella cita en La Victoria sale comprendiendo que el método para echar a la oligarquía conservadora de su puesto histórico no es exactamente el electoral. Era una sospecha generalizada que aquel encuentro con Páez no

²³ *Ibid.*, p. 226.

sería provechoso para los intereses de la Patria. Echeandía había manifestado en una asamblea que la actitud de Antonio Leocadio Guzmán no era exactamente radical. Posiblemente, de haberse dado aquel encuentro con Páez, el arreglo no hubiera sido satisfactorio para los sectores populares. Las cartas estaban trucadas, Guzmán había manifestado que él no era un hombre de guerra, él era ante todo un civilista. La nutrida manifestación popular que se le había ido incorporando en Antímano, en Los Teques, en Sabaneta del Consejo, en El Consejo y en La Victoria, era multitudinaria.

El miedo se había ido apoderando de su espíritu, temía una confrontación con los militares, un baño de sangre. Soubllette, hombre parco y de gran sensatez, estaba preparado para lo que fuera. Los militares que venían de la independencia eran un solo gremio a pesar de sus diferencias. A. L. Guzmán sabía de su fortaleza popular como candidato a la Presidencia de la República, pero no quería plantearse la disputa violenta; olvidaba que en Venezuela solo se llegaba al poder por métodos coercitivos. Laureano Villanueva nos dirá que aquella manifestación popular que acompañaba a Guzmán para la entrevista con el Centauro alcanzaba las 4.000 personas resteadas. En 1846 el zambo Juan José Moronta, antiguo soldado de la Guerra de Independencia, declaraba en La Victoria: "... azotar públicamente a Guzmán por traidor y bajar el pescuezo por igual a oligarcas y liberales".²⁴ Las exigencias del pueblo iban más allá de los petitorios partidistas; este zambo, soldado independentista, había tenido el tiempo de ver la actuación de las élites. Sus petitorios estaban más cercanos a la comprensión de la historia como cambio social revolucionario. La razón para

²⁴ *Ibid.*, p. 139.

la filosofía de la Ilustración era comprendida como cambio radical y no como evolución.

El comienzo de las guerras campesinas en Venezuela no era solo un asunto de carácter sectorial, los pueblos se habían armado. Zamora, en los Valles de Aragua, Valencia, Güigüe, Tacasuruma y Tiznados, había reunido su ejército soberano con las tropas de todos aquellos grupos disidentes del gobierno de Soublette. Lo que buscaba era la unidad nacional. El mismo descontento hacia el conservadurismo se había manifestado en Barlovento, en oriente, en Ciudad Bolívar. Zamora era un líder popular, un jefe que había sumado la voluntad y desobediencia de distintos sectores nacionales.

... Las mujeres, sensibles en todo el mundo a las grandes pasiones populares; atraídas a los peligros de aquella época, por la suerte de sus hijos y maridos, salían voluntariamente a las selvas y atravesaban grandes distancias para llevar a Zamora bastimentos y pertrechos (...) los negros esclavos se le incorporaban con espontaneidad, armados de tercerolas, fusiles y carabinas. Le sobraban correos y espías. Y es un hecho cierto que los pueblos nunca entran en aventuras criminales (...) Hay en el corazón de las masas rústicas cierta virtud, sublime sobre todas; cierto natural criterio para favorecer la causa de los desgraciados, de los pobres, de los oprimidos; inquebrantable voluntad para sobrellevar en su defensa los rigores del infortunio.²⁵

Hay que destacar que uno de los elementos centrales donde se manifiesta la sapiencia de Zamora fue en el papel activo que confirió al pueblo en esta guerra. Los

25 Laureano Villanueva. (1992). *Vida del valiente general Ezequiel Zamora*, Caracas, Monte Ávila, p. 170.

que informaban a los desobedientes eran del pueblo, en cada familia había uno o dos miembros comprometidos en aquellos movimientos antioligárquicos. La recluta se había hecho ineficaz, los hombres se escondían, los que eran atrapados eran conducidos a la fuerza a aquella matanza que no generaba ningún beneficio a la población. Como lo relata Brito, las órdenes de la oligarquía a sus ejércitos eran: quemar los conucos y llevar a todo sospechoso de insubordinación al paredón. Los tribunales actuaban al mismo tenor, sin embargo, el pueblo continuaba en la defensa de sus derechos, se les otorgaban prebendas y recompensas a quien denunciara. Aquellos días eran de una confusión total y de un juego de poderes infinitos. Soublette era de los militares bolivarianos. Páez se aliaba con él porque estaban en juego sus intereses económicos y no se podía dar el lujo de que el soberano recuperara las tierras que le pertenecían. El hombre fuerte continuaba siendo Páez, en momentos de peligro la oligarquía contaba con su espada, antes redentora de pueblos subyugados, hoy comprometida con la república oligárquica. Nada garantizaba un final feliz para aquella tragicomedia en que se había convertido Venezuela. Los godos presagiaban caminos de tragedia. Venezuela debía cambiar, los liberales tenían el reto de los sueños: hacer factible la convivencia humana.

La inclusión era una necesidad en aquel mundo de pordumbre. La conspiración venía imponiéndose sin subterfugios. Los cosiateros lograron la disolución de Colombia la Grande. Dos hombres nefastos habían acompañado a Páez en sus dos gobiernos: Miguel Peña, en el Ministerio de Relaciones Interiores; y luego Ángel Quintero, godo violento que no transigía con la plebe en lo que se refiere a la convivencia. Las pasiones lograron la separación entre Colombia y Venezuela. Páez era un hombre taimado, muy menesteroso, que buscaba crear

entre los venezolanos la idea de que él estaba lejano a la política cotidiana. En aquel torbellino de pasiones, Páez era factor de unidad; él conocía la guerra y los desplazamientos de hombres como José Dionisio Cisneros, conocedor de la geografía del país, quien había sido encomendado en 1847 de destruir las fuerzas de la revolución.

José Dionisio Cisneros conocía palmo a palmo la zona central, no había logrado vencer a Zamora; este lo aventajaba en osadía en la conducción de la tropa. Zamora echaba mano de estrategias diversas para controlar el terreno. Utilizaba la “guerra de guerrillas” para atraer al enemigo, y para lanzarle posteriormente emboscadas fulminantes. Zamora estaba muy bien preparado y asesorado por ingenieros militares franceses. El ideario que lo movía no era simplemente el interés privado. Zamora irradiaba liderazgo, tenía informantes aliados, sus fuerzas de infantería eran extraordinarias. Su divisa fundamental era la justicia social, su infantería tenía una gran capacidad de desplazamiento y de acción.

José Tadeo Monagas logra zafarse del cerco que ejercía sobre él la oligarquía conservadora, sale de Ángel Quintero y comienza a aliarse con los liberales. Además, trata de ganar aliados, permite el regreso de los exiliados políticos opuestos a la oligarquía conservadora, Felipe Larrazábal, Blas Bruzual y Manuel María Echeandía. Decretó una amnistía general. La iracundia de hombres como Juan Vicente González se hizo presente. Hombres como Juan Martínez, fiscal del juicio contra Zamora, estallan en infamias. El cuadro político para la gesta de sangre seguía incubándose, el 24 de enero de 1848 se produce el asalto del Congreso Nacional; en aquel clima de subterfugios y presiones nadie se sentía seguro. El Monagato estuvo marcado por una profunda vocación nepótica y por la corrupción de los militares.

Los conservadores habían adelantado una política patibulesca, el precio de la sinceridad política era la muerte. Páez gerenciaba con sicarios, su ambición de poder era infinita; ya viejo, engegucido por la cólera, se dejó arrastrar por las ambiciones del poder, olvidando los hechos y lauros que lo condujeron hacia la gloria; llegó a ganarse el mote del Rey de los Araguatos por la derrota sufrida de las manos de Benigno Cornelio Muñoz. La gloria parecía tener sus momentos estelares y su buena estrella se había apagado. Páez vivía su eterno sueño de amor dándole nuevas propiedades a la bella Barbarita Nieves. El poder y su ejercicio no cesa en el ocaso de los grandes caudillos. Aún en su vejez, desde la hacienda La Trinidad estaba pendiente de los vaivenes del poder para intervenir en su función de salvador nacional. Los tiempos comenzaban a cambiar y una camada de militares estaba presta a tomar el relevo de aquel mundo tan convulso. Monagas era un presidente de gran habilidad y olfato, previendo lo que podía avecinarse; Páez, a pesar de la alianza en relación con el poder, no le era confiable, sabía que debía contar con un plan B.

El gobierno de Monagas conmuta la pena de muerte a Pedro Vicente Aguado, a Santos Rodríguez y a Francisco Pacheco. Se buscaba lograr la estabilización del país. La conspiración no había cesado; desde el Congreso de mayoría conservadora se trata de desequilibrar a Monagas. La oligarquía era una hiena sedienta de sangre. El sistema judicial desobedecía el indulto otorgado por José Tadeo Monagas y trataban de embochinar el país, la intención era clara: derrocarlo. Como lo dice Brito Figueroa, llegaron a la cárcel pública de Caracas:

... en diciembre de 1847, cincuenta condenados a muerte de Villa de Cura, treinta y nueve de La Victoria, veintidós de

Barlovento, dieciséis del Pao de San Juan Bautista, veinticuatro de San Juan de los Morros, ocho de Barinas, quince de Guanare, seis de Valencia y cinco de Maracay.²⁶

El pragmatismo político oligárquico había llegado a acariciar la idea de enjuiciar a José Tadeo Monagas, esta clase dominaba el aparato judicial, su ley era la del garrote. La idea de orden imperaba en sus mentes, por eso el pueblo sabio había borrado de su bandera amarilla el lema de orden, pues le recordaba el pregón de la oligarquía. Los pregones de guerra contra Monagas estaban anunciados, se trataba de desconocer el mandato del Presidente de la República. En ese momento las calles son tomadas por las ancestrales pasiones del pueblo. Se decide atacar al Congreso de la República, aquella mazmorra inexpugnable no hacía otra cosa que lesionar la patria. El pueblo temible de Caracas había hecho respetar sus convicciones, cuando esa misma oligarquía pretendió condenar en 1843 a Antonio Leocadio Guzmán por difamación e injuria. El delito de Antonio Leocadio había sido desenmascarar a Juan Galindo Pérez, financista de la oligarquía, como dueño de un banco que no cotizaba al Estado el contrato de fundación, ni cumplía con la obligación anual para el sostenimiento de un colegio de niñas; aunado a la estafa de los bienes de una herencia. Pérez había demandado a Guzmán por acusarlo en *El Relámpago* como evasor de impuestos y estafador. Estos eran los signos de una República oligárquica corrompida. La oligarquía pretendió pasarle factura a Guzmán a partir de este hecho, constituyendo un tribunal para conocer del caso. La gente se aglomeró en las calles de Caracas para darle un espaldarazo

26 Federico Brito Figueroa. (2009). *Tiempos de Ezequiel Zamora*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, C. A., p. 312.

a Antonio Leocadio –él era un personaje público de gran estima entre la población– y evitó con esto el anunciado patíbulo. El Estado de derecho era violado por la derecha como le daba la gana y nada ocurría.

El alma pública estaba hundida en la pesadumbre más absoluta. Zamora había comprendido que el tren no pasa dos veces en la historia, la coyuntura política le permite hacer las alianzas necesarias para protegerse de los godos, sentía una gran estima hacia su benefactor José Tadeo Monagas, quien supo de inmediato que Zamora era el hombre de arrojo que necesitaba para mantenerse en el gobierno; sin él sus días estaban contados.

La oligarquía se la tenía jurada a Zamora, los conversos como Juan Martínez se daban golpes de pecho en Villa de Cura por el error cometido. Este licenciado quiso pescar en río revuelto al querer acelerar la ejecución de Zamora, no había calibrado nunca la fuerza de Ezequiel como líder social, la historia le había jugado una mala pasada. Zamora era como el ave fénix, se levantaba de sus cenizas. Este conductor de almas había pasado vicisitudes, fue perseguido, se le intentó envenenar. Contó siempre con la voluntad indoblegable de su madre, ella se levantó sobre todos los detractores de su hijo. El viento fresco de aquella tarde lluviosa en Villa de Cura le permitió sentir que ella y su hijo tenían razón, solo bastó esperar.

El imaginario oligárquico soñaba con dar al traste con la vida de Monagas; esta gente dominaba el sistema judicial, el poder municipal y las presidencias de estado. La rabia los llevó a armar a su gente, lamentablemente la sangre llegaría al río y las diferencias se dirimirían a tiro limpio; ese 24 de enero de 1848 fueron asesinados en el Congreso: Santos Michelena –quien recibió una herida de arma blanca y murió en la Legación Británica–, José Antonio Salas,

Juan García, Francisco Argote, Julián García y Manuel María Alemán. La fuerza del espíritu cedió al frenesí de las disputas. Este desenlace se había estado incubando desde días antes. Era claro que el entendimiento entre la oligarquía y los jefes liberales era imposible, nadie quería retornar a los claustros del miedo. La Iglesia callaba, yacía hundida entre los resposos de los difuntos; callaba los desafueros cometidos por los gobiernos oligárquicos, nunca se escandalizó porque aquel sistema había secuestrado los derechos ciudadanos de los venezolanos. El infierno no estaba distante, lo vivían los hombres venezolanos en cada paso que daban. La desigualdad laceraba a los pueblos. Los procedimientos sempiternos de almas oscuras reaparecen en nuestra historia, en 1849 se intenta asesinar a Monagas. La reacción está dispuesta a pagar el precio que sea con tal de recuperar el poder. Zamora está persuadido de que la manera en que llevan los liberales el gobierno no es la mejor; está consciente de las limitaciones de Monagas.

Le comenta a su esposa que jamás lo traicionará, le debe la vida, pero el problema de la exclusión continúa intacto, lo ha rodeado la oligarquía liberal; gobernar no es un hecho de acción psicológica, es algo más; es impensable una patria libre donde subsista la esclavitud y el servilismo, se debe rediseñar la República. "... Hay que hacer una verdadera revolución; tengo los planes, aquí en mi cabeza".²⁷

El interés de los terratenientes de liberar a los esclavos era absolutamente pecuniario, no los asistía ninguna idea humanitaria. Los esclavos representan para ellos un gasto innecesario. El trabajador a destajo liberaba a los dueños de su obligación de mantenerlos y de asistirlos. Los amos sentían miedo de los resentimientos que podían albergarse

²⁷ *Ibid.*, p. 337.

en el corazón de aquel sector. *Las lanzas coloradas*, de Uslar Pietri, dan cuenta de las movilizaciones que se producían en los campos. La desobediencia había tomado el psiquismo de este grupo.

Es deplorable que en el decurso de la vida histórica hombres que habían sostenido sus vidas y escapado de los patíbulos, como Antonio Leocadio Guzmán, terminen dándole loas a Julián Castro; esto irrita a muchos, no hay nada que extrañar en la conducta de este político de oficio que siempre jugaba a su beneficio personal. Guzmán era un hombre de una cultura exquisita y de un temperamento ladino. Da gracias al cielo por la caída de Monagas; aquella gratitud hacia Monagas de perdonarle la vida pasando por encima de la Corte Suprema de Justicia y exigiéndole al Consejo de Gobierno el extrañamiento de su país, lo había condenado, a su vez, a la inacción política. Siempre jugaba a la mejor oportunidad.

Castro fue un hombre gris que había apresado a José María Vargas cuando era presidente. Olvidaba Guzmán, con aquella decisión, que Vargas era miembro del Consejo de Gobierno y había estado conteste de fusilarle a él y a Zamora. Vargas, ser de una inteligencia superior y gran prohombre de Venezuela, a pesar de su sapiencia tenía una inmadurez emocional enorme. Nos resulta inconcebible que un hombre de sus lauros intelectuales siguiera creyendo que la pena de muerte pudiese traer lenidad al país. Todos estos oligarcas que le daban el espaldarazo a Castro serían seguidos meses después.

Julián Castro era un autócrata, un militar sin talento, vil marioneta de la godarria. No hay un hecho significativo en su vida que lo encamine a la gloria; fue un militar que se acostumbró a la adulancia, creyó que incorporando a conservadores y liberales en su gobierno ganaría la gloria; le faltó

intuición y tino político. Eso sería su ruina. No se percató de que la gobernabilidad solo era posible adelantando una reforma agraria; su perdición fue su ceguera y su egolatría; sin ningún principio de lectura realista en lo político confina a Zamora en Caracas, asignándole la ciudad por cárcel, sin pensar que a un hombre tan avezado como Zamora esto era crearle las herramientas para que cimentara sus contactos y la conspiración. La insurrección se preparaba en los subterfugios de la ciudad. Los talabarteros, los zapateros, los albañiles y las prostitutas tenían sus listas preparadas para degollar a todos aquellos que no estuvieran con la revolución. Igualmente, los godos tenían largas listas de sospechosos, de gente que debía ir a la cárcel, ser linchados y tirados a las orillas del río.

Julián Castro estaba reestado con la idea de detener a Zamora fuera cual fuese la vía, esa información la ofrece la *Gaceta de Caracas* de 1846 y se reactualiza en 1858. Se le describe:

... con pelo rubio y bastante poblado, frente pequeña, ojos azules, nariz larga perfilada, nuca pequeña y algo sumida, labios delgados, barba roja y escasa, estatura regular, cuerpo delgado, muy junto de muslos y piernas manetas, y cubiertas de un vello áspero: los pies son también largos y flacos: es de un andar resuelto.

Los sabuesos del orden sabían que muerto el perro se acaba la rabia, por eso lo espían, saben que este hombre puede ocasionar un gran armagedón y, por ende, había que cercarlo. Zamora escapa a las islas del Caribe y prepara su entrada a Coro el 22 de febrero de 1859. Zamora como político y militar había sido provocado en Caracas de todas las formas y maneras, cerca del Cuartel San Pablo el

comandante Jorge Michelena lo escupe e irrumpe a bastonazos contra él.

Trataban de sacar de sí a Zamora para que inmediatamente los sicarios lo asesinaran. Este General siempre fue un hombre de gran entereza; haciendo gala de estoicismo amarra sus fieras internas, sabía que si respondía ese sería su último suspiro, estaba consciente de lo que era capaz aquel régimen; en esa época de asesinatos a mansalva a muchos liberales en la cárcel se les fue la vida, la técnica usada era el envenenamiento.

Entre los aspectos importantes que hay que destacar con respecto a la Revolución Federal está la inmensa capacidad comunicacional con que contó Zamora. El pueblo era su soporte fundamental. Los hombres no eran vacilantes con respecto a sus convicciones, estaban persuadidos de andar en el camino correcto. Luchaban por la libertad, por la independencia, por la dignidad:

... no más sombras siniestras en el horizonte de la Patria, de los patriotas de 18/11 (...) necesario es repeler la fuerza con la fuerza y que nos paguen caro la sangre, una sola gota de sangre de los hijos del pueblo (...) ¡compatriotas! Que nuestras falanges victoriosas tremolen el estandarte de la libertad por toda la República.²⁸

Las ideas de justicia social

Las luchas del pueblo estaban dirigidas contra la burguesía bancaria y comercial. La condición del pueblo era inaceptable. Los servicios públicos estaban en la ruina, el promedio de vida del venezolano era de 50 años. Familias enteras padecían de desnutrición y parásitos, dada la falta de tratamiento de las aguas. La dieta básica la formaban el consumo

²⁸ Alocución del ciudadano General Primer Jefe del Ejército de Occidente. Ezequiel Zamora, Coro 7 de marzo de 1859.

de cazabe y el guayoyo en las mañanas. En Venezuela la población moría de gastroenteritis, fiebres palúdicas y tuberculosis; la guerra era una infección endémica. No se lograba ver una luz al final del túnel; Juan Crisóstomo Falcón navegaba en los mares de su narcisismo. La guerra es uno de los fundamentos del antidesarrollo. Las banderas de Juan Crisóstomo Falcón no son otras que la negociación, él nunca ha tenido un compromiso absoluto con el pueblo, detesta a los hombres que mascan tabaco y salpican la tierra con sus escupitajos. Esos campesinos son muy jóvenes, pero ya se siente en sus cuerpos los efectos de las enfermedades infectocontagiosas. La vida de los campesinos de la República ha estado entregada al trabajo y a la guerra. En Guerrilandia se ha peleado durante todos estos años, estos campesinos no le duelen a nadie; Falcón no conoce a profundidad sus vidas, son seres que están para morir por la causa que sea; hacia ellos nunca ha guardado ningún rencor, menos la piedad cristiana. Juan Crisóstomo era un hombre envanecido, dormido en sus propios laureles; amaba las francachelas y añoraba estar con su esposa, lejana de él geográficamente.

Los godos tenían el sueño inconstante de asesinar a Zamora. El espionaje era frecuente. En abril de 1859 Zamora salió de emergencia de Yaracuy, evitando el ataque de un ejército godo muy superior al suyo y se dirigía a Portuguesa; en Tierritas Blancas se alistó un nuevo miliciano a su tropa, su nombre: Anselmo Méndez. Este hombre intentó asesinarlo por la espalda, pero fue sorprendido por Zamora. El hecho dejó el saldo de un soldado muerto y otros heridos. El Estado Mayor, reunido por el General del Pueblo Soberano, decidió dejarlo partir; la reacción fue inmediata: León Colina y Prudencio Márquez lo persiguieron hasta darle muerte a machetazos. Federico Brito Figueroa nos refiere este dato, diciéndonos que nunca estuvo contento el

General Zamora con este procedimiento. Nunca estuvo en el ánimo de nuestro General revolucionario ajusticiar a sus opositores, los pueblos podían y debían sentirse seguros con sus dirigentes. Las fuerzas federales estuvieron en contra de los hechos macabros. Zamora le venía dando pistas al pueblo de su inmensa tolerancia, nunca reprodujo en sus batallas los procedimientos de la godarria; su afán era la redención social.

En el estudio de la estructura económico-social de la época nos encontramos con un alto índice de analfabetismo, también con la observación de que esta revolución era dirigida por una capa de intelectuales que no eran lo suficientemente radicales como para decretar que la tierra es de los campesinos depauperados. Impera en la reflexión la argumentación jurídica: la tierra siempre sería de sus sempiternos dueños, el pueblo venezolano; faltaba formación en el vulgo que orientara el destino de aquella revolución. Aquella lucha hizo dudar a muchos generales que defendían y eran jefes de los ejércitos de la oligarquía, como el caso de José Laurencio Silva. Estos hombres habían hecho la guerra con honestidad, peleaban por un ideal que ya no era posible sostener en aquella guerra de intereses y que obedecía a factores crematísticos. El triunfo necesita arrojo, temeridad, convicción, y muchas veces esta última flaqueaba en los generales vacilantes, que al defender una causa que no era la suya lo hacían con desinterés.

La vocación de Zamora fue estrictamente democrática, luchaba contra el despotismo. En esta empresa su vida corría peligro constantemente. En el Cuartel General de Barinas, el 19 de mayo de 1859 y 1° de la Federación, proclamará ante su tropa:

Honrado con tan noble misión, fiel a los principios republicanos y dispuesto siempre al sacrificio de mis bienes y de mi vida por la santa causa del pueblo, no vacilé un momento en obedecer al patriótico mandato (...) ¡Compañeros de armas! Habéis probado, con vuestra abnegación y sublime egoísmo, que solo el pueblo quiere su bien y es dueño de su suerte, y que solo de hoy en adelante Venezuela no será más “el patrimonio de ninguna familia ni persona”.²⁹

Zamora esgrime la sensatez como su principio y divisa, conocía el país y sabía cómo eran repartidas las riquezas. Había que lanzar a la nación por el camino de la cordura, sanear las instituciones públicas, modernizar el sistema judicial en Barinas. El problema central en el país para ese momento era que los tribunales estaban administrados por la godarria a su estricta discreción.

Su lucha en 1859 se llevaba a cabo contra Julián Castro, quien era un férreo servidor de la oligarquía. Zamora evocará los principios sobre los cuales se había levantado la República de Venezuela, uno de ellos la independencia y el federalismo. Su proclama de Barinas el 21 de mayo del año 1859 y 1.º de la Federación dirá: “Barinenses: en la memorable Acta de Independencia del año 1811, vuestra Provincia tuvo la gloria de ser una de las siete unidas de Venezuela, que por medio de sus Representantes juró ser independiente y constituirse en Estado Federal”³⁰. Los estatutos sobre los cuales los godos habían erigido la República eran contrarios a los ideales por los cuales luchó Bolívar y el pueblo venezolano.

29 Damarys Cordero Negrín. (Comp.). (2004). *Ezequiel Zamora. General del Pueblo Soberano* (3.ª ed.), Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República/Italgráfica S. A., p. 152-156.

30 *Ibid.*, p. 157.

Zamora pecha a los dueños de la tierra en un 5 % sobre su producción a través del Gobierno Federal de Barinas, y se decretan impuestos sobre bienes raíces y semovientes; con eso se sostendrían las escuelas, los hospitales y los pagos del Ejército Federal, de acuerdo a sus ideas de lograr una sociedad equilibrada donde primara la asistencia social. El país comenzaba a cambiar, pasábamos de una lógica totalitaria y unilateral a un proceso de inclusión.

En el imaginario del pueblo, Zamora era un dios terrenal, sus esfuerzos estaban destinados a lograr el equilibrio social, contaba con asesores extraordinarios como Carlos Enrique Morton, Napoleón Avril, José Ignacio Chaquert, José Brandford, y Francisco J. Iriarte. Domingo Alberto Rangel nos deleita con su *Última batalla* donde nos refiere el gran ingenio de Napoleón Avril al diseñar la Batalla de Santa Inés, concebida para llevarse adelante desde la “guerra de trincheras”. Los federales contaron con sus excavaciones; estas habían sido realizadas con anticipación en Santa Inés para esperar al ejército centralista. Cuando los generales centralistas creyeron ganar la batalla porque habían penetrado al terreno de sus enemigos, habían puesto pie en el principio del fin. Zamora dijo: la godarria mordió el peine. El repicar de las campanas significaba que todo estaba sucediendo como lo había pensado.

única manera de hacerlo era por la vía de la represión. Los godos nunca quisieron el igualitarismo social, esto les parecía una bandera peligrosísima que ponía en jaque sus propiedades y su dinero; no querían un Estado igualitario. Las luchas federales eran contra el Estado opresor, no se trataba simplemente de una lucha de partidos políticos. Al igual que durante la independencia, los hombres habían ido a la guerra porque estaban ayunos de reconocimiento, eran sencillamente excluidos, no tenían derecho a la educación, ni a tener un sistema de salud pública que les otorgara seguridad y calidad de vida.

Los liberales con Antonio Leocadio no cuestionaban la esclavitud, su proyecto real no era emancipar a los hombres y que pudieran ejercer soberanamente sus decisiones. Guzmán era un demagogo, un sujeto social permanentemente pendiente de sus logros personales. No trataba de dar al traste con la Constitución de 1830, que acentuaba el latifundio. Guzmán, sencillamente, lo que estaba buscando en la dialéctica social era el reconocimiento, se valía de su verbo, de su astucia política; sabía plenamente que el viejo régimen no tenía la menor posibilidad de retorno. La Constitución de 1830 estaba lejos del camino que había tomado la Ilustración para lograr la emancipación de los seres humanos. Muchos soldados de la Independencia, como Soublette, defendían a la godarria. Desde muy temprano de la segunda mitad del siglo XIX, en Caracas comenzará la represión; el pueblo llano estaba en la calle. La oligarquía se empeña en invisibilizar a aquellos que afean las ciudades con su léxico y con su presencia; esos factores serán el enemigo real de aquellos defensores del orden.

El liberalismo zamorano hace eliminar de su bandera amarilla la palabra orden, quieren borrar de su semántica cualquier manifestación que los acerque a los godos. El

proyecto de Zamora incluye a los indígenas, a los negros, a las mujeres. El verbo de Guzmán cuando marcha a entrevistarse con Páez en La Victoria no hace otra cosa que convocar a la rebelión civil, a los sectores dominados que estaban alebrestados; sentían que un mundo nuevo se avecinaba. Cuando Antonio Leocadio se da cuenta de que aquella jugada, la entrevista con Páez, se le escapa de las manos porque el pueblo se ha radicalizado, recula y lo hace de forma inaudita, no acepta incendiar las propiedades de los ricos. Él ha recibido informes provenientes de Caracas que le ha traído Felipe Larrazábal, el pueblo de la capital especula que hay una alianza entre él y Páez; por otro lado, algunos piensan que detrás de todo aquello estaba Santiago Mariño. Se le puso la piel de gallina, ese no era realmente el combate que él quería dar. Llegaría a Presidente con todas las de la ley, su abolengo era su razón y su habilidad política; no se dejaría enredar ni sería instrumento de la plebe.

Antonio Leocadio regresa a Caracas, Felipe Larrazábal y Zamora se dan cuenta de que con aquel líder no contaban para darle el puntillazo definitivo a la oligarquía; José María Echeandía lo expresa en ese momento en un discurso relámpago y se marcha a Barlovento a formar milicias populares para tumbar el gobierno, mientras Zamora emprende camino hacia Aragua. La suerte de la República estaba echada, allí comienza a nacer el federalismo como una facción radical e importante del liberalismo. En aquella Venezuela turbulenta, Ezequiel Zamora se dejaría seducir por el discurso de Guzmán. No hay otra forma de lucha sino la contienda armada. La historia de Venezuela ha demostrado que una de las claves del país es contar con un partido, la otra tener un grupo de hombres armados que respalden las propuestas de cambio. Guzmán termina siendo víctima de aquel sabueso que fue Juan Vicente González, quien lo perseguirá como a

un delincuente. Se la había jurado, no le perdonaba su ascenso social inusitado, lo conturbaba su liderazgo.

Entre Juan Vicente González y Antonio Leocadio existía una diatriba grande que se había manifestado en la prensa venezolana. A Juan Vicente los liberales lo trataban como “Juan Bisonte Sodoma y Gomorra”; se había levantado el rumor de que era homosexual, amante del Chingo del Calvario Natividad Ramírez, pero con todo esto no se pretendía sino desacreditarlo; por otro lado, González hacía lo mismo con Guzmán, lo llamaban “Cabeza de quincalla”, nomenclatura adobada por los saltos, por los cambios bruscos de los cuales este hombre era capaz; sencillamente la lucha era de pasiones encontradas. En el *Diario de la Tarde*, Juan Vicente desacreditaba a Guzmán y daba cuenta de lo que estaba ocurriendo en el interior de la República, el avance de las fuerzas populares. La oligarquía veía con terror los triunfos de Zamora y del Ejército Federal de Occidente. Zamora instrumentaba la guerra de movimientos, no permanecía en el sitio conquistado y sitiado mucho tiempo, marchaba inmediatamente sobre otro punto; además, en el diálogo interior que los hombres sostienen consigo mismos, José Laurencio Silva, héroe de la independencia y jefe del ejército centralista, sabía que los planteamientos de Zamora eran los suyos. En 1859, cuando Silva llegó a los llanos a combatir a Zamora se percató de que estaba luchando contra sus propios ideales de redención social; la oligarquía lo acusa de cobarde, de vendido, de simpatizante de la causa federal, y no era eso exactamente lo que mandaba en su fuero interior de militar, sino el sentimiento de justicia social. Silva venía de guerrear con Bolívar y lo hizo por la República. Era un soldado del compromiso social.

El Ejército Federal estuvo reestado con la utopía de la redención social. La lucha fue contra la esclavitud, contra la

terrofagia y contra los preceptos conservadores que pretendían convertir a los campesinos en siervos de los dueños de tierras. Hay que destacar en aquel esfuerzo de redención social la figura del líder revolucionario, hay que atender, además, al hecho de que la oligarquía y sus instrumentos de dominación social, como la prensa, hablaban de los federales como ladrones y como delincuentes que estaban llevando el país a la debacle social. Se hablaba en la voz de Juan Vicente González que “Venezuela estaba acechada por el comunismo”. Una oligarquía que había conculcado los derechos legítimos del ciudadano veía con horror el presupuesto teórico de “tierras y hombres libres”. La República oligárquica hacía sentir su racismo y su desprecio hacia los negros, hacia los indígenas. En un siglo nada había cambiado, la situación del país era deplorable. Los ritmos del mercado y la crisis de los precios del café y del cacao nos hundían en la miseria. Zamora tuvo una pasión crística.

Nunca le importó a Ezequiel Zamora morir por la patria, era descendiente de revolucionarios; su padre luchó por defender la redención social, era heredero de canarios. Su madre estuvo comprometida con las luchas por fundar la República. En Zamora todo respiraba revolución, sus cuñados José Manuel García y Juan Gáspers alentaban a Ezequiel en su formación intelectual. García lo guiaba en Derecho Romano, le inculcaba las ideas teóricas del liberalismo, mientras Juan Gáspers veía en él una promesa del cambio social. Había que retomar las ideas de Bolívar y eso fue lo que hizo Zamora. En las horas menguadas de un hombre dedicado a la revolución, Juan Gáspers y José Manuel García prepararon el escenario para que lograra evadirse de la cárcel; se refugiaría en El Hatillo esperando su tiempo. La vida de Zamora estuvo siempre amenazada.

Paula Correa sabía de todas estas argucias de la oligarquía, padeció las angustias de su hijo y se movió de manera certera en la prensa liberal denunciando el macabro asesinato que se preparaba contra Ezequiel. La campaña de prensa de esta mujer defendiendo la vida de su hijo fue ejemplar, recibió humillaciones de todo tipo. Cuando Zamora llegó a Caracas encadenado, ella trató de cubrirlo con un sombrero de cogollo, fue muchas veces atajada e insultada para que no lo hiciera, finalmente logró ponérselo. Zamora era aclamado por el pueblo, el soberano se había lanzado a la calle gritando el nombre de Ezequiel. Era la hora del crimen, de las pasiones patibularias de la oligarquía que llena de miedo trataba una vez más de silenciar a sus opositores. Zamora fue un hombre de una nobleza a toda prueba: cuando le tocó trasladar a Páez en su carácter de detenido de Valencia a Caracas, lo hizo guardando máximo respeto hacia el reo, incluso permitió que algunos amigos de Páez le organizaran almuerzos desde Maracay a Caracas. Se cuenta que el prócer de la independencia le contaba a Zamora sus hazañas de aquella gloriosa época de la Guerra de Independencia.

Capítulo III

LIBERALISMO, FEDERALISMO, CONSERVADURISMO IDEOLOGÍAS ENCONTRADAS



EL GRAL: EXEQUIEL ZAMORA
en Sta Ynes.

Grabado de José Ignacio Chaquert, 1859

Las pugnas sociales en la segunda mitad del siglo XIX

La pretensión más honda que tenía Juan Crisóstomo Falcón era establecer un acuerdo con la godarria. La guerra se había puesto fea, el pueblo había avanzado hacia objetivos más profundos que rebasaban los presupuestos y conquistas pretendidas y establecidas por el liberalismo. El interés de Zamora no era la conciliación social, se trataba de defender la patria y esta estaba compuesta por todos los hombres que vivían en ella. El sector ideológico más radical del federalismo considera que Falcón y Guzmán traicionaron los principios por los cuales se había batido el General Zamora. El interés del Mariscal Falcón era lograr la alianza de clase, como se iría a establecer en 1863 con el Pacto de Coche. La rebelión se extendió por todo el país, los campesinos no estaban dispuestos a entregarle a la oligarquía las prebendas obtenidas en aquella confrontación que tanta sangre había costado. Aquel pequeño país de escasamente millón y medio de habitantes luchaba por humanizar aquel mundo hostil y de privaciones donde habían nacido. Los militares de la oligarquía estaban habituados a imponer la ley de la selva, creían con propiedad que el destino estaba escrito para ellos y sus triunfos. Como lo dirá Mariano Picón Salas, aquella Venezuela era presa de sus propias penurias, sectarismos y apasionamientos.

Zamora anduvo por los caminos patrios despertando la conciencia social. Los pueblos no podían seguir soportando la exclusión. Cuando José Tadeo Monagas lo hace militar de carrera, le llega el tiempo definitivo de evidenciar que la precariedad en que viven los campesinos es un hecho nacional. Los campesinos no poseían tierras propias dónde trabajar y levantar a sus familias, mientras que las tierras de los terró-fagos estaban abandonadas. La nefasta presencia del agio dejó como saldo el abandono del campo. La tolerancia de la

población había llegado a su fin. Las proclamas del federalismo eran tierras, hombres libres, derecho al voto, asistencia escolar y social. El levantamiento campesino en 1846 señala los anales de la Guerra Federal, allí comienza a incubarse la conciencia de clase y la radicalidad de un pueblo que había padecido hambre y desasistencia. Los maromeros políticos comenzaron a aterrarse con el giro que habían tomado los hechos. Algunas voces radicales pregonaban con la expresión “terror a la oligarquía”. Las pústulas de aquella sociedad comenzaron a aflorar. Los Valles de Aragua fueron el epicentro de todo aquello. La prensa desacreditaba a los campesinos levantados y los enlodaba considerándolos hombres de mal vivir, comenzando así la represión. Se había incubado el odio que durante centenios venía merodeándonos, el trance final era inevitable

El conservadurismo apelaba a la libertad de producción y al orden. El principio de la prosperidad estaba en el trabajo. El campesino solo debía limitarse a labrar la tierra y a producir las riquezas del país, que no eran otras que las suyas propias; los godos respetaban, al igual que los liberales, la propiedad privada, pero detestaban a “la chusma” y eran partidarios de traer población europea al trópico. En relación con Zamora, en ese esfuerzo de equilibrio intelectual que talla en su biografía Laureano Villanueva –pues trabajó con distintas fuentes, boletines, periódicos, folletos de uno y otro bando, documentos oficiales–, un asunto resulta claro: el profundo desprecio que se sintió de muchos sectores hacia el caudillo liberal. Esto continuaría en el alma y en la psiquis del conservadurismo, hasta tal punto que, como nos contaría el célebre médico barinés José León Tapia, su busto fue arrancado de la plaza de Barinas y tirado al río Santo Domingo, pasaría una década para que el azar llevara a extraer de las aguas la esfinge de aquel caudillo. El tiempo

parece no haber borrado las pasiones negativas hacia el valiente ciudadano Ezequiel Zamora.

Zamora fue pintado por la godarria como un criminal. Villanueva deja claro ante la posteridad que se trataba de un demócrata, de un hombre probo que lo arriesgó todo por sus ideales humanitarios; entre el líder y el pueblo hubo una simbiosis. Se inspiró en los principios del partido liberal, uno de ellos el respeto a la Constitución. La alternabilidad en los cargos públicos fue otra máxima del liberalismo. Las decisiones a tomar en materia social debían ser discutidas en la prensa, en las asambleas públicas; se debía acabar el miedo, las leyes estaban allí para garantizarles sus derechos a los seres humanos.

Zamora simpatizó con el Partido Liberal y con el periódico *El Venezolano* en lo relativo a las exigencias de reglamentación de una nueva República opuesta al ejercicio burocrático de los cargos, había funcionarios atornillados a sus puestos que no contribuían en nada con el advenimiento de nuevos procedimientos. Era más que evidente el efecto perverso de la Ley del 10 de abril de 1834, los productores estaban dominados por los usureros, por la burguesía comercial que conducía a la quiebra a los propietarios de la tierra con sus intereses. El Banco Británico era un vulgar instrumento del latrocinio. Solo se mantenían en prosperidad los dueños de tierras enchufados con los conservadores. Más allá y por debajo en la pirámide social estaban los aparceros, los campesinos sin tierras y sin ayuda, que para sobrevivir fungían como peones.

La oligarquía conservadora, una vez finalizado el proceso de independencia, se apoderó del poder judicial manejando las leyes a su antojo, expandiendo las fronteras de sus haciendas a costa de los ejidos. La crisis se profundizaba. Los precios del tabaco, del café y del cacao estaban sometidos a los

vaivenes del mercado, lo que hacía perentoria la eliminación de la esclavitud; buena parte de la oligarquía se negaba a esa medida que había sido proclamada por Bolívar en 1816. En 1854 las ciudades estaban llenas de una población que no tenía empleo, los que podían lograban laborar como peones por míseros salarios en las haciendas; según Rengifo, una ciudad como Caracas conocerá el incremento del delito a partir de ese momento. Los bancos paulatinamente saquean la República. Los godos habían naturalizado esa situación por conveniencia propia. Los grandes latifundios se habían quebrado, una mitad de ellos subsistía en la abundancia, la otra estaba a merced del agiotista, del prestamista, carecían de recursos para la siembra. Era el triunfo del capital usurario.

En Venezuela se había impuesto la denominada por el pueblo “ley de los patíbulos”, todo el que disentía era apaleado, condenado, supliciado. Esa oligarquía no había logrado percatarse de que ya en el mundo había aparecido el capitalismo de libre competencia. Los hombres, en definitiva, no eran iguales; las diferencias sociales daban cuenta de que la República oligárquica nunca pretendió la libertad. Los fundamentos del antidesarrollo, tontos y troyanos lo atribuían a la falta de vías de comunicación entre los estados, a la deplorable condición de los puertos, a la insuficiente fuerza de trabajo para el logro de una producción óptima. Fermín Toro pensaba que una banda de politicastro irrespetuosos se valía de esto para incitar al pueblo a acciones radicales:

Jamás se había visto en los tribunales de Venezuela la autoridad de la ley dando fuerza y apoyo a las extorsiones más monstruosas, no ya paliadas y encubiertas, sino manifiestas y públicas, haciendo ostentación de derecho y legitimidad. Cuando estos países eran gobernados por el sistema colonial jamás se atribuían a la fuente del poder los vicios de la

administración de justicia; aquella que se creía pura; los que podían elevar su voz hasta el trono lo hacían con la esperanza de encontrar un juez recto y paternal, y cuando esto no era dado y la iniquidad se consumaba, se decía con fe sincera: el Monarca lo ignora. Cuando el velo cayó y se descubrieron los vicios en la esencia misma del poder, los pueblos sacudieron su yugo y reconocieron la necesidad de poner bajo la salvaguardia de un gobierno patrio y de instituciones liberales, los derechos más sagrados del individuo y de la sociedad. ¿Qué sucede si hoy se vicia la ley y se desautorizan los tribunales con sentencias injustas y desastrosas, que cualquiera que sea en ellos el nombre que se invoque repugnarán siempre a la conciencia y a la opinión pública? Sucede lo de hoy; que se ve el descrédito de la ley y el odio a los tribunales.³¹

En 1845, una vez más, se buscó restringir la actuación político electoral coartando el derecho al voto de los analfabetas. Los conservadores comenzaban a sentir el empuje de las masas campesinas analfabetas y depauperadas afiliadas al Partido Liberal, esta política buscaba conculcar los derechos civiles de los ciudadanos. Igualmente, se quería mantener la autocracia paecista constriñendo el nombramiento de los jueces inferiores, correspondiendo nombrarlos solo al ejecutivo; todo el tejido social sería nombrado a dedo. La lucha en la Venezuela de la década del cuarenta del siglo XIX era incruenta entre liberales y conservadores, imperaba el pasquín a través del uso de periodiquillos que irresponsablemente enlodaban al contrincante ideológico. Soublette había llegado a la Presidencia de la República por la intermediación de Páez, era prudente y conservador,

31 Laureano Villanueva. (1992). *Vida del valiente general Ezequiel Zamora*, Caracas, Monte Ávila, pp. 49-50.

pertenecía más bien al partido bolivariano. El 9 de febrero de 1844, según nos informa Laureano Villanueva, cuando los conservadores querían que los tribunales condenaran a Guzmán, los hijos de Soubllette: Carlos y Evaristo, bajaron del Calvario reclamando la libertad de prensa. Cuando se le planteó al Presidente activar la represión, este llamó a las fuerzas a tocar la campanilla como hacían los jueces en las disputas.

Los conservadores reclamaban acciones represivas; como no se tomaron en los días subsiguientes, la prensa conservadora llenó de infundios a Soubllette, se le denominó El Gran Traidor. El Presidente de la República mostraría a ese respecto una gran tolerancia, no entendida por la godarria, quienes veían el mundo como una relación de amigos y enemigos. La suspicacia se impuso, se le consideró un infiltrado que alimentaba ilusiones y utopías hacia un mundo inaceptable. El servicio militar en esos años era de una rudeza inusitada, se atrapaba a los jóvenes y se les conducía amarrados a los cuarteles; los derechos ciudadanos eran violados a cada instante. Se podía proceder de esa manera solo en caso de guerra, de lo contrario, correspondía a los poderes municipales instrumentar la recluta.

El país se había salido de los límites racionales. Los hombres eran maltratados, no se les quería reconocer su condición de ciudadanos. Se imponía la autocracia y la mano dura. Los aristócratas temían que la implosión se diera, con esto se violentaba la sindéresis y el respeto hacia el otro, y se fomentó el odio en la sociedad civil. El pueblo había iniciado el camino de la rebelión. La recluta desestabilizaba los hogares cuyo sustento dependía de aquellos hombres que se habían llevado las comisiones. El poder ejecutivo actuaba de manera autoritaria, relegando a un segundo plano las decisiones de los Concejos Municipales, con lo

cual estaba introduciendo la anarquía en Venezuela. La oligarquía dispuso de la voluntad de los votos como le dio la gana, no solo inhabilitó a Antonio Leocadio por adeudar unos céntimos de los impuestos públicos, llegó hasta no considerar pertinente el voto de los cantones foráneos.

La oligarquía había tomado el control en sus manos, legisló y dictaminó sobre la honradez o la falta de escrúpulos de los jueces que no fueran de su partido, terminando por inhabilitarlos. Cuando le tocó a Zamora votar en Villa de Cura se encontró con este impedimento: se le acusó de llevar a sus partidarios a votar por sus listas y de haber hecho proselitismo en los campos captando seguidores para su causa. Aquel acto simple de ejercicio de los derechos individuales terminó a bofetadas y con presidio de Zamora, acusado de desacatar la ley. La oligarquía solo buscaba el servilismo de la voluntad individual:

La Asamblea de San Juan de los Morros, declara como revolucionaria a la lista en que aparecía el retrato de Guzmán, y facciosos a todos los que votasen por ella. En Magdaleno prenden al juez Revete y al señor Uzcanga, echan de la junta a los sufragantes, y anulan las elecciones, porque solo habían votado los liberales: todo lo cual ocasionó, como más adelante diremos, el alzamiento de Rangel, con más de trescientos de Manuare.³²

Los procedimientos de la oligarquía estaban induciendo a la guerra civil, los hombres no podían callar ante tanta violencia. La única solución de mantener al pacífico pueblo en relación con los ideales de la razón era la entrevista propuesta entre Páez y Guzmán. Muchos sectores liberales

³² *Ibid.*, p. 113.

vieron aquello con suspicacia, sin embargo, era una medida de madurez política; para muchos, el diálogo abriría una posibilidad de entendimiento; para otros, detrás de todo aquello estaba la traición. La trastada de la oligarquía fue nombrar a Páez jefe del ejército; ya no era la figura neutral que conversaría, que intercambiaría opiniones con Guzmán y sus seguidores, sino un hombre comprometido con la lanza en la mano, dispuesto a batirse por la idea del orden. La decisión se precipitó porque el pueblo era indetenible, por primera vez en muchas décadas volvió a sentir que su musculatura estaba intacta, muchas aldeas y haciendas fueron quemadas en signo de desobediencia social.

La oligarquía en los años 40 no escatimó esfuerzos para fusilar a todos aquellos que se opusieran al gobierno. Las barrabasadas más grandes se hacían invocando la Constitución; fue el caso de Calvareño, quien fue fusilado bajo la acusación de conspirador e incitador de la desobediencia social. Los godos pensaban que había que sentar precedentes, sin embargo, llenar de cadáveres los caminos no era aleccionador; muy al contrario, atizaba el odio en la población acorralada por la tiranía. Así como en la Guerra de Independencia Nacional cuando se fusiló a José Félix Ribas, se frió su cabeza en aceite y se colocó en el camino de los españoles, más que miedo, aquel acto bárbaro provocó desenfreno y radicalidad. El país en ese instante había sido asaltado por la desmesura. Los que permanecían vacilantes se radicalizaron con la República. Las acciones extremas y antidemocráticas provocan rechazo, estupefacción. A lo largo de nuestra vida histórica hemos vivido toda suerte de actos vandálicos. Las masacres de la oligarquía no han cesado en el país, se predica y ejerce la intolerancia. En los comienzos del siglo xx se persiguió y se alborotó el país con el golpe que Cipriano Castro recibe de su compadre Juan Vicente Gómez,

para esa época Vicepresidente de la República. La represión fue extrema. Los espías gringos le hicieron la vida imposible a Castro en el exterior. La política de la injerencia siempre ha estado presente. El largo período dictatorial de Gómez lo padecimos los venezolanos durante 27 largos años.

Los vestigios de la desmesura convivieron con nosotros hasta finales del siglo xx, la recluta no fue eliminada sino hasta el gobierno de Hugo Chávez, la represión y la desaparición física de los opositores fue de alto tenor durante la Cuarta República. Los gobiernos llamados democráticos levantaron sus altares (campos de concentración) en Cocollar, Cachipo, en La Pica y en sitios que no quisiéramos recordar. Se habilitó un régimen carcelario feroz, se violó por todos lados el debido proceso judicial, los civiles eran juzgados por tribunales militares. La “democracia”, al igual que la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, asesinaron y persiguieron a lo más granado de la juventud estudiantil. El populismo adeco-copeyano no eximió a sus dirigentes de la demencia del genocidio en la segunda parte del siglo xix, especialmente la figura de Zamora ha sido silenciada. Reactualizar sus logros sociales causa pánico a la vetusta derecha venezolana.

La derecha desde el siglo xix degrada como sediciosos todos aquellos escritos que evidencien su represión. En el siglo xix trataron de remontarse por encima del propietario, empresario o trabajador consciente que propusiera la equidad, la libertad, el sentido de la deliberación. Los hombres eran tratados con desprecio. Los campesinos trabajadores de la tierra, generadores de la riqueza del agro, eran vilipendiados, apartados, maltratados. No existían programas públicos para desarrollar lo mejor de sus ciudadanos. Esa derecha soñó siempre con europeizar nuestras tierras, blanquear el país. Como lo ha dicho Laureano Villanueva, en el siglo

xix el problema de la derecha es querer imponer gobiernos despóticos sin gozar del reconocimiento universal de los pueblos. La prensa sería entonces la única garantía para evitar semejante aberración.

La rebelión zamorana no fue otra cosa que desobediencia civil a la usurpación de sus derechos ciudadanos. El pueblo había tomado conciencia de la dialéctica que se puede constituir y construir entre el pueblo y sus líderes. Zamora emergió de ese pueblo llano, padeció las vicisitudes de todos, decidió rebelarse y lo hizo, en primera instancia, acompañando al Partido Liberal, así como a Antonio Leocadio Guzmán –que proponían la alternancia del gobierno–. Cuando comprendió que no había otro modo de redención social empuñó sus armas, echó pie y apoyó a sus líderes sociales, todos satanizados por la jerga tormentosa de la derecha ultramontana. Los zamoranos se apoyaron en los curas de pueblo, en el alma piadosa de las devotas; nada del otro mundo se estaba planteando, sino la convivencia y la paz. Zamora disentía de la autoridad sin crítica, no consideraba digno mantener a los pueblos en la miseria y en la ignorancia.

El mismo Zamora fue vilipendiado por la godarria y su prensa. Se le consideró un fronterizo cultural, incapaz de dirigir. La historia terminó siendo otra. Zamora tuvo una formación autodidacta, su casa fue su primera escuela revolucionaria. José Alejandro Zamora y Paula Correa, sus padres, lo entregaron todo para que las instituciones de la República se consolidaran. La filiación de Ezequiel con su madre era estrecha; cuando tomó la vía de las armas y la rebelión, vendió sus propiedades a un canario que había sido su empleado y le indicó que el monto que le adeudaba se lo hiciera llegar a su madre para evitar que sufriera calamidades. Los habitantes de Villa de Cura se referían a él como a un hombre de buen proceder, de honor, buen

vecino y trabajador. Es ligera la apreciación que los godos tenían de Ezequiel, en muchas oportunidades protegió a Villa de Cura de los asaltantes de caminos que azotaban a sus vecinos, específicamente del bandolero Juan Silva. Las bandas armadas asaltaban los poblados, eran resentidos sociales. Zamora en su alzamiento los convoca para que busquen un camino mejor, más honorable, que los ayude a salir de aquel mundo que los oprimía.

La lucha contra la oligarquía la encarna el pueblo venezolano. La rebelión se da porque los campesinos venezolanos no tenían derecho a usufructuar las tierras y ponerlas a su disposición para el trabajo. Los abusos contra los ciudadanos eran permanentes; los godos no analizaban la estructura del Estado, sino que su visión estaba limitada a compartimientos estancos, confiados con mantener el orden con la acción despótica, sin plantearse lo inesperado: la rebelión de un pueblo atosigado y asfixiado, que se convertiría en una insurrección popular. Las posibilidades de la negociación y de los acuerdos se habían cerrado, no solo por el asalto de las instituciones democráticas inhabilitando a los candidatos del partido liberal, sino por la expulsión de los rebeldes de sus tierras. Los enfrentamientos del coronel Francisco José Rangel contra los defensores del gobierno oligárquico fueron duros, tomó pueblos y caminos, intentó dominar Villa de Cura, pero fue repelido por el general Judas Tadeo Piñango.

Los alzamientos en esa época fueron múltiples, El Calvareño se lanzó al ruedo en Charallave y fue fusilado, en oriente se suscitaron otras revueltas. En todo aquello subyacía guardado el odio ancestral entre las clases y los grupos sociales. En 1846 Zamora aglutina en torno suyo diversas guerrillas que se han levantado contra la godarria, el 19 de septiembre de 1846, 36.º de la independencia y 6.º de la oposición, le envían una carta a otros grupos rebeldes:

Señores Segundo Martínez y Evangelista Cabeza.

Muy señores míos y compañeros.

Ahora que serán las nueve de la noche les participo lo siguiente: Como a la oración llegamos a este sitio y tuvimos la felicidad de saber que ustedes pernoctaban en el sitio del Ojo de Agua, y como sabemos que ustedes están defendiendo la misma causa que nosotros, tienen un denodado patriotismo y deseos de sacar la Patria de la salvaje y brutal dominación en que la tienen los godos oligarcas, sostenidos por el gobierno faccioso y ladrón de Soublette. Cábeme la honra de participarles que marchamos con el ejército Liberal guzmancista como a las ocho de la mañana a tomar el pueblo liberal de San Francisco de Tiznados. Allí diremos con orgullo y bizarría “Viva la Libertad” “Viva el pueblo soberano”. “Viva Guzmán”.

Desgraciado el godo que se oponga; porque allí mismo pagará con su vida la infamia; y allí mismo se le cortará la cabeza para que sirva de escarmiento a los traidores y tiranos. Amigos ustedes y nosotros unidos seremos una muralla inexpugnable. Convidolos, pues, a que se vengan a incorporar a esta fila de hombres todos resueltos a ser libres o morir, pudiendo asegurarles que el triunfo de los liberales por medio de las armas será infalible, y la Patria agradecida y libre de sus tiranos nos bendecirá, y la posteridad nos cubrirá de gloria. Somos de ustedes: El jefe del pueblo soberano Ezequiel Zamora. Coronel Francisco J. Rangel. El secretario del despacho, José B. Masabé.³³

33 Adalberto Pérez Ramírez. (2012). *Conspiración del silencio. ¿Quién mató a Zamora?*, Barquisimeto, Editorial Horizonte C. A., pp. 34-35.

Los imaginarios de la Guerra Federal

De golpe y porrazo, la oligarquía venezolana creó la matriz de opinión de que los federales eran unos asesinos, sus ejércitos estarían conformados por hombres despiadados que solo apetecían hacer el mal. El catolicismo decía que los ejércitos de la revolución con Tiburcio a la cabeza trabajaban con los espíritus infernales. Esa leyenda ha corrido desde el siglo XIX hasta nuestros días y no busca otra cosa que sembrar el terror y el miedo, haciendo ver al crítico como un espíritu rupestre. Tanto Martín Espinoza como Tiburcio son producto del hombre y sus circunstancias. La familia de Martín fue asesinada, violada su mujer y su hijo se perdió entre las chamizas que incendiaron la pradera. Solo había odio en el alma de este indígena, el bien y el mal no podían ser referencias para su vida, su vocación era la venganza; a su juicio, la única manera de resarcir las vidas de sus seres amados era matando a los enemigos. Tiburcio poseía los dones del mago y del brujo, sanaba enfermedades porque conocía el poder de las plantas y tenía comunicación con el más allá; como brujo era capaz de entender las voces ocultas, sus mensajes, desde el crepitar de los árboles y predecir el futuro.

El pueblo había construido sus panteones. Tiburcio era el *alter ego* de Martín, controlaba sus desmanes, a la misma vez impulsaba a las tropas hacia nuevas hazañas. Sabía vaticinar el destino. Aquellos soldados montaraces lo adoraban, lo consultaban. Los hombres esperaban las refriegas, no había otra eternidad que aquella. Sahumaba a los combatientes con mirra, incienso y malagueta para librarlos del mal. En las noches se escuchaban sus ruegos y la invocación de ánimas extrañas que le informaban lo que iba a ocurrir. Liquidar a Martín Espinoza aquel noviembre de 1859 no fue una decisión fácil; sin duda, generó entre la tropa odios hacia Zamora, se quedaban sin aquel hombre que le decía a

sus víctimas *engrille* y acto seguido les arrancaba la cabeza. Domingo Alberto Rangel dirá que aquella guerra se convirtió en una carnicería. El único lenguaje posible para el pueblo era el de la pendencia.

Martín atiza los resentimientos, fue un soldado que tenía liderazgo entre los desarrapados. Sus hombres peleaban semidesnudos, el alcohol removía sus tinieblas, había entendido las palabras de Tiburcio en la iglesia de Barinas: todo hombre blanco que sepa leer y escribir era enemigo del pueblo. Entre él y Zamora mediaba una distancia sideral. Martín fue un soldado intuitivo que luchaba para que su gente fuera respetada, a la vez le impulsaba un odio infinito hacia la oligarquía. Cuando este hombre le pidió a Ezequiel las cabezas de Petit y del general de Mier, había comenzado para él el principio del fin. Zamora comprendió que nunca cambiaría, su obsesión lo llevaba a confundir a todo hombre refinado con un aristócrata. Él peleaba como una manera de resarcir la vida a su familia mancillada, catástrofe que le debía al ejército centralista. Todo lo había perdido. Cuando decía *engrille* la tierra temblaba y las cabezas de sus enemigos estaban prestas a caer de un tajo. El machete cola de gallo era su arma preferida para ajusticiar. Aquella era, sin duda, una guerra social, sus motivos tocaban a todo el país. Zamora lo sabía, debía triunfar a toda costa, sabía del doble juego de Juan Crisóstomo Falcón. Era un hombre sin temple, oportunista, sin ningún mérito que lo hiciera brillar con luz propia.

En aquel país ocurrían las cosas más extrañas y espe-luznantes. José Dionisio Cisneros, indígena y seguidor del rey, era jefe de las milicias de saqueadores en los Valles del Tuy, su accionar fue incontrolable hasta que Páez detuvo a su hijo menor y se lo crio, le dio protección en su hacienda La Trinidad en Maracay y lo educó. Aquello atenuó un

tiempo el accionar de este hombre, hasta que al final se logra el acuerdo entre aquellos dos guerreros. Páez lo acepta en el ejército de Venezuela y le reconoce el grado de coronel que se había ganado batallando al lado de las fuerzas que combatían en defensa de la causa española. Aquello no sería suficiente, en su alma primitiva seguía bullendo el guerrero indómito, desobediente, que comenzaría a desconocer las órdenes del Centauro, hasta que cansado de aquella conducta el General –que lo había hecho perder algunas refriegas ante Ezequiel Zamora– da la orden de abrirle un consejo de guerra.

Cisneros fue degradado y fusilado. Era un buen conocedor de la geografía venezolana. Páez no obtuvo de él la eficacia y precisión para derrotar a Zamora en 1846. El mismo Cisneros decía, refiriéndose a Zamora: “*El Catire* tiene pacto con el más allá, se transmutaba en animales. Las huellas de sus montoneras se borraban”. El mito formaba parte de la vida de estos hombres y de la memoria de los pueblos. En la segunda parte del siglo XIX el pueblo había comenzado de nuevo a soñar con la posibilidad de llevar una vida más decorosa. Los códigos de la guerra no estaban escritos, pero regían una manera de ser. Se dice que en 1846, cuando el indio Rangel fue perseguido por los hombres de Páez y un soldado tiroteó con un trabuco de cerquita al Centauro, no habiendo acertado a impactarlo, Páez impide que se le dé muerte diciendo que los códigos de la guerra eran esos, y lo dejó ir. Las batallas eran así, tirarle al enemigo y salir a rematarlo.

Cisneros y Martín Espinoza nunca estuvieron dispuestos a obedecer a voz alguna, solo se imponía en ellos la corazonada del momento. La paz y la guerra parecían no tener final. Las luchas de Martín eran primarias, los hombres de sus tropas tenían el nombre de animales salvajes: la

Serpiente, el Tigre, el León, la Hiena, el Báquiro, el Caimán, Perro, Gavilán, Toro, Lobo, Alacrán, Pantera, Zamuro.

El nefasto enemigo de la paz fue Julián Castro, llegó al poder por un golpe de Estado y sin el más mínimo escrúpulo comenzó a perseguir a sus enemigos de causa, los liberales; se le acusa de la muerte inmerecida de José Gregorio Monagas en el Castillo de San Carlos en Zulia. El anciano general había sido conducido por sus manos hacia aquel desfiladero; cuando dio la orden de prenderlo y mandarlo como prisionero a aquella terrible mazmorra, se le olvidó que gracias a aquel había terminado de concretarse la abolición de la esclavitud. Castro había sido tomado por lo más ruin que hay en una personalidad ambiciosa como era la suya, estaba dispuesto a todo con tal de preponderar. No estaba en su ideario la idea de la defensa del pueblo; este hombre siempre supo aliarse a lo más inhumano de los instintos depredadores para concretar sus ambiciones, así traicionó a sus compañeros de partido y se creyó realizado como político al incorporar a su gobierno a los conservadores.

El ideario zamorano estaba asentado en un profundo humanismo. Lo primero que hizo cuando decretó el estado de Barinas fue abolir la pena de muerte, con esto concretaba una profunda aspiración de los liberales que veían con preocupación cómo la Constitución de 1830 había instituido la máxima pena capital. El Estado podía condenar a muerte a los desobedientes del orden público. Este acto antidemocrático lo habían padecido Zamora y Antonio Leocadio Guzmán en 1847, cuando los tribunales hicieron recaer sobre ellos la pena máxima. El país estaba decidido a cambiar. A partir de aquella decisión podían los comunicadores sociales expresar sus opiniones sin temor al verdugo. Se empezaban a constituir las bases de un país democrático donde los individuos poseían libertad de tránsito, de asociación, los

hombres podían reunirse en las plazas públicas sin temor a ser supliciados por el despotismo.

Aquella declaración de Barinas precisa que el domicilio es inviolable, la fuerza pública no estaba facultada para allanar la vida privada de los ciudadanos. Zamora hizo hincapié en la tolerancia. Los hombres debían residir y vivir en seguridad, podían transitar libremente por los caminos de la Patria. Se decreta la libertad de culto y el respeto a la correspondencia privada de cada quien. La propiedad era un bien fundamental y se debía proteger. A Zamora le interesaba la suerte de los indefensos, de aquellos que llevaban centurias oprimidos por las botas de los oligarcas. Después de la Guerra Federal, Venezuela se denomina Estados Unidos de Venezuela; antes nos agrupábamos como provincias.

Los hombres podían fijar su residencia en el lugar que consideraran más conveniente, esto fijaba una nueva actitud para el sujeto libre, nos empezábamos a independizar de los atavismos seculares. El poder no podía depender de ningún ciudadano. El Presidente de la República podía ser elegido por elecciones directas, asimismo los cargos de legisladores y del poder judicial. Se crea la milicia nacional para proteger al pueblo y liberarlo de los abusos de la godarría. Se instituyó el derecho a la asistencia pública para el pueblo. Todos los hombres eran iguales ante la ley. Todos estos golpes de timón y de cambio de rumbo del país asustaban a los autoritarios, a aquellos que maniataban la justicia y la ejercían a su manera. Hay que decirlo, así como lo hace el general Félix Bigotte en su *El libro de oro. A la memoria del general Ezequiel Zamora*, donde critica a la Venezuela silenciada por Juan Crisóstomo Falcón y Antonio Guzmán Blanco. Los venezolanos vivían con el miedo en el cuerpo, temerosos de ser encarcelados o muertos en cualquier esquina de aquel país hundido en la farsa turbulenta de los patriotismos.

El error del general Bigotte fue no haber sido capaz de probar lo que decía en su célebre texto. Él denuncia que el asesinato de Zamora se hizo por encargo. Le achaca a Guzmán la responsabilidad material de aquel hecho, pero termina denigrando de su texto y comiéndose algunas páginas de este en los tribunales. Quizás el miedo se aposentó sobre su espalda, era verdad que era difícil mostrar el hecho probatorio de aquel asesinato. Los acontecimientos estaban muy lejos. Zamora cae abatido por aquella extraña bala que ha dado tanto de que hablar, pero cuando Bigotte presenta en público su versión, está en la silla presidencial Juan Crisóstomo Falcón. Bigotte termina renegando de su texto y cae de rodillas ante el sátrapa que lo humilla obligándolo a abjurar de su verdad. No olvidemos que la hacienda pública y los tribunales estaban bajo el control de Antonio Guzmán Blanco, quien era el vicepresidente.

Bigotte dice que en Venezuela ha imperado la demagogia y sus depredadores no han hecho otra cosa que mentirle al pueblo. Por todos lados sus conductores violan la Constitución Nacional. Nos dirá:

¿Creéis vosotros que yo detesto a Falcón solamente porque se coja todo lo que producen las aduanas, y los peajes de los caminos; porque vaya él mismo en persona de aduana en aduana, recoja todos los pagarés que estas tengan y los haga descontar con un 37% menos y se lleve su producto, ni porque meta las manos en las cajas de la juntas de fomento?³⁴

Bigotte escribe un panfleto apasionado y de denuncia de los agravios que sufre la moral pública de las manos de una

34 Félix E. Bigotte. (1868). *El libro de oro. A la memoria del general Ezequiel Zamora*, Caracas, Imprenta de La Juventud, p. xvi.

administración corrompida por sus conductores y por los secuaces de estos. La denuncia se hace incluso en relación con la conducta sexual de Juan Crisóstomo Falcón, quien a su decir se introduce en las casas de las mujeres casadas luego de privar de libertad a sus esposos.

El panfletario libro de Bigotte, especie de carta a Guzmán Blanco y al pueblo venezolano, pone en la palestra las llagas que padece Venezuela en ese momento. La libertad de prensa es atacada de manera violenta, los tipógrafos y dueños de periódicos son amenazados con ser enviados a la cárcel de La Guaira, si apareciesen páginas blasfemando la figura de Guzmán Blanco. El bello ideal del federalismo como proyecto político empieza a corromperse, la autocracia ha empañado el espíritu del gobierno. Los tres gobiernos de Guzmán Blanco terminan siendo fuentes de su propia egolatría. La arquitectura caraqueña ha sido asaltada por las estatuas y monumentos de aquel autócrata, frente a la vieja Universidad caraqueña se había erigido “El Saludante”, monumento ecuestre de Guzmán, en El Calvario “El Manganzón”. Días opiáceos en que cualquier ducho psiquiatra podía darse banquete en aquella galopante megalomanía que comenzaba a colonizar el psiquismo de la República.

El bello ideal de justicia de Zamora había sido pisoteado por estos mercachifles de la política. La idea de la guerra civil no había cesado. El psiquismo e imaginario palaciego de Toñito Guzmán efectuó alianzas con el capital para imponer su ideario. Venezuela tomó un préstamo al imperio británico donde buena parte de sus proventos fueron a engrosar sus bolsillos. Guzmán terminó postergando el pago de la deuda pública y de la deuda externa. Hizo recaer en hombres como Alejandro Viso –que formaba parte de su gabinete y era su aliado comercial en las triquiñuelas que llevaba adelante– el peso de la ley. Lo condujo a la cárcel y

lo expuso a la violencia física de un delincuente que envió a su celda para amansarlo. Este hombre se negaba a pagarle una parte importante de las ganancias que generaban los negocios que llevaban adelante en común. Producto de la felpa que había comenzado a propinarle este hombre sin escrúpulos, Viso comenzó a gritar; según Félix. E. Bigotte, esto había sido acordado para ablandarlo, el plan siniestro de Antonio Guzmán Blanco había funcionado. Fue al chaleco que tenía guindado en un clavo sobre la pared y extendió un cheque a nombre del Presidente de la República.

No fue posible comprobar las historias de Bigotte, fue llevado a los tribunales; se cuenta que para evitar la severidad de la ley se comió dos hojas de su libro. Sobre los días de aquella Venezuela se expresan muchas tendencias que van a ser tratadas desde distintos ángulos ideológicos. Los positivistas achacarán la guerra al espíritu primitivo de ciertos líderes políticos regionales, debido a su desnivel cultural lo quieren alcanzar todo con el traquetear de los máuseres, en sus cuerpos mandaban las hormonas. Se insufla el heroísmo y la perfección del carácter. La historia se convierte en leyenda y en búsqueda de la gloria. Este fue el caso de Julián Castro, siempre estuvo inscrito en las insurrecciones que asomaban en el país. Cuando José María Vargas fue depuesto del gobierno, él fue uno de los militares golpistas. Pedro Carujo lo había destacado en ese momento como guardián de la habitación de José María Vargas; asumió aquel instante con altanería, infamando y maltratando de palabra al ilustre médico, a quien le tenía ojeriza, lo consideraba como un reaccionario que nunca había creído en el proyecto independentista. La historia no ha mentido. En los más iletrados no existe la mediación de la reconciliación que ofrece la cultura de los armisticios, para ellos la lucha debe ser a muerte y llegar hasta lo inopinado.

Pedro Carujo estuvo incurso como sedicioso en diversas oportunidades. Fue uno de sus cabecillas del atentado que sufrió Bolívar en Bogotá el 25 de septiembre de 1828, se salvó de la ejecución por un indulto. Colombia la Grande estaba asaltada por las pasiones, la violencia y el rencor. La vida de este hombre terminaría a consecuencia de las heridas que sufrió en la batalla de Paso Real en 1835. La caída del presidente José Tadeo Monagas en 1858 había demostrado que el alma venezolana era un polvorín, los juramentos y la gratitud eran asuntos inestables. El propio Antonio Leocadio Guzmán, quien había sido liberado del patíbulo por Monagas, cuando cayó su gobierno, desfiló en un caballo peruano con un sable terciado al cuello dando mueras al tirano y gritando: “¡Abajo los Monagas! Abajo los ladrones”.³⁵

La búsqueda de la paz y el olvido

El siglo XIX venezolano estuvo lleno de pasiones e irreconciliación. Los 11 años de la Guerra de Independencia vieron correr mucha sangre. Cuando Bolívar describe la economía de nuestra Capitanía General nos muestra que el todo social había sufrido severas fisuras. Las familias habían sido profundamente afectadas por las nuevas condiciones. Los jefes de casa y sus retoños se habían ido a la guerra. Los hatos, haciendas, la cría y los cultivos sufrieron el éxodo de los peones que se enrolaron en la empresa libertaria. Venezuela combatió no solo para hacer reconocer los negocios de la oligarquía, sino para independizarse administrativa y económicamente de España; lo hizo mediante el gusanillo que los emigrantes

35 Lisandro Alvarado. (1989). Historia de la Revolución Federal en Venezuela. En: *Lisandro Alvarado. Obras completas de Lisandro Alvarado* (Tomo II), Caracas, La Casa Bello / Talleres Cromotip, p. 559.

radicales y cultos comenzaban a introducir en los jóvenes republicanos. Bolívar fue excepcional, sus ideas se nutrieron de la Ilustración; se discuten en Venezuela los derechos del hombre y del ciudadano, la idea del universalismo filosófico empieza a tomar fuerza, los preceptos universales de las revoluciones burguesas comienzan a afianzarse en esta comarca precapitalista.

La dialéctica de la negatividad no es una simple pasión, sino que constituyen el día a día de aquella América sublevada donde comenzaban a fortalecerse las ideas del liberalismo. Bolívar es volteriano, no se entrega al fortalecimiento de una religión dogmática, sino que lo hace imbuido por la convicción de la autonomía de la conciencia. Los filósofos de las luces llamaron a esto dialéctica de la negatividad. Después de la independencia venezolana seguían bullendo dos percepciones del mundo: estaban los que creían en el orden y los que pensaban que todo aquello debía ser convulsionado y que era susceptible generar un nuevo mundo de bienestar social. Tal vez, la mejor manera de conseguir la paz era comenzar la guerra, pero no terminó la guerra de apaciguar los espíritus, muy al contrario, se enquistó en el metabolismo de la sociedad venezolana.

Las discusiones que se realizaron en la Asamblea Nacional de Valencia, una vez depuesto Monagas, firmado el protocolo y acuerdo de extrañarlo del país, convulsan las aguas y se vuelven contra Julián Castro. El parlamento es tomado por el calor y la demencia de las piezas oratorias, el perdón estaba muy lejos. Probablemente no era solo un asunto del predominio de la propiedad latifundista, sino de la historia y de las mentalidades. Aquello comenzaba a decir que la Guerra Federal estaba a la vuelta de la esquina. Las facciones no terminaban de ponerse de acuerdo, muchos coincidían en el desprecio hacia el nepotismo y la corrupción

de la familia Monagas, pero diferían con relación a la pena que se debía imponer. Los discursos hacen fuerza a partir de los códigos, de las leyes; otros, por el contrario, de la autonomía y voluntad que tiene el líder, en este caso Julián Castro, de sosegar los ánimos de los venezolanos. Aquello era una especie de senado romano, se argüía la defensa de la razón, igualmente se enarbolaba el derecho y la soberanía de las decisiones de nuestra nación para castigar la corrupción, pero, a su vez, se consideraba que la fórmula acordada con la legación francesa de desterrar a Monagas era la más inocua y nos evitaría la guerra civil. Las dos visiones militares que se disputan la sensatez en ese momento son el liberalismo y el conservadurismo. En la Asamblea unos de los oradores dijo:

“... Tirano, fiera, monstruo, todo lo merece el nombre de Monagas; pero esa fiera tuvo altares (triste es decirlo) en esta tierra: allí se quemó incienso, y ese incienso lo llevaron como voto reverente, como ofrenda propiciatoria, millares de venezolanos. (Aplausos)”.³⁶

La embajada francesa y la británica le manifestaron al gobierno de Julián Castro que de no ponerle término al conflicto con los exiliados políticos, sus cuerpos diplomáticos activarían a sus respectivos navíos, “... declararían terminadas sus relaciones con Venezuela. Así lo hicieron pasando el 12 de agosto un ultimátum y quedando los puertos venezolanos en estado de bloqueo”.³⁷ Esto duró poco tiempo, finalmente el gobierno de Julián Castro hizo acuerdos con las legaciones. Se le otorgó casa por cárcel a José Tadeo Monagas y su secretario de gobierno Jacinto Gutiérrez fue retornado de la Embajada. Luego se posibilitaron sus salidas del país. Ambos

36 *Ibid.*, p. 594.

37 *Ibid.*, p. 599.

presos fueron conducidos en una goleta desde La Guaira a Martinica, mientras los más exaltados se quedaron rumiando su odio y pidiendo sus muertes con vehemencia. Luego de seis años de exilio, ya de ochenta y tres años, retorna Monagas y encabeza la Revolución Azul en la cual triunfa, acompañado por un grupo de hombres descontentos con el gobierno de Juan Crisóstomo Falcón; promulga la Constitución Federal de 1864, pero fallece antes de culminar el proceso electoral.

EPÍLOGO

El federalismo fue un bello ideal de redención. El país había sido saqueado por la godarría. Por todos lados se imponía la desigualdad social y la injusticia. Zamora sabía claramente que la vida y la muerte en un orden políticosocial como aquel agudizaban las cicatrices y las injusticias jurídicas. Ante el desconcierto y la falta de probidad que empezó a reinar en la República, las montoneras eran un hecho común, se mataba sin causa alguna, se expropiaba sin juicio previo. Se insurgió porque no había otra manera de sobrevivir. La situación de los pueblos indígenas en occidente desdecía del supremo humanismo que los estados modernos estaban obligados a proponer. La administración centralista del país, todo lo arreglaba por la vía bélica y militar. La ruptura del vínculo colonial no indicó la constitución de un país levantado sobre sólidos principios constitucionales. Por el contrario, imperó el caudillismo y se impuso la corrupción tribunalicia.

Páez pasó de ser el general que combatió en la independencia en defensa de la causa popular, a convertirse en el brazo armado de la oligarquía. La institución militar se había corrompido. Los haberes que recibió el Ejército Libertador de su supremo jefe, Simón Bolívar, le fueron vulnerados. Los títulos de tierras expedidos por la República a los soldados fueron comprados por Páez a precios de gallina flaca. Páez fue un hombre de inmenso valor en la conducción de sus tropas, a esto aunaba su profunda osadía y el gran sentido del poder. Fue el hombre fuerte en Venezuela, su proyecto político terminó siendo diferente al de Bolívar, se alió a la oligarquía valenciana. En su gobierno se disuelve la Gran Colombia. La presencia de Bolívar en Venezuela en 1827 no logró calmar el hervidero de pasiones que condujeron

fatalmente a aquella disolución. Sectores muy importantes del país se opusieron a que Venezuela no fuese tomada como capital de la Gran Colombia. En 1828, Antonio Leocadio Guzmán viaja a Perú y allí se encuentra con el Libertador, quien lo hace su secretario privado y somete a consideración su proyecto constitucional en torno a Bolivia. Sus loas y visto bueno sobre el documento sería un factor para que Páez comenzara a desconfiar de la palabra y la lealtad de este hombre, que cargaba sobre sus espaldas el ser hijo de Juan de Mata Guzmán.

Guzmán, anterior a todo esto, había sido reducido a prisión por un tiempo brevísimo por haberse opuesto a los métodos compulsivos usados por el gobierno del Centauro para llevar a cabo la recluta. Sin embargo, con su gran inteligencia y sagacidad política logró que Páez lo reclutara como funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores y estos roces quedarían en el olvido. Guzmán contaba para ese momento con el prestigio imaginario que le daba haberse casado con Carlota Blanco, esto le otorgaba cierta inmunidad en aquella sociedad de castas con visiones medievales de la historia. En el ministerio tenía por encima a grandes conspiradores como Miguel Peña, quien no lo atacaba directamente, pero que a pesar de los grandes esfuerzos de Antonio Leocadio, no había logrado ser un personaje de su extrema confianza. Los días de Peña estaban contados, pronto sufriría la extremaunción y se quedaría en su proverbial Valencia. Este hombre sería sustituido por Ángel Quintero, quien dejaría a Guzmán fuera de la nómina del ministerio. Guzmán era un político astuto, pronto a los cambios y a los enrosques. Posiblemente –luego de la jugada que sufrió de manos de la godarria al ser inhabilitado como candidato presidencial por ser deudor del fisco nacional– su imagen no siguió anidando en el corazón del pueblo venezolano, por su inconstancia y su propensión a las constantes volteretas.

Guzmán, fascinado por el Libertador, logra ganar su amistad y su afecto. De retorno a Caracas coquetea con Páez. Guzmán era un civilista que en 1846 aspiró a ser elegido presidente de la República, para lo cual contó con la buena venia del partido liberal. Esta idea no pudo llevarse a efecto por la falta de radicalidad política de Antonio Leocadio. Venezuela para la época era un polvorín, la voluntad caudillista y armada constituía el espíritu de cuerpo del país. Los límites entre liberales y conservadores dependieron de las ambiciones y de las pasiones de los miembros de las facciones, como fue el caso de Juan Vicente González, quien en un principio pertenecía al partido liberal. En cuanto a Zamora, fue un hombre de una profunda dignidad política que se dio cuenta mediante *El Venezolano* —ese gran instrumento comunicacional dirigido por Antonio Leocadio— de que era necesario incorporar a las voces del pueblo. Sin ese paso todo sería infructuoso. González era un periodista de una pluma iracunda, presto a zaherir y a glorificar al mismo tiempo.

En lo político no hubo lugar seguro para esta alma, su prosa estaba presta al anatema y a la lisonja. Cuando Juan Crisóstomo Falcón se hizo presidente de la República lo enalteció; anteriormente, lo consideraba como un semi-bárbaro. González terminó siendo en la vida política de la nación un alma en pena. El mismo hijo de Andrés Bello en su breve pasaje por Caracas lo exalta por su trabajo, pero a la vez lo percibe muy radiado por el localismo. Se cuenta que cuando la toma del Congreso Nacional, Sotillo sacó su espada pidiendo que no ejecutaran a Juan Vicente González porque sus hijos se quedarían sin un profesor de su rango. Unos años después sus dicitos recayeron sobre su salvador. Caracas era una ciudad de alma provinciana donde no había tiempo para olvidar, los hechos siempre

estaban cerca por la monotonía de aquellas horas y por las convulsiones de los odios.

En 1846 Venezuela estaba quebrada económicamente. Los gobiernos de Páez y el de Carlos Soublette no le habían salido al paso a la usura que imperaba en el país. El Banco Británico prestaba dinero a tiempo determinado, con unos intereses insostenibles para los agricultores. Pagar con prontitud dependía de las oscilaciones en los precios del cacao y del café, que en la década de los cuarenta del siglo XIX no eran estables. El país estaba sometido a la usura. El capital comercial hacía de las suyas. El Congreso Nacional de la República dejaba correr estas condiciones que no beneficiaban en nada al país. Unos sectores importantes del agro, pertenecientes al partido liberal, estaban arruinados. Zamora entiende que la única vía para escapar de las tenazas de los godos era la insurrección popular. En la década de los cuarenta sus primeros alzamientos con el indio Rangel se dieron más a tenor del ejercicio de su voluntad rebelde que por un programa partidista. Aún en los siglos XIX y XX la figura del general Ezequiel Zamora seguiría siendo odiada en los llanos, había comenzado su campaña de 1859 con la creación del Estado Federal de Coro, luego vendrían los de Barinas y Yaracuy.

Cuando no se dio la entrevista entre Páez y Antonio Leocadio en Aragua, Echeandía, miembro del partido liberal, se marchó y levantó el cantón de Barlovento, mientras Zamora se internó en las montañas aragüeñas y constituyó una fuerza con Rangel para tratar de capitalizar el descontento. La zamarrería de Páez no hizo posible la entrevista. El alzamiento del pueblo puso en evidencia que era imposible un acuerdo cupular, el pueblo no estaba dispuesto a tolerarlo. Guzmán, por su parte, en sus discursos coyunturales mandó a desmovilizar a la multitud, cosa que

le costó muy caro; detrás de él andaba un sabueso como Juan Vicente González, que comandando la policía de Caracas lo apresó y puso su vida en vilo. Antonio Leocadio fue condenado a muerte, logrando el indulto por la intervención del presidente de la República José Tadeo Monagas. Los ánimos estaban exaltados en el país, ya no habría retorno, a la vuelta de la esquina aguardaba la guerra.

El liberalismo apostó siempre a la libertad de prensa, a la libre expresión y a los poderes creadores de la razón. Los hombres tenían derecho a deliberar sin que con esto corriera peligro la vida humana. El principio del mal estuvo opuesto a esto. La oligarquía consideraba que las masas incultas del campo venezolano no tenían derecho a esas prebendas, todavía en la década de los cuarenta del siglo XIX seguía imperando el esclavismo; liberarlos era afectar los intereses económicos de los terratenientes. Los derechos humanos de los pueblos habían sido conculcados por la oligarquía, no tenían derecho al voto ni a elegir sus representantes ante los órganos deliberantes. Se había impuesto un gobierno de castas. El alzamiento contra la oligarquía en Guanarito fue masivo, los pueblos indígenas no soportaban el yugo impuesto por la república oligárquica. Las tierras yacían ociosas. Los campesinos carecían de la asistencia técnica para llevar adelante sus cultivos y la cría. Los bancos solo les prestaban a los dueños de tierra para que adquirieran fertilizantes e instrumentos para el trabajo.

Las leyes en Venezuela dependían de los humores de quienes las ejecutaban. Juan Vicente González haría recaer su ira contra Antonio Leocadio violando el domicilio donde yacía oculto en la esquina de Las Monjas. El sistema liberal se había inclinado por la libertad de cultos, la voluntad de los hombres debía ser libre en su escogencia. Los espíritus debían gozar de libertad suficiente para que cada quien

podiera sostener sus opiniones sobre la materia que fuese, sin que nadie tuviera el derecho de enjuiciarlos por agravio. Lo más importante para defender era la sensatez y las leyes, de igual forma una actitud beligerante ante la Constitución no podía ser óbice para enjuiciar a los ciudadanos, se debía imponer la tolerancia.

El gobierno debía encaminarse a destronar el personalismo y el caciquismo; lo más importante eran las leyes, no los apellidos ni las jerarquías. La elección de los funcionarios, comenzando por el presidente, debía ser directa y secreta. El país había de tener la capacidad de formar una milicia nacional armada que nos protegiera de cualquier voluntad injerencista. El liberalismo sostenía que era necesario eliminar la prisión por deudas. Las leyes de la oligarquía mantenían en vilo la vida de los venezolanos. Venezuela sabía las secuelas que dejaban las guerras y los alzamientos militares, habíamos vivido una guerra de 11 años que diezmó al país.

Las leyes de la oligarquía habían condenado al pueblo venezolano a la indigencia. El derecho a la salud era nulo, los servicios estaban en el suelo, el derecho al estudio era inexistente. La población venezolana estaba estacionaria, no crecía; las principales causas eran las enfermedades tropicales y las guerras civiles. A partir de la segunda mitad del siglo XIX el país se llena de montoneras; dentro de la dirigencia militar del propio ejército de Julián Castro campean las dudas. Hombres insignes como José Laurencio Silva no terminan por atacar a Zamora, se habla incluso de conciliábulos para acordar las acciones. Silva estaba unido en una estrecha amistad con Páez y Soublette, por eso, cuando llega a Caracas a dar cuenta de su campaña de occidente y a renunciar a la dirección de las tropas, aduciendo motivos de enfermedad, no es enjuiciado. A esta conclusión llega Lisandro Alvarado; la amistad con estos héroes data del

proceso de independencia del país. Venezuela estaba hundida en una guerra social. Posiblemente, José Laurencio sabía por el reclamo de sus voces interiores que la godarria no tenía razón; a este general no le quedaba otra alternativa que dimitir, pelear contra Zamora era hacerlo contra los ideales de su juventud; ningún sentido tenía ensangrentar las aguas de los ríos de la llanura.

Venezuela con Julián Castro se había hundido en un estado de indefinición. Hombres coléricos como Juan Vicente González apuraban su tintero para proferir insultos a todos aquellos que insurgían. Los llamaba pata en el suelo, zagaletones, fieras, bestias. González era un hombre de una frustrada vocación sacerdotal, descuidado en su indumentaria, llevaba con desidia su traje derruido. No existía en la ciudad a quien no hubiese insultado. En las calles caraqueñas, entre murmuraciones era objeto de burlas; en su traje mal aliñado no faltaban el papelón y el cazabe que calmaban su hambre sempiterna. Memoria prodigiosa la de este hombre dominado por sus demonios interiores que exigían a los otros la perfección en la conducta:

... llamó a Sotillo “viejo criminal”, a Ángel Quintero “histrión sonoro”, a Antonio Guzmán “bicho pedantesco, que recibió de su padre la empalagosa charla y las mañas de gitano”; y luego nunca le faltaban saetas enherboladas y crueles invectivas contra los que por esto o por aquello fomentaban su cólera o no andaban tan presto como lo deseara su venganza...³⁸

La constitución del nuevo estado de Barinas trajo aparejado el cambio de las jefaturas de los tribunales; esta era una

38 *Ibid.*, p. 651.

medida esencial para evitar la terrofagia en que estaba hundida la propiedad rural. Zamora guardaba la esperanza de llegar con prontitud a Caracas y crear un ejército nacional que reforzara la voluntad federalista de los estados consumidos por el cacicazgo de una élite terrateniente, que fungía como ama de las leyes, legislando a voluntad propia. En 1859 el gobierno de Julián Castro tenía un estado de inestabilidad tal, que el presidente consideró anteponer su renuncia y que se nombrara a Felipe Tovar como nuevo presidente designado; después de varios días de conversaciones y de asombro, sometió a la consideración de Castro la conformación del nuevo gabinete. Castro había propuesto al general Páez, pero esto no se dio. El gobierno de Tovar tomó como decisión prioritaria equipar de armas y recursos a las tropas que el gobierno tenía en occidente ante el avance del federalismo. Sabiendo el estado de convulsión que vivía el país, se decretó la reconciliación nacional con todos los alzados, sin esto no podría tener realidad la República. Los alzados debían someterse al imperio de la ley.

Los pueblos no creían en estas medidas de conciliábulos, Castro trataba de reunir a liberales y conservadores haciendo abstracción de la historia y de los intereses que tenía cada facción. La Junta Consultiva de Guerra quedó integrada por el general José Antonio Páez, por los generales de división Carlos Soublotte y Carlos Castelli, así como por los generales de brigada José Félix Blanco y José Austria. La Junta sería presidida por Páez y fungiría como secretario el general Austria. El país había caído en una especie de esquizofrenia que no lograría apaciguar las pasiones políticas, nada sensato podría advenir en aquellos días colmados de violencia y de insensatez.

Las altas facturas del cabildeo político se habían impuesto; el 24 de enero de 1848 se da el asalto al Congreso Nacional, la turba amenazante se precipitó hacia el alto

recinto de la política venezolana donde los conservadores cocinaban la destitución de Monagas. Allí cayeron muertos seis diputados, entre ellos Santos Michelena, quien resultó apuñalado, falleciendo días después. La reconciliación nacional la mediaba la fuerza de las armas, los conservadores acusan a Monagas de haber fraguado aquel asalto, mientras Fermín Toro se hace célebre por su decisión de no regresar a aquel Congreso supervisado y aterrado por el Ejecutivo Nacional. La suerte irreconciliable de la República estaba echada, don dinero había demostrado su fuerza; dos vectores eran claramente visibles en la historia nacional: el liderazgo y la alcurnia que otorgaba el poder económico. La fragua de la historia ha dejado estampada en nuestro rostro una huella eterna: la adulancia y el imaginario que se acomoda para hacer reconocible su voz. El caudillo posee la fuerza telúrica y la capacidad de señalar el camino que ha declarado como el correcto.

La pregunta clave es: ¿Qué necesita un caudillo para imponerse? En primer lugar, la audacia y la intrepidez, debe asumirse como el único que puede conducir la historia; ese tipo de hombre sabe descifrar cuáles son las demandas del pueblo, así como está capacitado para interpretar el oleaje de las aguas. La preeminencia larga comienza a desgastarlo, Páez fue el mejor ejemplo de esto; su ambición no lo dejó retirarse cuando correspondía, hasta convertirse en el Rey de los Araguatos. Un subalterno suyo lo hizo morder el polvo de la derrota.

En 1859, la Presidencia de la República de Felipe Tovar fue efímera, duró 30 horas. Castro se reencargaría de nuevo el 12 de junio de los asuntos públicos, el retorismo de Castro invocaba a la voluntad del pueblo como profunda rectora de la historia. Juan Crisóstomo negociaba tras bastidores el mantenimiento del orden, se constituyeron comisiones para

la pacificación. En el liberalismo se manifestaban claramente dos tendencias: la radical, representada por Zamora y sus hombres; y la conciliadora, representada por Castro y sus amigos. Dentro del conservadurismo, una vez más, la voz de Juan Vicente González desde *El Heraldo* manifestaba su descreencia, dudaba profundamente del nuevo gabinete, especialmente de Aranda:

El cielo que preside los destinos de las naciones, salve a este pueblo (...) “En cuanto a nosotros, hemos cumplido con nuestro deber con abnegación y valentía. Si es necesaria una víctima, hémos aquí: después del triste y momentáneo triunfo diremos como aquel Rey: *Gustavipaululummellis, et eccemorior*.³⁹

Es importante que resaltemos en este texto el hecho de que una vez terminada la Guerra de Independencia, los realistas volvieron por sus fueros, se apoderaron de los tribunales y resarcieron muchas de las propiedades que la República había confiscado a sus antiguos dueños. En el país no había en ese momento ni orden ni concierto, cada quien se consideraba con el derecho de proceder de la manera que se adecuara mejor a sus intereses. La muerte del Libertador retrogradó la República hacia los abismos de los cuales pretendió salir definitivamente, fueron anuladas las propiedades confiscadas. La independencia para un sector de la élite había sido un proceso a contracorriente. La godarría se constituye como partido político, están opuestos a los ideales de la Ilustración; aquella pequeña comarca llamada Venezuela se había deslizado hacia el precipicio que genera

39 *Ibid.*, p. 699.

la desigualdad social, el igualitarismo resultaba inaceptable para los monárquicos.

La Guerra Federal generará un nuevo mapa geográfico y social. De esa contienda los jefes devienen propietarios de tierra, nuevas fortunas comienzan a amasarse. Dos grupos se disputan el control del aparato del Estado, terminará dominando Juan Crisóstomo Falcón, quien pacta con la godarria. Aquella guerra larga, planteada en esos términos, había sido un sinsentido. La ley del 10 de abril de 1834 permitió que los prestamistas extranjeros, los comerciantes, los bancos y la burguesía comercial hundieran el país en la especulación; la bonanza de los precios del café le permitió campar por unos años, pero cuando devino la debacle económica los propietarios de tierras se fueron a la quiebra. Allí está una de las fuentes del antidesarrollo del país, Páez y Soublette fueron indiferentes con respecto a este adefesio jurídico; la godarria era más liberal que nadie, se había instalado la insensatez en el país.

Los prohombres de la independencia, como Páez, entran en cuestión. El Banco Británico le presta 110.000 pesos mientras a los otros venezolanos, como a los industriales, se les niega el crédito. Aquella República estaba fundamentada en el tráfico de influencias, la fuerza y el miedo tenían una gran preponderancia en la vida nacional; las arcas públicas estaban vacías y era difícil el pago de sueldos y salarios.

El destino de Zamora como militar tiene sus antecedentes muy precisos: ante la incapacidad del Estado en proteger a los pueblos, a las ciudades y a los comerciantes, en Villa de Cura se conforman milicias con vecinos resteados en erradicar la inseguridad que afectaba sus vidas. El país está en la quiebra, aquel hombre joven que es Zamora estaba dispuesto a todo con tal de salir de los malhechores. Las tertulias de su pulpería le habían conferido un liderazgo extraordinario,

siempre estaba presto a ayudar a sus vecinos, lo acrisolaba un principio que se había instalado en él: la solidaridad. Los principios del liberalismo comenzaban a anidar con entusiasmo en su alma; eso llevará, finalmente, a la radicalización del pueblo. Zamora admira a Antonio Leocadio, sin saber aún que este hombre joven y docto no defendería hasta la muerte sus principios, apenas escuchó en La Victoria el rumor de los mosquetes, los fusiles y las tercerolas, reculó de nuevo hacia Caracas; no era hombre de guerras.

Esos días fueron definitivos para la República. Cuando el indio Francisco José Rangel dijo que los oligarcas no eran sino unos pícaros mamantones, estaba develando lo que era la estructura social de aquel país. Unos días antes, Manuel María Echeandía le había dicho a Ezequiel Zamora que no había otra alternativa para despejar el camino sino la guerra, que se olvidara de la vía tribunalcia para reclamar los derechos electorales que le habían escamoteado. Páez jugaba una doble baraja, sabía que no era posible en aquella coyuntura reunirse con Antonio Leocadio en La Victoria para acordar la paz, por esto acepta, cuando el gobierno de Soublette lo nombra como jefe del Ejército que debía meter en cintura a los levantiscos. Francisco José Rangel lo había expresado claro, el problema eran las tierras, estas eran comunales, cosa que no admitía la oligarquía: “Los oligarcas son unos pícaros mamantones que solo quieren tener ellos tierras, cuando estas son comunes y deben ser de todos: que el general Páez, los Quintero y otros deben morir, porque no están más que de mamantones”.⁴⁰ En la vida de los venezolanos estaban muy cercanos los recuerdos de la Guerra de Independencia: las tierras se quedaron sin ganado, los

40 Adolfo Rodríguez. (2005). *La llamada del fuego, vida, pasión y mito de Ezequiel Zamora*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, pp. 96-97.

campesinos se anotaron finalmente en la desobediencia civil, no había garantías, el país zozobraba en el atraso. Los procedimientos de los españoles para aterrorizar a la población con la finalidad de que no se radicalizara con el cambio social eran espantosos. Bolívar termina apuñalado por las alianzas macabras que abortarían aquel proyecto ecuménico que fue la Gran Colombia.

El partido liberal levanta las banderas de la igualdad y de la discusión asamblearia; en una sociedad totalitaria como aquella, se trata de reivindicar la subjetividad y el derecho a la libre opinión de los ciudadanos, Venezuela está buscando definitivamente asentarse en las reglas de la democracia. La Carta Constitucional legitima la pena de muerte, no hay salidas para solucionar el problema de la pobreza y de la irracionalidad; la falta de escuelas mantiene el país en el analfabetismo, donde el ochenta por ciento de la población no sabe leer ni escribir. La carencia de tierras propias de las que el campesinado pudiese disponer para autoabastecerse era una tranca, el latifundio había acaparado todas las tierras; la Constitución dejaba fuera del sistema social a los humildes, les había conculcado el voto a los que no sabían leer ni escribir, tampoco podían ser electores los que no tenían propiedades.

El discurso federalista abogaba por la inclusión social, Zamora estaba dispuesto a llevar sus sueños hasta el infierno con tal de conseguir el triunfo, su estrella militar era extraordinaria, las comunidades y localidades sentían una profunda fe y reverencia por este hombre. Los centralistas daban por hecho que habían encerrado a las fuerzas de Zamora en Santa Inés, no sospechaban de la celada que allí les tenía reservado el destino; en aquel humilde caserío, Zamora elabora una estrategia de guerra impecable, preparó el terreno, lo llenó de trincheras para resistir las embestidas

del enemigo. Aquella guerra era de movimientos, se trataba de que las fuerzas enemigas se adentraran hasta Santa Inés. Cuando el general Jelambi llegó al molino, creyó que había ganado las puertas del cielo; efectivamente, cayó mortalmente herido, lo trasladaron en hamaca, cuando llegó a Barinas ya era cadáver. Inexplicablemente, los soldados federales se hacían perseguir y desde los tramos del camino las fuerzas conservadoras iban cayendo como moscas. Las diez trincheras levantadas tenían un sistema que las comunicaban entre sí. Los generales del Ejército Centralista no entendían lo que estaba sucediendo, pero seguían hacia adelante, mientras sus fuerzas seguían diezmándose.

Zamora persiguió a los enemigos hasta que se quedó sin cartuchos y no le quedó más que incendiar la sabana en espera de refuerzos, sabía que aquella batalla decidiría el futuro de Venezuela. En el campo se escuchaban los gemidos de los soldados heridos, algunos eran trasladados, otros no tuvieron tanta suerte, más que la ferocidad de los animales salvajes. El jefe del Estado Mayor era el general Manuel Vicente de las Casas; las trompetas del apocalipsis sonaban para aquellos hombres de todas las castas que pronto perderían sus vidas en aquel inmenso campo. Se luchó por la dignidad, por poseer derecho a los alimentos, al cultivo de la tierra, además, por gozar de autonomía y libertad. El esfuerzo de Zamora ha sido desacreditado por biógrafos prestos a minusvalorar su epopeya; Zamora poseía arraigada en su ser profundo la ética de la responsabilidad; la gloria era librar a los venezolanos de sus sufrimientos y hacerlos libres. La vieja historiografía lo ha pintado como un hombre de escasos conocimientos, incluso tratan de hacer ver en él solo a un bodeguero, olvidando que eso correspondió a sus primeros pininos cuando muy joven comenzó con su pulpería en Villa de Cura, y que en ese momento para él

solo se trataba de consolidar un porvenir y de tener un oficio. Zamora ha sido acusado de poseer esclavos y de pertenecer a la oligarquía. Con relación al primer argumento, es necesario responder que Zamora nació en un orden social y económico donde existía la esclavitud; esta institución no fue una invención suya, tampoco de Bolívar. Con relación a su filiación oligárquica hay que aclararlo de una vez: Zamora venía de una familia laboriosa de ascendencia canaria, su familia efectivamente tenía algunas haciendas, lo que no los hace amos del poder; no estaba en ellos la toma de decisiones políticas. Es necesario anotar que desde 1846 comienza a militar con la idea de redención social y se suma al Partido Liberal, sus derechos electorales son conculcados y no se queda callado, insurge contra aquella sociedad estamentaria. En su alma, desde muy joven, empezaron a tomar forma y contenido los legados políticos que recibió de sus cuñados.

La existencia del Estado Federal de Coro, del Estado Federal de Barinas y del Estado Federal de Yaracuy no son los sueños despiertos de un iluso, o de un hombre que lucha con saña contra su honor ofendido, sino que corresponden a un proyecto de país que buscaba democratizar la vida. El federalismo fue muy mal entendido por Antonio Guzmán Blanco, quien utilizó su poder para sembrar la autocracia y el personalismo, así como pretendía gobernar la República por encargo; en sus tres períodos presidenciales predominó la corrupción y la persecución de sus enemigos políticos. En su gobierno, dominado por el fasto y la arrogancia, sin duda, se tomaron medidas progresistas en relación con la educación pública.

Laureano Villanueva, en su libro *Vida del valiente general Ezequiel Zamora*, realiza una apología de la política y de los caracteres de sus partidarios en el siglo XIX; hay mucho retoricismo en la exposición, pues olvida las malas mañas de muchos políticos como los hermanos Monagas,

Juan Crisóstomo Falcón y Antonio Guzmán Blanco, cuando hipotecaron la República a las grandes potencias extranjeras, cuyas mercancías eran exoneradas de impuestos en las aduanas venezolanas a nombre de la deuda externa, pues de esos negocios siempre tenían una buena tajada. Olvidan estos argumentos la conducta observada por Páez cuando fue presidente de la República, asimismo la manera como el Partido Conservador permitía a Juan Pérez, dueño del Banco Nacional, enriquecerse con los haberes de sus clientes y sus negocios malhadados; esto lo había denunciado Antonio Leocadio Guzmán, quien fue detenido y cuando se le fue a dictar sentencia el pueblo manifestó en la calle con vehemencia, lo que hizo posible la laxitud de los magistrados. La vida emocional de aquel país pendía de un hilo, los odios y los rencores se manifestaban a flor de piel. Los dueños económicos de la República no habían dimensionado del todo el poder que podía tener la prensa.

Juan Crisóstomo Falcón fue un hombre gris, de profundas indecisiones y de cálculos larguísimos para emprender sus acciones militares; delegaba siempre las tareas que debía emprender por sí mismo en Antonio Guzmán Blanco. Su vida había sido excepcional, era hijo de un hacendado y diputado. En aquel Coro atrasado, se había formado en el Colegio Nacional, el único centro de este tipo que existía en Paraguaná; visitó Italia, le apasionaba la lectura y la elegancia. Una personalidad como aquella, en una Venezuela violenta e irreductible, era vista de forma extraña. Conocía a profundidad a los hombres del pueblo, había convivido con ellos en las haciendas de su padre; igualmente, amaba el refinamiento del mantuanaje, le gustaba la lisonja y la épica de la cultura moderna.

Su gobierno dejó una inmensa estela de corrupción. En julio de 1859, cuando Falcón llegó a Palmasola, en Coro, su

proclama habló de construir un país soberano donde reinase la concordia y donde cesaran los odios políticos; esto no lo había logrado el gobierno provisorio de Julián Castro. Muy al contrario, el país se había hundido en las disputas armadas entre facciones, no quedaba un solo resquicio para la paz; el lenguaje de la guerra se había apoderado del alma típica de los venezolanos, la razón vital —para utilizar un vocablo de Ortega y Gasset— era la espada. Falcón promete resarcir los derechos civiles de los venezolanos, sabe del profundo descontento que en ese momento existe hacia el Partido Conservador, asentado en sus políticas de exclusión.

El gobierno de Falcón, que va desde 1863 hasta 1868, malversa la hacienda pública, se hace pagar salarios atrasados que según él le debía la República; igualmente, se hace indemnizar los daños que habían sufrido sus haciendas producto de la guerra. Esto mismo hace con los militares, con los caudillos triunfantes y amigos suyos que habían estado al mando. Antonio Arráiz decía que libraba vales contra el tesoro público para socorrer a sus amigos y a sus partidarios; estábamos ante un gobierno que había alimentado el parasitismo. Una promesa clave en su proclama de Palmasola fue darle al país la oportunidad de hacer elecciones libres: “Venezuela tendrá elecciones libres, que es su gran empeño, como base de la República, y con ella será lo que quiera ser...”.

Las pasiones encendidas atribuyen la inesperada muerte del general Zamora a un plan orquestado entre Juan Crisóstomo Falcón y Antonio Guzmán Blanco. Las hipótesis han sido diversas. El caso terminó encangrejándose. Los hechos son cubiertos por una especie de bruma donde no salen indemnes ni Falcón ni Guzmán; hay historias que aseveran el disgusto de Estefanía con su hermano Juan Crisóstomo, así como también es célebre la carta que este le envía diciéndole que no crea en las versiones que no hacen otra cosa que envenenarle

sus sentimientos. Una infamia de tal carácter no era posible, era del conocimiento de los liberales las diferencias que se habían gestado entre estos dos hombres. Su conclusión es que Zamora fue muerto por una bala del ejército contrario; la historiografía tradicional ha intentado, permanentemente, invisibilizar a Zamora, se le ha sometido al descrédito, se le ha pintado como un militar más, cuyas preocupaciones eran pecuniarias; se ha llegado a decir que nunca llegaría a la primera palestra y que de no haber sido asesinado y triunfado su ejército con su llegada a Caracas sería el guardián del gobierno de Falcón, así como lo había hecho con José Tadeo Monagas: reacciones y presunciones del pensamiento conservador.

Zamora fue un hombre de temple, de creencias firmes; la formación de la conciencia política no se da de un momento a otro, fue entendiendo que aquel mundo donde vivía no le pertenecía a los excluidos; sus vivencias en la pulpería que regentó de muy joven lo hicieron comprender que la República debía ser sacudida. Se mezcló entre el populacho después de haberse fugado de la cárcel de Maracay; gracias a la intervención de J. T. Monagas hizo carrera militar, ganó sus ascensos a pulso y en batallas. Su pasión crística lo condujo por el camino del peligro, sufrió diversos atentados en su experiencia como comandante de tropa y no se arredró. Lo apasionaba la idea de la Federación, sentía un profundo respeto hacia la figura de Bolívar, su pensamiento se fue decantando desde sus primeras incursiones en la política, estuvo al lado de hombres de temple. Luchó con el indio Rangel, padeció ostracismo en La Güairita (El Hatillo) donde vivió como un campesino más, se tiñó el pelo y el bigote de negro para que no lo identificaran los godos. Su anonimato se acabó cuando después del 24 de enero de 1848, después del asalto del Congreso de la República; José Tadeo Monagas

lo incorpora a las milicias de su gobierno, en ese momento comienza su carrera militar formal.

Se trató de enlodar su figura cuando la oligarquía lo acusó del crimen del latifundista Juan Fuentes, y lo dice con claridad en el juicio que se le sigue: “Yo nada tuve que ver con eso”. Los levantamientos campesinos se dieron por el estado de inestabilidad y de persecución en que vivían. Se mataba sin consecuencias, como ocurrió con el indio Rangel; las instituciones de la República habían sido violentadas. Su matrimonio con Estefanía fue mal visto por la familia de esta viuda, las habladorías insistían en la diferencia de edad y de fortunas entre estos dos seres y del debido respeto que las viudas debían tener con los esposos muertos. Los prejuicios de la época pesaban como fardos sobre los vivos, quienes vivían maniatados por los imaginarios seculares; todo esto tendría término cuando en Maiquetía, Estefanía Falcón y Ezequiel se casaron en la iglesia de San Bartolomé. Fue una boda de alto rango, allí estuvieron presentes la esposa de José Tadeo Monagas, Juan Crisóstomo Falcón y el vicepresidente de la República, el señor Oriach, sobrino político de Monagas.

La muerte de Zamora no solo generó controversias acerca de quién fue el asesino material y quiénes los autores intelectuales. El hecho más cruento se presenta en relación con sus despojos: existe la versión de Carlos María Oviedo de que estos fueron exhumados en San Carlos en 1868, por los generales Ruperto Monagas, Desiderio Escobar y Ramón García. El 19 de abril de 1869 la osamenta fue conducida a la iglesia central de Los Teques, donde se le rindieron honores fúnebres y quedaron bajo el resguardo del presbítero Ornés Mota. En 1870 el general Guzmán Blanco decide elevarlo al Panteón Nacional, donde, según el mismo

testimonio de Oviedo, llevaron otros restos que no eran los del general Zamora. He allí la incertidumbre.

En 1864, la Asamblea Constituyente acuerda glorificar y rendirle honores al general Zamora, pero el Presidente de la República, el mariscal Falcón, decidió hacer caso omiso, pues Zamora era la luz que lo opacaba; este le temió en la vida y lo continuaba haciendo en su muerte, su figura y su ejemplo debían ser olvidados. Aquella decisión del Ejército y de sus compañeros de armas en 1868, de rescatar las cenizas de Zamora, obedece a la profunda deuda que sentían que el pueblo venezolano tenía con Zamora, y también el general Desiderio Escobar y el general Ramón García. En este gesto fueron acompañados por el cura mayor del Ejército Nacional, presbítero Dr. Bernardo P. S. Larraín; sus hermanas Raquel y Genoveva agradecerían el bello gesto de los generales al recuperar del olvido a su hermano. La carta que envían a estos hombres es de profundo agradecimiento, por su contenido se ve con claridad que la familia no sabía dónde estaban sus despojos.

A Guzmán Blanco no le interesaba, en el fondo, si los restos exhumados y llevados definitivamente al Panteón Nacional en 1872 eran los de Zamora. Su asunto era la notoriedad que el gesto le daría; estuvo siempre pendiente de cubrirse de una gloria que nunca poseyó. Guzmán, además de reconocer el peso específico de Zamora en la historia venezolana, ayudaba al olvido que tanto le convenía por las condiciones del asesinato. Nadie podía creer en un hombre que había afirmado que de no haberse firmado el Pacto de Coche, la historia habría seguido otros rumbos. El radicalismo de Zamora no hubiera permitido aquel golpe artero que se da contra el pueblo venezolano con la firma del Pacto. Zamora era una pasión y una vida, entendió al país en lo más profundo, conocía todos los rincones de nuestra nación,

había luchado con denuedo por la justicia social. Cuando terminó la batalla de Santa Inés ordenó los ascensos generales de los que participaron en aquella férrea contienda.

Los intrínquilis de la vida venezolana llevaron –según nos cuenta Adalberto Pérez Ramírez– al general Landaeta Rosales a descubrir que los restos depositados en el Panteón Nacional no eran los auténticos, hizo las pesquisas necesarias con las autoridades de la iglesia central de Los Teques y 22 años después verificó que el cadáver de Zamora seguía allí:

Con el hallazgo de Manuel Landaeta Rosales, quien (recalcamos) vio los restos del general Zamora en la iglesia de Los Teques, 22 años después del acto fúnebre del Panteón Nacional, confirman la versión de que las cenizas del cenotafio de los héroes, no son las de Zamora. Landaeta Rosales fustigó a “todos los empeñados en hacer (creer) que los restos del Panteón fueran los verdaderos y les salí al encuentro y vencí una vez más”.⁴¹

Lo extraño de todo –según lo expresa el biógrafo aludido– fue que Landaeta, una vez de regreso a la iglesia de Los Teques, encontró que ya no estaban allí las cenizas del valiente General.

41 Adalberto Pérez Ramírez. (2012). *Conspiración del silencio. ¿Quién mató a Zamora?*, Barquisimeto, Editorial Horizonte, C. A., pp. 132-133.

BIBLIOGRAFÍA

- Altez, Rogelio. (2007). Antonio Leocadio Guzmán. En: *Biblioteca biográfica venezolana*. (Vol. 52). Caracas: Bancaribe/Editora *El Nacional*.
- Alvarado, Lisandro. (1989). Historia de la Revolución Federal en Venezuela. En: *Lisandro Alvarado. Obras completas de Lisandro Alvarado* (Tomo II). Caracas: La Casa Bello / Talleres Cromotip.
- Banko, Catalina. (1996). *Las luchas federalistas en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores/Celarg.
- Bigotte, Félix E. (1868). *El libro de oro. A la memoria del general Ezequiel Zamora*. Caracas: Imprenta de La Juventud.
- Botello, Oلمان. (1981). *Genealogía del general Zamora* (5.^a ed.). Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Brito Figueroa, Federico. (2009). *Tiempos de Ezequiel Zamora*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana. C. A.
- Carrillo Moreno, José. (1954). *Matías Salazar. Historia venezolana*. Caracas: Ediciones Garrido.
- Cordero Negrín, Damarys (Comp.). (2004). *Ezequiel Zamora. General del Pueblo Soberano* (3.^a ed.). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República/Italgráfica S. A.
- Díaz Sánchez, Ramón. (1949). *Dos rostros de Venezuela. Ensayo histórico biográfico sobre Ezequiel Zamora y Antonio Guzmán Blanco*. Caracas: Asociación de Escritores Venezolanos.
- Díaz Sánchez. *La Federación y la Guerra*. p. 264.

- Gabaldón Márquez, Joaquín. (1983). *Opúsculo histórico de la revolución desde 1858 a 1959*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Donís Ríos, Manuel. (2012). *Ezequiel Zamora*. En: *Biblioteca biográfica venezolana*. (Vol. 72). Caracas: Bancaribe/ Editora *El Nacional*.
- García Ponce, Guillermo. (1983). *Bolívar y las armas en la guerra de independencia*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República.
- Gil, José María. (1894). *Muerte de Zamora*. Caracas: Centro Editorial.
- González Benigno. (1975). *Biografía del ilustre ciudadano Ezequiel Zamora*. Caracas: Oficina Central de Información.
- Guzmán Blanco, Antonio. (1894). *En defensa de la causa liberal* (2.^a ed.). París: Imprimerie Lahure.
- Landaeta Rosales, Manuel. (1961). Biografía del valiente ciudadano general Ezequiel Zamora. En: *Ediciones conmemorativas del centenario de la Revolución Federal*. (Vol. 2). Caracas: Junta de Gobierno de la República de Venezuela.
- León Tapia, José. (1992). *Por aquí pasó Zamora* (6.^a ed.). Caracas: Ediciones Centauro.
- Level de Goda, Luis. (1976). *Historia contemporánea de Venezuela, política y militar 1858- 1886*. N.º 8. Caracas: Oficina Central de Información.
- Magallanes, Manuel Vicente y otros. (1990). *Tiempo de Páez, social democracia y régimen de coaliciones*. N.º 10. Caracas: Publicaciones del Consejo Supremo Electoral.
- Martínez, Galindo Román. (1992). *Ezequiel Zamora y la batalla de Santa Inés: la acción bélica más formidable librada en territorio venezolano*. Caracas: Vadell Hermanos Editores.

- Muerte del general Ezequiel Zamora.* (1894, s. a.). París: Imprenta de A. Lahure.
- Mujica, Héctor. (1958). *La historia de una silla, Antonio Leocadio Guzmán.* Caracas: Ediciones Pensamiento Vivo.
- Navarro, Emilio. (1976). *La Revolución Federal. Colección Ezequiel Zamora y su tiempo 1859 a 1863.* Caracas: Oficina Central de Información.
- Pachano, Francisco Regino. (1893). *Muerte del general Ezequiel Zamora.* Caracas: Centro Editorial.
- Pérez Arcay, Jacinto. (1977). *La Guerra Federal: consecuencias (tiempo de geopolítica).* Caracas: Oficina Central de Información.
- Pérez Ramírez, Adalberto. (2012). *Conspiración del silencio. ¿Quién mató a Zamora?* Barquisimeto: Editorial Horizonte C. A.
- Quintero, Inés. (2014). Francisco de Miranda. En: *Biblioteca biográfica venezolana.* (Vol. 25). Caracas: Bancaribe Editora *El Nacional.*
- Robert, Paul Matthew. (1977). *Violencia rural en Venezuela (1840-1858): antecedentes socio-económicos de la Guerra Federal.* Caracas: Monte Ávila Editores.
- Rodríguez, Adolfo. (1977). *Ezequiel Zamora.* Caracas: Ministerio de Educación.
- Rodríguez, Adolfo. (2005). *La llamada del fuego, vida, pasión y mito de Ezequiel Zamora.* Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Ruiz Guevara, J. E. (1977). *Zamora en Barinas.* Mérida: Editorial Multicolor.
- Santiago Rodríguez, José. (1976). *Contribución al estudio de la Guerra Federal, Colección Ezequiel Zamora y su tiempo.* (Vol. 1-Vol. 2). Caracas: Oficina Central de Información.

- Straka, Tomás. (2008). Juan Crisóstomo Falcón. En: *Biblioteca biográfica venezolana*. (Vol. 91). Caracas: Bancaribe/Editora *El Nacional*.
- Straka, Tomás. (2013). Venezuela, la era de los gendarmes: caudillismo y liberalismo autocrático. En: *Serie Antológica Historia Contemporánea de Venezuela*. (Vol. 10). Caracas: Fundación Rómulo Betancourt.
- Tapia, José León. (1993). *Ezequiel Zamora a la espera del amanecer*. Caracas: Ediciones Centauro.
- Villanueva, Laureano. (1992). *Vida del valiente general Ezequiel Zamora*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Referencias Hemerográficas:

Diario *El Venezolano*. Edición del 22 de noviembre de 1846.

Alocuciones:

Alocución del ciudadano General Primer Jefe del Ejército de Occidente, Ezequiel Zamora, Coro 7 de marzo de 1859.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 11

Capítulo I

LAS PASIONES REDENTORAS DE ZAMORA

	23
La fragua de la insurrección	24
Antonio Leocadio Guzmán. Ideólogo del liberalismo	40
El liberalismo y las infamias del poder	54
El discurso político de la godarria y sus exageraciones	64
Utopía y revolución	68

Capítulo II

EZEQUIEL ZAMORA.

LA ETERNIDAD DE UN SOLDADO

	75
La astucia de la rebeldía	76
La ley del 10 de abril de 1834, los años de lucha contra la oligarquía	85
Zamora y su comprensión de la historia	94
Las ideas de justicia social	105

Capítulo III

LIBERALISMO, FEDERALISMO, CONSERVADURISMO IDEOLOGÍAS ENCONTRADAS

	117
Las pugnas sociales en la segunda mitad del siglo XIX	118
Los imaginarios de la Guerra Federal	130
La búsqueda de la paz y el olvido	138

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA

143
165

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Ezequiel Zamora. La historia como fuerza revolucionaria
se terminó de editar en formato digital
en Caracas, República Bolivariana de Venezuela,
en el mes de diciembre de 2020

Ezequiel Zamora es, sin duda, un personaje relevante y emblemático de la historia venezolana. Este gran líder popular logró canalizar el descontento de los desposeídos y pauperizados por los traidores de Bolívar, sembrando nuevamente en ellos la esperanza y las ganas de luchar por un ideal. Sin embargo, su imagen ha intentado ser menoscabada, minimizando sus habilidades intelectuales y satanizando sus acciones. La Fundación Editorial El perro y la rana se complace en presentar: *Ezequiel Zamora. La historia como fuerza revolucionaria*, con la finalidad de develar y dar a conocer el contexto y las circunstancias que rodearon la vida de este importante personaje de nuestra historia venezolana, que permitan de alguna manera exponer el porqué de sus acciones y dar luz a la realidad de los acontecimientos, de la mano del escritor Nelson Guzmán.

Nelson Guzmán (Cumaná)

Poeta, ensayista y novelista venezolano. Doctor en Filosofía (Universidad de París) y doctor en Ciencias Sociales (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales), profesor asociado del doctorado en Ciencias Sociales y coordinador de la Unidad de Investigación sobre Hermenéutica y Filosofía del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Autor de diversos títulos como: *La moral como envenenamiento* (Fundarte, 2010); *Las muecas del tiempo* (El perro y la rana, 2009); *Subjetividad, ideología y modernidad* (Fondo Editorial Ipasme, 2008), *Crisis del logos y las utopías de la modernidad* (El perro y la rana, 2008), entre otros.



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



9 789801 446651